La historia de Theo y River

Calles rotas



Una novela de

Roser A. Ochoa

LA HISTORIA DE THEO Y RIVER

CALLES ROTAS

ROSER A. OCHOA



Copyright © 2025 Roser A. Ochoa
1ª Edición de marzo 2025
Ilustración de la portada: Adela Aragón

All rights reserved.
El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento bajo sanciones establecidas.

ÍNDICE

Nota de la autora
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Epílogo uno
Epílogo dos
Agradecimientos
Acerca de la autora
Otras obras de la autora
Notas

NOTA DE LA AUTORA



Nota de la autora

Tienes en tus manos una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Así como los establecimientos, negocios, eventos, locales… que no se corresponden en exactitud con la ubicación elegida para la historia.

PRÓLOGO



Los últimos rayos del sol creaban sombras a su alrededor.

Habían quedado para hacer los deberes, al menos aquella era la excusa, pero la verdad se escondía tras miradas fugaces, gestos tiernos y sonrisas llenas de picardía.

Era un momento perfecto.

Theo se pasó los dedos por el cabello para echarlo atrás. Sonrió de medio lado, de ese modo tan suyo y que su madre siempre decía que rompería los corazones de las chicas. Pero su madre no siempre tuvo razón, porque si alguien dibujaba la luna en sus noches, era el chico que tenía sentado al lado.

Con la determinación que le caracterizaba, Theo recortó la distancia entre los dos y, antes de esperar cualquier movimiento por la otra parte, su mano se aferró a la tela de la camiseta para tirar de él y que, por fin, sus bocas se juntaran.

Fue mágico, como debía ser un primer beso.

Le cosquillearon los labios y el olor a menta ascendió a sus fosas nasales. Un sabor refrescante y dulce lo inundó con lentitud.

Theo se aventuró a ir un paso más allá. Llevaban semanas tanteándose, se buscaban en los descansos y cualquier pretexto les servía para hablar. Fantaseó con aquel instante tantas noches que no podía conformarse, necesitaba más.

Quería saber qué pasaría si guiaba sus manos por debajo de la tela de la camiseta. Traspasar el límite, rozar sus muslos. Tal vez abrir la boca y dejar que la lengua del otro invadiera su cavidad. Lo quería todo de él.

Estaba enamorado y era una sensación demasiado maravillosa como para soltarla. Porque a sus quince años había tenido pocos momentos de plena felicidad.

No era feliz. Había nacido en el seno de una familia acomodada, iba a un buen colegio y tenía todo lo que se podía comprar. Sin embargo, le faltaba lo más importante. También había perdido lo que más amaba.

Tal vez aquel era el motivo por el que se encontraba ahí, a los pies de la cama, sentado en el suelo, con carpetas, libros y folios desperdigados por la alfombra, besándose con el que pensaba que era el chico con el que compartiría el resto de su vida.

Porque necesitaba amor.

Fuera del que fuese.

—¿Puedo? —pidió el otro entre jadeos.

Theo descendió la mirada a donde señalaba. Su entrepierna. Sintió que las mejillas le ardían y la mente se le quedó en blanco. Dudó antes de mover la cabeza de manera afirmativa.

Observó entre la bruma de la excitación el dedo que ascendía por su muslo, el hormigueo y los nervios acumulándose en la boca del estómago. No podía evitar que su respiración fuera acelerada, pero en ningún momento pensó en parar. Aunque quisiera, no podría; había llegado demasiado lejos y quería ver cuál sería el final.

Seguían besándose. El suave roce de sus labios se había convertido en una feroz batalla por adueñarse de la boca del oponente. Justo cuando notó que la yema de aquel dedo se clavaba en su erección, el sonido de la puerta los sorprendió.

Alzó la mirada para cruzarse con los fríos ojos de su padre.

Theo jamás olvidaría la tarde de dos años atrás, cuando al regresar de una salida con sus amigos al salón recreativo, encontró a su madre colgada de la barandilla de la gran escalinata que daba al piso superior. Aquel día sintió el miedo anidando bajo su piel.

En aquel instante, con el sabor de chicle todavía en la boca y los labios hinchados por el despiadado ataque, el profundo asco que se dibujó en la expresión de su padre y lo que intuyó que ocurriría a continuación, logró que sintiera algo tan parecido a aquella lejana tarde que se asustó.

Intentó alzarse del suelo, pero un fuerte golpe hizo que cayera de nuevo sobre la alfombra.

Sin siquiera una palabra, la mano de su padre se acababa de estrellar con violencia contra su cara. El sabor a sangre opacó el frescor de la menta. Si hubo palabras después, Theo no las escuchó. Un horrible zumbido se comió todo el sonido del exterior y multiplicó el de su interior. El acelerado galopeo de su corazón retumbaba dentro de su cabeza, las sienes le palpitaban, así como la piel de la mejilla.

La humedad apelmazó sus largas y rubias pestañas y, cuando enfocó la mirada, estaba solo en la habitación.

Quedó aturdido.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Los libros seguían tirados en el suelo; la libreta estaba pisoteada y manchada. Trastabilló y se dio de bruces contra la puerta por el mareo y la debilidad en las extremidades. Le escocían los ojos y la nariz.

A trompicones descendió la escalinata, la misma en la que el cuerpo de su madre colgó durante horas hasta que él llegó.

Theo escuchó voces en el estudio.

Conocía a aquel hombre y su manera de actuar. Era un tiburón de los negocios; cuando algo no le gustaba, simplemente lo eliminaba.

—Será mejor que vuelvas arriba. —Theo se giró al tiempo de ver a Cloe, la actual esposa de su padre—. Está bien, tú verás lo que haces. Yo te lo he advertido —soltó, con gesto de indiferencia.

Porque entre aquellas paredes, no le importaba a nadie.

Theo se irguió y dio un paso al frente, intentando imprimir en aquel gesto algo de autoridad, una que a los quince años poco impresionaba. Su padre no tenía ningún derecho a…

—Todos tenemos un precio, no imaginé que el tuyo fuera tan bajo.

La voz del hombre lo paralizó. Odiaba profundamente aquella manera que tenía de reír cada vez que las cosas salían como quería, que acostumbraba a ser siempre. Theo se movió por impulso, abrió la puerta al tiempo que desde el interior alguien lo hizo también. Se encontró con

los mismos ojos que, tan solo un rato atrás, lo miraban con lo que él creyó que era amor.

Ambos chicos se quedaron paralizados, aunque Theo fue más lento en reaccionar.

—¡Espera! —gritó.

Theo salió corriendo, alargó el brazo y justo cuando estaba por aferrar la manga de la cazadora, el otro se lo sacudió. Cayó al suelo y con un enorme dolor fue testigo de cómo él se marchaba. Porque como decía su padre, todo tenía un precio, tan solo hacía falta averiguarlo y estar dispuesto a pagar. Era lo que su padre acababa de hacer. Otra vez.

El odio que explotó en su interior era tan grande como el desprecio que sentía por el hombre que le había dado la vida. Sus constantes aventuras amorosas fueron las que sumieron a su madre en una depresión tan fuerte que Theo no tenía siquiera el recuerdo de verla sonreír.

—Vuelve a tu habitación —ordenaron a su espalda, con total indiferencia.

Con los ojos anegados en lágrimas seguía mirando la puerta que se acababa de cerrar. Apoyó las rodillas en el suelo y necesito de dos intentos para ponerse en pie.

—No —susurró, al dar la vuelta.

—Tsk, niñato estúpido. Tu madre estaría decepcionada…

—¡Ni se te ocurra! —gritó, con voz desgarrada—. ¡No puedes! Ni siquiera pienses en nombrarla… No mereces…

Su padre adelantó un paso de manera desafiante y Theo se encogió. Cuando lo tenía enfrente se sentía pequeño, tan minúsculo e insignificante que lo podían pisar.

Sin embargo, esa vez algo en su interior se activó para conseguir levantar la cabeza y sostener la mirada. Tal vez fue el dolor, la rabia, o la desesperación de que su instante de felicidad hubiera durado un parpadeo.

—¿Te atreves a desafiarme?

¿Se atrevía? Desde que era un niño temía y odiaba a su padre a partes iguales. También era consciente que no podía hacer nada contra él, al menos no en aquel momento. Theo apretó los puños, la piel de los nudillos palideció y las uñas se clavaron en sus palmas. Con el sabor de la sangre todavía pegado a su paladar, masticó la impotencia que sentía, tan densa que se atragantó.

—No —murmuró. Aquella única palabra lo hundió.

Una fuerte carcajada retumbó entre las paredes de la solitaria casa. Por si aquella humillación no fuese poca, la recién estrenada esposa los observaba desde el salón.

—Así me gusta, Theodore. —Su padre dio un paso en su dirección—. Ya eres mayor, así que déjate de gilipolleces. Tú no eres maricón.

Theo sintió cómo su boca se secaba. Quiso replicar, pero fue incapaz de articular palabra. Su padre alzó la mano y golpeó con fuerza su hombro, y aquel era el contacto más íntimo que habían tenido o mantendrían en un futuro cercano.

—Ve al instituto. —Apretó los dedos cuáles garras—. Gana las elecciones a presidente del consejo estudiantil, vas a dedicarte de lleno a estudiar para entrar en una buena universidad. Tú y yo llevaremos la empresa al siguiente nivel. Apártate un solo paso del camino que he marcado para ti, y haré que te arrepientas. ¿Lo has comprendido?

Theo asintió con un leve gesto de cabeza mientras se prometía a sí mismo que, un día, se lo haría pagar.

CAPÍTULO UNO



Más de dos años después

THEO

De nuevo en ese bar.

Había perdido la cuenta de las copas que llevaba ya. No debería poder beber, pero con un fajo de billetes sobre la mesa, a nadie le importaba su edad. Usaba la misma máxima que su padre, era de las pocas cosas que se permitió imitar de él, pero aprendió a hablar el idioma universal del dinero.

Vivía encorsetado en la escenificación de una vida que aborrecía. Para cambiar las cosas necesitaba poder. Con quince años no lo tenía, con diecisiete estaba a punto de hacerse con él. Pero para llegar a aquel punto, necesitó fingir.

Lo odiaba.

Detestaba el papel que día tras día tenía que interpretar; tal vez aquel fuera el motivo por el que noche tras noche dejaba que la máscara cayera. Era mejor pensarlo de ese modo, porque si se decía la verdad, descubriría que su odio hacia sí mismo era tan atroz que, en su fuero interno, solo quería destrozarse. Una copa más, un cigarro más, un chute más, un hombre más. Nada importaba. A la mañana siguiente el mundo giraría igual.

Como aquella noche; a pesar del intenso pesar que crecía en su interior, hasta el punto de sentir que le estallarían las costillas, a su alrededor todo seguía como si nada.

Theo soltó un suspiro y tragó el resto de alcohol que quedaba en el vaso.

No era el bar gay más elitista de la ciudad. Al contrario; era un antro de mala muerte con paredes de madera de dudosa calidad, ventanas y puertas ahumadas para dar intimidad y un interior mal iluminado. Las mesas se repartían en distintas zonas, algunas en reservados y otras en mitad de la sala. Era de aquellos lugares en que al caminar notabas cómo la mierda se pegaba a la suela del zapato. Lo descubrió un tiempo atrás, después de tantear distintos tugurios y, sin duda, aquel fue el peor al que llegó a parar.

Olía a humo y alcohol.

Las voces de los de la mesa a su derecha llegaban melosas hasta él, dos hombres alrededor de los cuarenta que desde hacía un rato no podían quitarse las manos el uno del otro. Los observó de

reojo; uno de ellos llevaba una alianza en el anular, el otro no.

Cogió la copa e hizo tintinear los hielos. No podía beber más, pero tampoco quería irse a casa.

Theo dejó caer la frente contra la palma de su mano. El local daba vueltas a su alrededor. No sabía qué hora era y tampoco le importaba. Clavó la mirada en el tipo del final de la barra. Unos treinta largos, trajeado, corbata y peinado hacia atrás. Estaba con otros dos con pintas similares. Oficinistas en busca de una noche de distracción, o quizá heteros con exceso de curiosidad, pero la verdad era que desde hacía un rato el hombre no dejaba de mirar en su dirección.

Pasó la lengua por los labios, recogiendo las últimas gotas de amargo sabor. Sin duda el otro entendió un gesto tan evidente, dio un último trago y se levantó.

—¿Puedo? —Al llegar a su mesa señaló la silla justo al lado. Theo asintió—. ¿Estás solo? —De nuevo el joven afirmó con un movimiento de cabeza—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Theo sonrió ligeramente, y aunque pareciera un gesto dulce, la mezquindad que se escurría de sus ojos revelaba el provocativo significado.

El hombre se sentó y clavó la mirada en él. Era más feo ahora que podía verlo de cerca, aunque tampoco le importó. El tipo le arrebató el vaso de las manos y arrugó la nariz al olerlo.

—Tienes buen gusto —lo felicitó, y dejó caer la mano sobre el muslo del chico—. ¿Sabes?, creo que podríamos salir y tomarnos la última en otro lado —propuso, y de pronto coló la mano por debajo de la camisa, directo al filo del pantalón.

Theo sintió la pegajosa humedad de los dedos del hombre alrededor de la fina línea de su cintura. Sus acompañantes no dejaban de mirarlos, sonreían y aplaudían la victoria de su compañero desde el final de la barra. Theo sintió que el último trago ascendía de nuevo por su garganta y tragó con dificultad.

—Eres muy guapo… y joven… ¿Eres mayor de edad?

Los ojos del chico oscilaron por el local antes de poder focalizarse en su interlocutor.

—¿Te importa? —consiguió preguntar, con la lengua trabada por el alcohol.

—¿La verdad? No.

Theo volvió a sonreír con socarronería.

—Entonces, ¿nos vamos?

No sería la primera ni la última vez. Theo aunó el poco equilibrio que le quedaba e intentó alzarse de la silla donde llevaba las últimas horas sentado, pero no lo consiguió. Las piernas no respondieron y su cuerpo se tambaleó para terminar de nuevo con el culo en el mismo lugar. Soltó una risotada.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que llame a un taxi?

El nuevo camarero del bar acababa de acercarse a ellos. Theo intentó mirarlo, sin embargo, su mirada traspasó más allá, sin poder fijarse en ningún detalle concreto; tampoco en la expresión de preocupación del joven, que tendría aproximadamente su misma edad.

—No te molestes, se viene conmigo —soltó el hombre trajeado, estiró la mano para agarrar la muñeca de Theo y tiró de él para que se levantara.

Frente a sus ojos, otra mano se movió. Tal vez lo hizo a una velocidad normal, pero para Theo, con las facultades tan mermadas, le pareció que ese nuevo movimiento era rápido y explosivo, incluso un poco feroz.

—Señor, insisto, puedo pedir un taxi.

—No metas las narices en los asuntos de los demás —soltó el tipo de traje, de manera nada cordial—. Vamos —insistió, de nuevo clavando la mirada en Theo.

Se levantó, tal vez tiraron de él. No estaba seguro. De pronto sus pies se movían en dirección a la salida del bar, y lo hacían sin demasiado esfuerzo.

El aire de la noche impactó directamente en la cara, aunque no se despejó. Las voces y las risas a su alrededor quedaban amortiguadas por el mar de confusión que nublaba su cabeza. En algún momento uno de los tres hombres se dirigió a él, pero no entendió ninguna de las palabras. Abrió la boca de manera obediente y tragó lo que el otro dejó sobre su lengua.

—Nos lo vamos a pasar bien contigo.

Theo no tenía la menor duda.

Dejó que lo arrastraran unos metros más allá de la puerta del local. Aquella parte de la ciudad no contaba con buena iluminación, a esas horas las calles estaban desiertas y pocos eran los vehículos que transitaban. Cerró los ojos y se concentró en las sensaciones que nacían en la zona baja de su espalda, donde uno de los tipos manoseaba sin piedad.

No le gustaba y de eso se trataba.

Era incapaz de dejar de perseguir situaciones como aquella. Porque no tenía ningún tipo de respeto por sí mismo. Era la única manera que encontró para revelarse. La sangre y el dolor era lo que lograba hacerle sentir que estaba vivo, que era real.

Un extraño pero ya conocido calor se gestó en sus entrañas, y pronto se extendió al resto de su organismo. La pastilla comenzaba a hacer efecto y las gotas de sudor perlaron su frente. Pronto le costaría hasta respirar.

Llevó la mano al primer botón de la camisa y lo desabrochó, escuchó una risotada y unos nuevos dedos lo ayudaron con la prenda, hasta que gran parte de su torso quedó al descubierto. Al final de la calle se divisaron las luces de unos faros. Uno de los tíos se acercó al borde de la calzada para hacer aspavientos con el brazo y llamar la atención del vehículo.

—¿Al hotel de la última vez? —quiso asegurarse, antes de dirigirse al taxista para darle una dirección.

—Sí —confirmó el que sujetaba a Theo por la cintura.

—¿Ellos qué van a hacer? ¿Mirar? —preguntó Theo. Estaba mareado, se dejó caer sobre el pecho del hombre.

—También pueden participar, si la cosa se pone animada —habló cerca de su cuello, y Theo sintió el cosquilleo del aliento de alcohol.

El taxi frenó a unos pocos metros de donde se encontraban. El tío de nuevo le susurró algo en el oído y Theo experimentó una nueva arcada. Se obligó a moverse, un pie detrás del otro; recordaba vagamente cómo caminar. Cuando estaba a punto de montar en el coche, alguien lo empujó por detrás, trastabilló con sus propios pies y cayó de medio lado contra el capó. Al girarse, pudo ver a uno de los hombres en el suelo, mientras los otros dos maldecían a voz en grito a la nueva figura que había salido del callejón.

El camarero del bar se acercó a él con dos rápidas zancadas, sacudiéndose de encima a los tipos que pretendían frenar su avance. El chico cogió a Theo por uno de sus hombros y lo zarandeó.

—¿De verdad vas a irte con ellos?

Theo miró a su alrededor.

—¿Vas a ofrecerme algo mejor? —logró preguntar, con palabras que se encasquillaban en su boca.

—Café, aspirina y, quizá, una cama —le ofreció.

Los oscuros ojos del joven se clavaron en él, pero no parecía tener intención de esperar a su

respuesta. Tan solo chasqueó la lengua y lo soltó.

La escena se desarrolló demasiado deprisa para que pudiera discernir qué era lo que pasaba. El taxista salió a voz en grito, uno de los tíos de traje voló contra la pared del callejón y antes de que pudiera poner en orden sus pensamientos, Theo se dio cuenta de que ya no había ningún coche parado en la carretera y que entre sus manos tenía una corbata ensangrentada.

Levantó la cabeza al tiempo de encontrarse con la fría mirada del chico del bar. Una gota de sangre resbalaba por su mejilla, pero su expresión era serena, casi divertida.

—Acabo de saltarme todas las malditas reglas de la libertad vigilada —gruñó, aunque no parecía enfadado.

Pasó la mano por la mancha carmesí y la esparció todavía más por su rostro, dándole un aspecto salvaje.

Theo no supo qué contestar. Los efectos de la droga estallaron en su interior y lo siguiente que sintió fue que sus extremidades ya no reaccionaban. Cerró los ojos y esperó el golpe contra el suelo, pero no llegó.

RIVER

Tan solo llevaba un mes fuera del correccional y acababa de meterse en una pelea. River pensó que era estúpido, sobre todo haberlo hecho por un gilipollas que solo estaba ahí para jugar a perder el control.

Sin embargo, algo lo empujó a salir tras él. ¿Para qué? Ni él mismo lo tenía claro. Tal vez porque llevaba tres noches observándolo. Entraba solo al bar y, a pesar de que claramente era menor de edad, el encargado le dijo que le sirviera todo lo que pidiera. Lo entendió al ver la cantidad de dinero que sacaba de la billetera.

Un niño rico. Odiaba esa clase de personas. Aunque ese niñato de cabello rubio y piel clara tenía la mirada más muerta que jamás había visto. La tristeza estaba pegada a cada una de sus largas pestañas.

River no era de los que se enternecía con facilidad, no recogía animales abandonados, ni sentía empatía por nadie. Bastante tenía con su mierda de vida como para tener que sufrir por la de los demás. Pero aquel chico era diferente, o así se lo pareció. Era como si se castigara, y algo lo empujó a querer saber el porqué. Quizá su curiosidad se debía a que él acababa de cumplir su condena, impuesta por la sociedad, y se sintió atraído por la idea de averiguar qué atormentaba al otro, y por qué creía merecer un castigo.

A las malas aprendió que, cuando a una persona le crecían espinas, estaba irremediablemente condenado a hacerse daño con ellas. River descendió la atención al joven a sus pies.

—Y ahora, ¿qué hago yo?

Soltó un suspiro. Lo pateó con la punta del pie y el chico se movió, aunque parecía incapaz de abrir los ojos. Los primeros botones de su camisa estaban desabrochados, por lo que dejaba al aire la blanca y lampiña piel, perlada en sudor, así como el movimiento de la caja torácica, que subía y bajaba con desacompasada rapidez.

Si se moría, sí estaría en un buen lío.

Tan solo llevaba un par de semanas en aquel trabajo, todavía no había cobrado y ya debía el mes de alquiler. No podía permitirse el lujo de que lo despidieran.

Por suerte, su turno había acabado y nadie lo vio pelear. River se giró dispuesto a marcharse

y se alejó un par de pasos, pero regresó. ¿A quién pretendía engañar? Estaba claro que iba a terminar con el soplagaitas ese metido en casa.

—Como me vomites encima, juro que te lanzo a la calzada —le gruñó, al rodearlo con el brazo para ayudar a que se levantara.

—Hazlo cuando pase un camión —sugirió el rubio, con voz pastosa.

—Tsk.

River se maldijo en silencio. Arrastró al chico, casi de manera literal, durante las cuatro calles que separaban su apartamento del bar. Era un edificio viejo y destartalado, la mitad de los pisos estaban vacíos y la otra se alquilaban a gente como él, de dudoso pasado y futuro incierto. Así que no había demasiada cordialidad vecinal. Después de dos intentos de sacar la llave del bolsillo, optó por dejar caer al rubio al suelo y abrir con tranquilidad. A sus pies el otro exclamó un «au», aunque no se quejó más.

Encendió la única bombilla que iluminaba los menos de veinte metros cuadrados que hacían, a la vez, de cocina, dormitorio y salón. A la derecha, pegado a la pared había un colchón, y frente a él una mesa baja. Nada más.

Tiró como pudo al chico sobre la cama y le quitó los zapatos. Dudó qué hacer con los pantalones, pero al final la desgana y el querer evitarse complicaciones ganaron. Se encerró en el baño —lo único que contaba con paredes y puerta, para mayor privacidad—, se recogió el cabello hacia atrás con una diadema para que el flequillo no le molestara en la cara y se lavó. Apestaba a humo, alcohol y sudor.

Al salir, su invitado seguía igual.

River sacó un bote de zumo y se sirvió un vaso. Sentado frente a la mesa, lo observó. No había fallado en su apreciación inicial: era muy joven y la ropa que llevaba parecía de buena calidad. El cabello trigueño caía en capas hasta rozar el lóbulo de sus orejas. Su piel era blanca, aunque las mejillas estaban sonrosadas, supuso que por los efectos de la droga que le habían hecho tomar.

Tenía pinta de ser un verdadero cretino.

—Un cretino que me ha quitado la cama.

Estaba agotado. En cuanto encontrara un nuevo curro pensaba dejar el *pub*. Trabajar de noche no era lo suyo y lo peor era hacerlo en aquel lugar. Lo asqueaba más de lo que nadie imaginaba, pero los principios no pagaban las facturas, así que aceptó lo primero que encontró. Por suerte, el gerente fue bastante comprensivo con su historial, también con su edad.

Se acercó a la ventana para dar un par de caladas a un cigarrillo. Tenía intención de dejarlo, algún día. En la cama el rubio dormía a pierna suelta, como si no hubiera un mañana. Aplastó la colilla en un vaso que hacía las veces de cenicero y cerró.

River se dejó caer en el suelo, tiró de una manta que había en un rincón y se hizo un rollito con ella. Por desgracia, había tenido el honor de dormir siempre en malas condiciones y, curiosamente, el reformatorio no fue el peor. Lo primero que hizo al encontrar aquel apartamento, fue comprar un colchón. Y ahora el maldito niño pijo ocupaba su cama y de nuevo le tocaba acoplarse en el suelo.

Dio media vuelta y clavó la mirada en el techo. La bombilla parpadeó.

Al menos se había divertido. Atizar a esos tres energúmenos era lo más entretenido que se había permitido en las últimas semanas. Sus puños estaban un poco oxidados y se notaba con menos forma de la habitual. Aun así, sonrió lleno de felicidad. Le gustaban las peleas, no lo podía evitar.

Alargó la mano para alcanzar el interruptor, apretó con fuerza los párpados y se durmió.

Después de su paso por la celda, su sueño era extremadamente ligero, así que, al notar el primer movimiento bajo la manta, River abrió los ojos y se lanzó a por su agresor. Cogió al joven de la garganta y con fuerza lo arrancó de donde estaba, casi pegado a su ropa interior.

—Solo pretendía agradecerte la hospitalidad —dijo el rubio, señalando su entrepierna.

River rugió cabreado y sin pretenderlo su mano se cerró todavía más.

—Vas… a ahog... rme… —balbuceó, con voz entrecortada—. Esto me… Me pone.

Lo soltó de golpe y de un empujón lo tiró de nuevo al colchón. River se apartó y se recolocó el pantalón, ya bajado hasta medio muslo.

—Hago unas mamadas de escándalo, ¿no quieres probar?

—No vuelvas a hacer esto, nunca.

No ahorró el asco que sentía en la mirada que le dedicó, aunque el chico pareció que ni se inmutaba, o tal vez ya fuera inmune a esa clase de reacciones. El rubio levantó las manos en señal de rendición, después rastrilló su cabello con los dedos y se levantó, aunque se mantuvo a cierta distancia. Se observaron el uno al otro hasta que el chico rompió el incómodo momento al alargar la mano en su dirección.

—Me llamo Theo —se presentó, y aguardó con la mano alzada.

—Me importa una mierda —respondió River—. Lárgate de mi casa.

—¿Y el café? —demandó.

—¿Crees que esto es un hotel?

Theo alzó los hombros como respuesta, miró a su alrededor y soltó una risotada.

—Más bien parece un antro de mala muerte —se burló.

River señaló en dirección a la puerta y contuvo el impulso de empujarlo hasta ahí; era mejor si se marchaba por su propio pie. Theo lo entendió, descendió la mano, todavía alzada, cogió sus zapatos y se dirigió a la salida, aunque antes de llegar se detuvo de nuevo para girarse.

—Ayer…

River esperó el agradecimiento.

—No necesitaba tu ayuda. La próxima vez no te metas en lo que no te incumbe.

—Maldito gilipollas —bramó, y con una zancada se colocó frente a Theo—. ¿Ibas a irte con esos tres depravados?

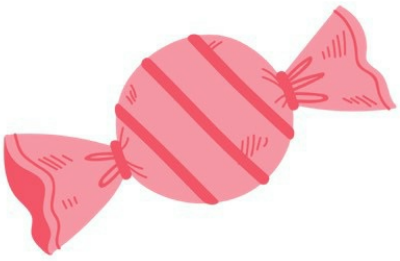
—¿Qué más te da? Es mi vida, puedo destrozarla como quiera.

River lo analizó. En el fondo, tenía razón. Él también tomó una decisión y pagó las consecuencias perdiendo dos años de libertad.

—Cierto —gruñó—. Es tu vida. Jódetela como te apetezca, pero no lo hagas en mi lugar de trabajo.

No esperó la réplica, que estaba seguro de que iba a llegar. Abrió la puerta y empujó al chico fuera, después dio un portazo que esperaba le hubiera dado en las narices.

Menudo imbécil.



CAPÍTULO DOS



THEO

Jamás se planteó que una mirada pudiera doler.

A sus diecisiete años las había recibido de todas clases y colores. Intuía que los ojos de su madre desprendían amor, aunque no lo recordaba. De su infancia tan solo quedaron grabadas las de fastidio y decepción. Su nueva madrastra lo observaba con recelo, y los sirvientes, con pena. Adoraba que los ojos que se clavaban en él estuvieran cargados de lascivia cuando regalaba su cuerpo al «cualquiera» de turno, aunque aborrecía la expresión desolada que le devolvía su propio reflejo al terminar.

Recientemente, había conocido las miradas de terror, y descubrió que le encantaban. Cuando golpeaba a uno de sus oponentes, ver el miedo reflejado al fondo de sus pupilas lo ponía a cien y sin los molestos efectos secundarios del día después.

Sin embargo, aquella mañana, lo primero que recibió fue el asco atroz que el otro sentía por él; como si fuese algo repugnante. La expresión del chico fue tan fría que se quedó helado, dejándolo paralizado en el lugar.

Por un instante sucumbió a la escarcha de aquella mirada, y temió no ser capaz de reaccionar. No quería que nadie pudiera ver sus profundas cicatrices, que solo obtendrían humillación y lástima. Por suerte, estaba acostumbrado a fingir. ¿De qué otra manera habría sobrevivido si no fuera mintiendo a todo el mundo, incluso a sí mismo? Por eso llevaba una máscara de perpetua indiferencia.

Horas después, Theo seguía con aquellos oscuros y fríos ojos clavados en su memoria.

En el Instituto para chicos Tomi, había logrado alcanzar cierto equilibrio que solo se mantenía a base de la fuerza. Su padre le pidió ser elegido presidente del consejo, y lo logró. Inconscientemente, esperó un comentario de aprobación que, al no llegar, lo llevó a pensar que no era suficiente, y a aspirar a más.

En aquel lugar existía otro tipo de jerarquía. Nada que ver con las asignaturas, evaluaciones o calificaciones, y a ese trono invisible se llegaba a través de las peleas.

Desde el principio, los estudiantes encontraron en sus puños la manera de validar su posición o, tal vez, como una vía de escape de las encorsetadas vidas que sus familias les imponían. Así, en el trasfondo de aquella institución, se desarrolló una red de peleas clandestinas que enviaron a más de uno al hospital.

Pero no fue hasta la llegada de Sendo que no se establecieron como una verdadera pandilla. A Theo todo aquello le resultaba extraño, no entendía la necesidad de relacionarse con los demás, sin embargo, de pronto encontró como nuevo pasatiempo pelear y, una vez empezó, no le costó demasiado hacerse con el control.

A la rabia acumulada se le sumaba el poco aprecio por sí mismo; una vez probada la sangre, no paró de golpear. Cada nuevo reto lo ganó con clara ventaja y, como si de un videojuego se tratara, llegó hasta el *boss* final.

Sendo era un estudiante de último curso, hijo de un empresario farmacéutico que no solo había liderado el instituto los últimos años, sino que se movía por los pasillos como si fuesen suyos. Además, desde hacía algún tiempo, trapicheaba con algunas sustancias poco legales.

Nada aborrecía más Theo que esa clase de persona. Así que decidió ir a por él. Peleó y ganó.

Sin ser plenamente consciente de ello, se posicionó como nuevo capitán de Tomi, la pandilla de la zona alta de la ciudad.

Algunos estudiantes no estaban conformes con el resultado, pero, por el momento, reinaba una paz temporal. Solo el tiempo diría cuánto duraría. Sin embargo, Theo contaba con leales dispuestos a arriesgarlo todo por él, quienes ya habían demostrado su devoción en varias ocasiones. No solo había alcanzado esa cima imaginaria a base de los puños, sino también gracias a su magnetismo, ese halo seductor que lograba que el mundo se doblegara a su voluntad y le cediera el control.

Theo estaba sentado en la vieja aula de música, donde los miembros de la pandilla solían reunirse. Era media tarde, las clases habían terminado, y mientras algunos perdían el tiempo en discusiones absurdas, él seguía dándole vueltas a la idea de afianzarse en el poder. Enredó los dedos en el cabello para echárselo hacia atrás, a pesar del frío mantenían las ventanas abiertas para evitar el olor a humanidad.

—Aburrido —balbuceó.

No solía mostrar interés en nada, pero permanecer ahí siempre era mejor que regresar a su casa. Theo saltó de la mesa en la que estaba sentado y se marchó sin decir una palabra, dejando al resto atrás. No se había alejado ni diez metros cuando escuchó los apresurados pasos a su espalda.

—¿Te vas?

Era una pregunta absurda que merecía una respuesta a su altura, pero cuando la desidia lo aplastaba, solo quería cerrar los ojos y echarse a dormir, sin más. Tenía un agujero en el corazón, incapaz de llenarlo con nada. Lo intentaba con el sexo, las drogas, las peleas… Había condensado diez vidas de descontrol en apenas diecisiete años, estaba cansado y, por momentos, no tenía ganas de continuar.

—Podríamos organizar una gran pelea —propuso el chico a su espalda.

—Tal vez…

—¿Sabes?, no estás tan lejos de lograrlo, solo necesitas el golpe final.

Taz, el chico que caminaba a su lado, era el único al que le permitía acercarse un poco más. Era más bien regordete y peleaba de pena, pero conocía a todo el mundo. Además, hacía gala de una gran habilidad en relacionar nombres y caras, y llevaba un minucioso control sobre fortalezas y debilidades de cada uno. No solo de los miembros de Tomi, sino de las otras bandas callejeras rivales. Era como una enciclopedia andante y eso a Theo le venía de lujo; necesitaba conocer a sus «amigos» y también a sus enemigos. Como si intuyera su malestar y con la pericia que le caracterizaba, Taz lo condujo hasta una de las salidas laterales del edificio de arte.

A la fuerza había aprendido que, cuando Theo se deprimía, necesitaba comer.

—¿Qué es lo que propones? —inquirió Theo, con algo de curiosidad.

Taz se mostró contento de que se le permitiera hablar, así que una gran sonrisa se dibujó en su rechoncha cara.

—Durante años nadie ha conseguido ganar a Milo, el líder de Hinkon.

Aquello llamó su atención.

Los miembros de Tomi dominaban la parte norte. Al otro lado del Templo se encontraba un pequeño barrio obrero olvidado de la mano de Dios, ahí eran otros los que mandaban. Los conocía, todo el mundo lo hacía. De hecho, sabía que Sendo, al que acababa de arrebatar el liderazgo, no había logrado derribarlos jamás. Ratas obreras habituadas a las malas condiciones y a pelear.

—Te escucho.

—Por lo que sé —se apresuró Taz, aliviado de que por fin Theo mostrara interés en algo—, Milo hace tiempo que está bastante desvinculado de la pandilla.

Theo alzó la palma y la cerró en un puño en el aire, indicando al otro que se callara. Metió unas monedas en la máquina expendedora y esperó con paciencia el *snack*. Una vez abierto el paquete, olfateó el rico olor a chocolate. Hizo un gesto para indicar que podía proseguir con el relato.

—Desde hace un par de años trabaja en un almacén. Sin embargo, su liderazgo es tan fuerte que no le hace falta estar ahí para que los demás obedezcan.

—Tienen una línea clara. Una buena raíz hace crecer a un árbol fuerte.

Sintió envidia, y se la tragó con el primer palito de chocolate.

—Y después está Jax —siguió el otro—. Lleva el taller del barrio, es el segundo al mando. Él y Milo son algo así como hermanos jurados. Donde no alcanza uno, llega el otro. Los chicos de Hinkon les tienen un gran respeto.

Justo lo que a él le faltaba.

Theo lo sabía. Los vínculos forjados a partir de la fuerza, miedo e intimidación eran endebles y no duraban. Cuando llegaba alguien más fuerte, los arrebataba. Era lo que él acababa de hacer con Sendo. Sin embargo, aparte de sus puños, pensaba que no tenía nada más.

Necesitaba una victoria más espectacular. La pandilla en sí le importaba una mierda, pero durante el tiempo que permaneciera allí, quería permitirse el lujo de pasárselo bien. Una pelea contra Hinkon sonaba divertido, y era la manera de darse a conocer.

—Es justo lo que necesitas —soltó Taz, como si pudiera leer sus pensamientos.

Theo desabrochó el nudo de la molesta corbata del uniforme del instituto y tiró de ella con desgana. Cogió otro de los bastoncitos de pan bañados en chocolate y lo mordisqueó pensativo. Al caminar por los pasillos, los chicos se apartaban a un lado, algunos hacían descender la mirada, otros directamente agachaban la cabeza.

Le gustaba aquella sensación, nueva y estimulante. Nacía en él la necesidad de más. Sin embargo, también era consciente de sus limitaciones. Con Sendo y todos sus secuaces destronados nacía una nueva era, la suya, la que lideraría desde lo más alto. Tan solo había un problema, y ese era lo limitado que estaba.

Aquellos niñatos ricos con la vida regalada estaban bien para pasar el rato, pero si quería dar un paso más, necesitaba a su lado gente que supiera pelear. La corbata resbaló de entre sus dedos. No inició el gesto de agacharse, puesto que alguien la recogió por él. La clara mirada de Theo se quedó imantada en aquella larga prenda.

—Una pelea con Hinkon… Eh… No tenemos fuerza todavía.

—¿En qué estás pensando? —se interesó el otro.

—En que cualquier día me pegan un tiro por la espalda —bromeó, aunque con un punto de verdad en las palabras.

—Te has creado muchos enemigos en los últimos dos años.

Era cierto. Desde aquella fatídica tarde en que le destrozaron el corazón, masticó cada uno de sus sentimientos y se los tragó. Porque en su cabeza solo bullía la idea de la venganza.

—No te conviene ampliarlos más —continuó a su lado Taz.

—Tampoco lo puedo evitar. —Theo sacó otro palito de chocolate y lo saboreó—. Al final necesitaré un guardaespaldas.

—Tienes dinero, puedes pagarlo.

—El dinero no compra protección, la lealtad lo hace —murmuró.

El rubio sonrió de medio lado, y destellos de la pelea de la noche anterior regresaron a él, cuales fogonazos de oscura esperanza.

—Creo que tengo la solución. Me largo.

No dudó un instante antes de recorrer las mismas calles, de nuevo a aquel bar.

Sintió un extraño nudo en la boca del estómago cuando entró. Al igual que todas las veces, el recibimiento era la estridente música y el extraño olor. Mezcla de humedad, tabaco y mucho alcohol.

—¿Qué haces aquí?

La voz del chico, algo rasgada, lo recibió desde el otro lado de la barra. Llevaba el cabello recogido hacia atrás con unas horquillas que se camuflaban entre los mechones negros y dorados. No se había fijado con anterioridad, pero bajo la camisa del uniforme se dejaba entrever un cuerpo bien perfilado. Era guapo, a pesar de que la pequeña cicatriz cerca de la sien, la mirada peligrosa y los ojos tan fríos cómo un maldito iceberg le daban un aire salvaje, y eso le gustaba.

Theo alzó una ceja con cara de incredulidad.

—¿Así es como tratas a los clientes?

—No eres un cliente. Maldita sea, sigues con el uniforme del colegio.

Theo se dedicó una rápida mirada y sonrió. Hizo ademán de sacar la cartera cuando el otro alargó la mano por encima de la madera con intención de interrumpirlo.

—Me importa una mierda tu dinero. Te dije que no quería verte por aquí —soltó, y apoyó las manos en la barra, como si se impidiera saltar.

Theo caminó de manera pausada, también desafiante, como la postura del otro. Sus personalidades, algo tiránicas, entrechocaron. En vez de buscar una mesa alejada se sentó en la barra. Clavó el codo en la madera y dejó caer la barbilla en la planta de la mano. Los oscuros ojos del otro no le dedicaron ni tres segundos y fingió perder el interés.

—Ponme un *whisky* —demandó, antes de que se alejara.

El chico soltó un suspiro y lo ignoró.

Theo se sintió satisfecho ante el fastidio del camarero. Se giró para observar el local; con la espalda en la barra paseó la mirada por las mesas. El ambiente a media tarde era muy diferente al de altas horas de madrugada. Notó una presencia y, al girarse, vio al otro dejar un vaso de tubo frente a él.

Alargó la mano satisfecho de salirse con la suya; hizo bailar los hielos, que tintinearon contra el cristal. Se llevó el borde a los labios y dio un sorbo.

—¡Pero… qué mierda!

El camarero soltó una carcajada divertida y siguió secando los vasos.

—Zumito de manzana, que es lo que debería beber un niño como tú.

—¡Que te jodan! —soltó el rubio.

—Te lo dije. Haz lo que quieras con tu vida, pero lejos de aquí.

—¿Por qué?

—Llevas la palabra «problemas» tatuada en la cara.

—¿Y me vas a hacer creer que no te gusta meterte en líos?

Las manos del camarero se detuvieron. Tan solo fue un instante de duda, después siguió con el entretenido momento de sacar brillo a cada vaso de cristal

—Qué sabrá un niñato como tú.

Theo cerró los puños con rabia. Odiaba que la gente lo juzgara, sobre todo cuando lo hacía tan mal. Se levantó de un bote y, en un infantil arrebato, salió del bar.

RIVER

Cada vez aborrecía más aquel trabajo.

Cuando por fin salió era casi de madrugada. Estaba cansado, con las piernas entumecidas de estar de pie. Se caía de sueño y no veía el momento de llegar a casa y tener un idilio con su colchón. Acurrucarse bajo la manta, cerrar los ojos y no pensar ni soñar; demasiado gasto energético. Se colocó los auriculares y se dejó envolver de música, de la de verdad, no la que tenía que soportar en el local. Necesitaba desconectar hasta que volviera a ser hora de arrancar.

Tenía que buscar un curro más normal.

—Por fin has llegado. ¿Qué pasa, no te cuadraba la caja?

River parpadeó un par de veces. El sueño le creaba demasiada confusión, y entre la bruma del cansancio identificó un revoltijo de prendas que creaba un bulto frente a su puerta. Descendió los auriculares con expresión estupefacta.

—Joder, qué frío —exclamó Theo, que se puso de pie y friccionó las manos contra sus propios brazos—. ¿Vas a abrir o no? ¡Tengo el culo helado!

—Pero, qué…

Una sonrisa escalofriante se dibujó en el rostro del rubio. River se estremeció; jamás había visto una expresión tan poco sincera. Ni él mismo, en el tiempo en que se autoengañaba para convencerse de que todo estaba bien, fue capaz de fingir de aquella manera.

No supo ni por qué, tal vez estaba demasiado agotado para discutir, pero terminó abriendo la puerta y cediendo el paso al otro. Como si de su casa se tratara, Theo se quitó la chaqueta dejándola caer al suelo, y tomó asiento en el borde del colchón. La cama seguía sin hacer, y el olor del rubio permanecía pegado a las sábanas. River cerró tras de sí y lo observó. El chico, de ojos tan grises y traicioneros como un nublado día de primavera, le sostuvo la mirada.

Lo más sensato habría sido preguntar qué diablos hacía ahí. Sin embargo, no le importó.

—Abajo —ordenó, señalando de la cama al suelo.

—¿Y dónde duermo? —quiso saber el rubio, extrañado.

—Se me ocurre que… ¿en tu casa? —soltó.

—Podemos compartir, te prometo que no…

River lo apuñaló con la mirada.

Theo alzó las manos mostrando rendición. Después señaló el suelo, justo en el lugar donde

todavía estaba tirada una manta.

—También puedo dormir aquí —propuso.

Sentía cada músculo agarrotado, le dolía la cabeza y le costaba horrores mantener los párpados abiertos. Ni se molestó en quitarse la ropa. River se dejó caer contra el colchón nada más quedar libre y hasta soltó un jadeo de pura felicidad.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

Si no lo mirabas a la cara, la voz de Theo sonaba bien, dulce, con un puntito infantil, como si la niñez aún se aferrara a sus cuerdas vocales y, de hecho, su rostro acompañaba. River se giró lo suficiente para observar a su interlocutor.

—¿Tienes por costumbre meterte en casa de gente que no conoces? —Nada más soltarlo, se temió la respuesta.

—¿En serio tienes que preguntarlo? —bromeó, con un deje de pasotismo.

—Olvídalo. —River tiró de la colcha y se cubrió con ella—. Cuando despierte, espero no verte aquí.

—¿Alguna vez se han cumplido tus deseos?

Aquella pregunta, a priori tan inocente, escondía una dolorosa verdad. River sacó la cabeza para enfrentarse a la astuta mirada de Theo, que mantenía todavía una expresión indiferente en la cara.

—¿Y a ti?

Theo negó con la cabeza.

—Tsk, eres un verdadero incordio.

Theo se encogió de hombros.

—Antes, en el bar, te has enfadado. —River se incorporó hasta quedar sentado—. Y ahora estás como si nada, ¿cómo puedes ser tan falso?

—Porque a nadie le importa lo que siento de verdad.

Menudo contraste. Aquel chico podía pasar de la más falsa de las expresiones a la más sincera de sus respuestas. Tal vez no eran tan diferentes como en un principio pensaba. De pronto, en el minúsculo y destartalado apartamento, un incómodo silencio se gestó entre los dos.

—Me llamo River.

Tanteó con los dedos por su pelo hasta localizar las horquillas. Los mechones desiguales y teñidos de negro y dorado cayeron desordenados por encima de la frente, algunos cubrieron sus oscuros ojos.

—Parece que te lo han cortado a mordiscos.

—No todos tenemos la suerte de poder despilfarrar como tú. —River se echó el cabello hacia atrás—. Lo he cortado yo, ¿qué pasa?

—Jamás te ganarías la vida como estilista —bromeó Theo.

Se tumbó en el suelo. Saltaba a la vista que era la primera vez que sus huesos no dormían en un mullido colchón. River sonrió con maldad anticipando el dolor que tendría al día siguiente.

—Gracias por lo de la otra noche. —La voz de Theo sonó a bajos decibelios.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que te jodan —gruñó el rubio, y se dio la vuelta para darle la espalda.

River soltó una risotada y también se tumbó, agotado.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber entonces, empujado por la curiosidad.

—Haré diecisiete, ¿y tú?

—Acabo de cumplir dieciocho.

Theo se giró, quedando de costado, con la cabeza sobre la palma de la mano. River imitó el gesto en el colchón y lo miró desde arriba.

—¿No tienes que ir mañana a clase?

—Jum —musitó Theo.

—Duerme.

—Hace frío en el suelo.

—¡Ja! No voy a caer.

—Tsk… Desalmado sin corazón —bufó, recostándose de nuevo—. ¿No has terminado el instituto?

—¿Para qué?

—Tienes pinta de ser listo —soltó, sin más—. Odias el trabajo en ese bar, ¿homofobia o malas condiciones laborales?

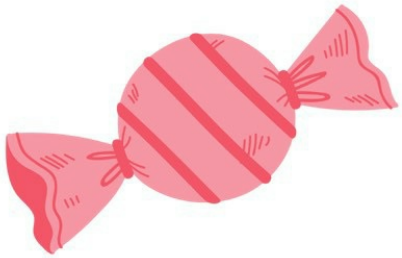
River se quedó con la atención fija en la mancha del techo. Se negaba a dejarse arrastrar a un pasado que con tanto esfuerzo intentaba olvidar. Un movimiento hundió el colchón con el peso de otro cuerpo y River detuvo el curso de sus pensamientos. Lo hizo justo cuando estaba a punto de abrir una puerta que le daba miedo cruzar. Theo se había levantado y se sentó justo a sus pies. El primer impulso de River fue el de patearlo de la cama, sin embargo, antes de que su cuerpo se moviera, el rubio adivinó su intención y lo frenó.

—No hace falta que me lo cuentes. Me gusta que los hombres mantengan el misterio, los hace más interesantes.

Una profunda sinceridad brotó de su mirada, aunque pronto fue sustituida por el brillo de la malicia. Trepó por el colchón con la clara intención de acostarse a su lado.

—Inténtalo, y será lo último que hagas.

Theo mutó a una expresión furiosa y se deslizó de nuevo al suelo, balbuceando improperios por el frío que iba a pasar. River tomó una de las colchas y se la lanzó. Después dio media vuelta, apagó la luz y se durmió.



CAPÍTULO TRES



THEO

Cuando abrió los ojos estaba hecho una bolita en el suelo, embrollado en un montón de mantas de las cuales le resultó tremendamente difícil escapar.

No era su peor despertar. Aunque le dolían hasta las pestañas.

Theo se incorporó para quedarse sentado. Sobre su cabeza el cabello había formado algo parecido a un nido de pájaros. Se frotó los ojos para sacarse las legañas. Al menos aquella noche no había tenido pesadillas, posiblemente porque su mente se concentró en enmascarar el dolor de dormir sobre el duro suelo.

Murmuró un par de incoherencias hasta ser capaz de formular una palabra con sentido:

—Café.

Lo que recibió a cambio fue que alguien le tiró una zapatilla. De hecho, era su propio zapato.

—Silencio —exigió una voz pastosa.

Theo exploró lo que lo rodeaba y en menos de treinta segundos ya había visto todo. Tan solo eran cuatro paredes, desconchadas en muchos puntos. El techo estaba elegantemente decorado con una mancha de humedad de un tono a medio camino entre el verde y el negro. La cocina, si es que se la podía llamar así, constaba de una pequeña encimera y un fregadero ridículo. No había fogones, ni microondas, tampoco cafetera, ¡nada! Solo un cenicero con unas cuantas colillas acumuladas. Arrugó la nariz; odiaba el olor del tabaco.

Una cosa era ser minimalista y otra muy diferente eso.

Le costó un par de intentos ponerse en pie. Estiró los brazos al aire, doblando el espinazo, sintiendo cómo las vértebras volvían a sitio una a una después de un chasquido de lo más preocupante.

Justo debajo de la encimera había una puertecita blanca, como la entrada a un universo paralelo —de duendes y gnomos, por el tamaño—, en donde un imán con una nota enganchada le ayudó a adivinar que era la nevera, y dentro, oh, sorpresa, no había nada.

—¿Se puede saber de qué te alimentas? —inquirió, pateando al chico plácidamente dormido sobre el colchón.

—¿Quieres que te tire por la ventana? —amenazó River, que atrapó al vuelo el tobillo de Theo, quien ya volvía a la carga.

Se quedaron así, el uno con la pierna levantada y el otro sujetándolo. Se retaron con la

mirada. A Theo le gustaba el brillo en aquellos oscuros ojos, era como si le dijeran al mundo que ya podía patearlo cuanto quisiera, que jamás se dejaría vencer. Los dedos que lo aferraban se abrieron lentamente y, con la misma velocidad, Theo descendió el pie hasta que la planta se apoyó en el frío suelo.

—Quiero desayunar.

—Ya dejamos claro que los deseos no se cumplen. —River se acomodó para volver a dormir —. Si lo hicieran, tú ya no estarías aquí.

—Menudo soplapollas —soltó el rubio.

Debía de tener horas de sueño acumuladas, o se había convertido en la Bella Durmiente y solo despertaría con un beso; pero Theo no era tan estúpido. Desde el principio tuvo claro que era una frontera peligrosa de cruzar.

Se calzó y tomó la cazadora para salir de aquella caja de cerillas. De manera perezosa el sol despuntaba tras la línea de edificios. Era un barrio de mierda, pegado a la zona de Hinkon. Las palabras de Taz regresaron a sus recuerdos: Milo y Jax eran dos leyendas en aquella parte de la ciudad. No los había visto pelear y aquello le encantaría. Con toda probabilidad, vivirían cerca de donde se encontraba, en alguna de esas lúgubres calles de dudosa higiene. Los edificios se caían a pedazos y más de la mitad de los establecimientos tenían la persiana echada. Theo no sabía si por la hora o porque ya no albergaban ningún negocio en el interior.

Era muy diferente del lugar al que él pertenecía, lleno de lujos y comodidades, aunque con toda probabilidad, más podrido que la basura que se acumulaba en las esquinas de ese barrio.

No pensó que le fuera a costar tanto encontrar un sitio donde comprar el desayuno. No solía ser quisquilloso, pero realmente no tuvo dónde elegir. Solo una panadería, y punto. Una señora de cara arrugada lo atendió con una sonrisa a la que le faltaban dientes. Theo la miró con desagrado, sin embargo, su organismo reclamaba café.

De vuelta al apartamento, abrió con las llaves que le había quitado a River, que seguía acostado en la cama. Tan solo abrió un ojo al escucharlo entrar y soltó un suspiro de resignación.

No se alegraba de verlo de vuelta y su saludo se lo confirmó:

—¿Por qué no te largas? —soltó, desde debajo de la sábana.

—Me da miedo que mueras de inanición. Levanta.

—Tsk —chistó el otro; parecía cansado.

Theo soltó una risotada. Sus dotes sociales eran malas, pero las de ese chico eran pésimas. O tal vez era porque a él le tocaba fingir mientras River era libre de decir lo que pensaba.

Al final, y después de abrir la ventana para que se colara el aire fresco y la luz, el zombi sobre el colchón pareció recobrar los sentidos, al menos lo suficiente como para mostrarle el monumental cabreo en forma de dedo corazón alzado al cielo.

Theo aguardó hasta que River se incorporó; rastrilló los mechones para atrás, eran tan desiguales que mientras unos se aguantaron en aquella posición, otros volvieron a caer sobre la frente. Había un rastro de impaciencia en su rostro.

—Voy a golpearte hasta matarte —soltó Theo, y River lo miró con una ceja más alta que la otra—. Es lo que llevas escrito en la cara.

—¿Y no tienes miedo de que lo cumpla?

Fue el turno de Theo de mostrar una expresión de indiferencia. Algo le decía que River no lo haría y, de hacerlo, sería su oportunidad de medir si el chico merecía la pena o no.

Sobre la mesa había dos vasos de cartón que contenían el café, así como diferentes bollos y galletas, todo dulce, porque la vida ya era suficientemente amarga.

—Si quieres golpearme, hazlo después de desayunar —ofreció.

Se acomodó frente a la mesita con las rodillas flexionadas y dio el primer trago. El otro no dijo nada, tal vez encontraba aquella propuesta aceptable; se deslizó desde el borde del colchón hasta que dio con el culo en el suelo. Atacó primero a las galletas.

Comieron sin intercambiar una sola sílaba.

Al terminar, Theo se palmeó la tripa, satisfecho por el banquete. El otro lo seguía observando con recelo.

—Deberías tener comida en casa.

—Y tú largarte de aquí.

Era un hueso duro de roer. La vida tenía que haber sido muy jodida con él para estar rodeado de tantas espinas. Por un segundo, Theo sintió un genuino interés, que se desvaneció al recordar qué era lo que pretendía conseguir.

—¿Sin hablar de negocios? —Aquella frase llamó la atención de su interlocutor, a pesar de que se mantuvo callado—. Está bien, no hace falta que preguntes, te lo diré igual: quiero que trabajes para mí.

Más silencio.

De pronto, una sonora carcajada reverberó entre las desnudas paredes. River se empezó a reír tan fuerte que, pasados unos minutos, se agarró el abdomen como si se le fueran a desprender las tripas por el esfuerzo.

—Joder, hacía años que no me reía tanto. —Se levantó como pudo, aún con los ojos lagrimeando, y comenzó a recoger los envoltorios de todo lo que se acababan de zampar.

Aquella risa, lejos de cabrearlo, lo estimuló. Theo observó los cansados gestos del otro; después de tirar los papeles y vasos, se dispuso a cambiarse de ropa. Se dirigió a un destartalado cajón y se desprendió de la camiseta del día anterior.

Tenía un cuerpo de infarto.

Después de enfundarse una limpia —que no nueva, porque se veía que había pasado innumerables veces por la lavadora—, se plantó frente a él con cara de hastío, pero en el fondo tal vez era algo de intriga. Theo pensó que estaba a punto de preguntarle por su oferta, sin embargo, River le golpeó con la yema del dedo la frente y, a continuación, señaló a la puerta.

—Vete.

—Está bien. —Theo se levantó—. Capto las indirectas.

—Créeme, no lo haces.

Recogió la chaqueta del suelo.

—Pensaba que odiabas trabajar en ese bar —afirmó Theo, sin miedo a equivocarse—. Solo te ofrecía una salida.

River negó con la cabeza, e insistió en volver a señalar la salida. Theo tomó de nuevo sus zapatos, se calzó con lentitud y con la misma parsimonia se colocó el abrigo. Intentaba sacarlo de quicio y por el tic de la vena palpitando en su sien, lo lograba. Se dirigió a la puerta para abrirla.

«Tres, dos…».

—Solo por curiosidad —la voz de River lo detuvo—. ¿De qué clase de trab…? ¿Sabes qué? Déjalo. No quiero saberlo.

Theo viró sobre su propio eje. Sus ojos escudriñaron a su alrededor hasta localizar el móvil de River, pero no le dio tiempo a reaccionar, pues ya lo tenía en las manos.

—Te apunto mi número. Si cambias de opinión, solo tienes que llamarme.

—No lo haré.

—Claro que lo harás, porque cualquier cosa que te proponga es mejor que ese antro, y lo sabes.

No dejó que terminaran de echarle. Se marchó, convencido de que River no tardaría demasiado en ponerse en contacto con él.

No lo hizo. Theo todavía no era consciente de lo cabezota que podía ser su nuevo amigo.

RIVER

Aquella noche el olor del *pub* le parecía más rancio, la música más estridente y el tiempo mucho más lento de lo habitual.

Odiaba el ambiente.

Odiaba tener que ver a hombres coqueteando con otros hombres. A veces incluso llegando a más.

Se sirvió un vaso de zumo que le supo amargo. River no tomaba alcohol, porque a las malas había aprendido que, si quería sobrevivir, tenía que estar siempre alerta. Desde pequeño las adversidades acechaban a su alrededor. No podía permitirse el lujo de no reaccionar a tiempo, eso no le volvería a pasar.

La vida tenía un peculiar sentido del humor y el destino era caprichoso. Después de lo que vivió, dio con sus huesos en el único lugar capaz de revolverle las entrañas.

En la mesa del fondo reconoció a uno de los tipos de un par de noches atrás; los que se intentaron llevar a Theo y hasta lo drogaron. El hombre de mediana edad no le quitaba el ojo de encima. Que hubiera regresado solo significaba una cosa: volvía a por más y River no pensaba ponerle las cosas fáciles. Le daba asco, perfectamente trajeado, impoluto por fuera pero podrido por dentro.

Cuando peleaba lo hacía hasta el final, con todas las consecuencias. Dos años de su vida hipotecados eran buena muestra de ello.

El otro camarero pasó tras su espalda, el cliente del final de la barra hizo un gesto pidiendo otra consumición y por los altavoces sonaba la misma canción de nuevo; desde el principio del turno ya era la tercera vez.

River estrujó entre las manos el trapo, descargando —al menos pretendiéndolo— la angustia en aquel gesto. Compuso una sonrisa que, aunque falsa, lo era mucho menos que las de Theo, y justo al pensar en el maldito rubio, el muy imbécil apareció por la puerta.

Vestía unos simples vaqueros oscuros anchos, que se sujetaban justo en el hueso de la cadera, y una camisa blanca abierta en los últimos botones. Llevaba una cazadora de piel y completaba el atuendo con una expresión indiferente que le quedaba que ni pintada. Como si nada fuera con él, estaba por encima de todo y de todos, al menos era lo que aparentaba.

River dirigió la atención al otro lado del local, al tipo que, de manera inevitable, ya había clavado la mirada al recién llegado. Chasqueó la lengua molesto, anticipando lo que podía pasar.

—Parece que volvemos a vernos. —La voz de Theo estaba cargada de fingida inocencia.

Ambos chicos se observaron. Lo cabreaba. Quería borrar a hostias la expresión arrogante en la cara de ese mocoso y todavía no entendía por qué no lo había hecho ya. ¿Cómo se estaba dejando mangonear de aquella manera? Si hasta lo había dejado dormir en su casa… ¡Dos veces!

—¿Tan ociosa es tu vida que no tienes ningún otro lugar al que ir? ¿Qué pasa, niño rico, acaso no tienes amigos?

Su expresión cambió de gentil y elegante a oscura mezquindad. River no se entretuvo en analizarlo más, una de las mesas reclamaba su atención, así que dejó al rubio masticando su enfado y se largó. Por poco que le gustara, tenía que hacer su trabajo. Al regresar tras la barra, esperaba no encontrarlo, sin embargo, allí seguía, escupiendo bilis por sus ojos. River no pudo más que soltar una risotada ante tan infantiles arrebatos. Sin duda, Theo era un tipo de contrastes. Se preguntó si sería con todos igual o solo él había descubierto aquella faceta suya.

Se apiadó del chico, así que buscó hacer las paces con él; sacó un zumo de manzana del refrigerador y se lo dejó en frente, junto con una copa cargada de hielos. Theo soltó una risotada y, para sorpresa del camarero, no protestó.

—Solo pasaba por aquí, pero no rechazaré tu invitación. —Señaló el zumo.

—No es una invitación, lo tienes que pagar.

—Tan tacaño —murmuró—. Y bien, ¿has pensado en mi oferta?

—Dilo —retó River.

—Una que no deberías rechazar —soltó, engolando la voz.

River sonrió, y por primera vez en mucho tiempo, sintió un instante de normalidad. De pronto volvió a ser un chico de tan solo dieciocho años y se permitió divertirse, aunque fuera con tremenda gilipollez. No obstante, antes de poder siquiera disfrutarlo de manera consciente, el tipo de traje se plantó al lado de Theo. River quiso actuar, no dejaría que le pusiera de nuevo la mano encima. No pudo, pues a pesar de que se consideraba a sí mismo un tipo de buenos reflejos y acostumbrado a reaccionar a gran velocidad, el rubio se le adelantó. En un parpadeo el tío alargó la mano para rozar el hombro de Theo y medio segundo después, su brazo se retorcía en una posición antinatural tras su espalda. River parpadeó con creciente incredulidad.

—Pero qué… —balbuceó, de manera ridícula.

—¿Y bien? Mi oferta, sigo esperando —inquirió Theo, ignorando al hombre que aplastaba contra la barra del bar.

El tipo de traje pasó de depredador a presa.

A pesar de ser un garito de mala muerte, no era uno en el que soliera haber demasiado alboroto, mucho menos peleas. Así que media docena de pares de ojos estaban fijos en esa zona del local, sin perder detalle del tipo que farfullaba incoherencias con la cara pegada a la sucia madera, ni del joven rubio que apoyaba el codo con naturalidad sobre la misma.

—Suéltame.

—Suéltalo —se unió River a la petición, no por el gilipollas en sí, sino por no llamar más la atención.

—Ha sido muy grosero —se defendió el rubio.

—Lo siento.

—Ha dicho que lo siente. —River adelantó la mano para golpear el antebrazo de Theo—. Me vas a buscar un lío, además, él ya se marchaba, ¿verdad?

Ambos jóvenes miraron al hombre aguardando su respuesta.

—Ya me marchaba, solo venía a saludar.

Theo lanzó un suspiro de resignación y soltó el agarre. El tipo los miró con expresión aterrada y huyó sin tiempo a recolocarse la ropa; salió disparado por la puerta, la misma que tuvo que tomar River poco después.

—Despedido —dijo incrédulo.

No podía dar crédito... Su mala suerte se multiplicaba. ¡No! Era el maldito rubio. Desde que se había cruzado en su camino todo volvía a torcerse y no podía permitirse un solo paso en falso,

no si pretendía evitar caer de nuevo al fondo del abismo.

—Míralo por el lado positivo —canturreó Theo.

Le lanzó una mirada cargada de hostilidad. Tenía que quitárselo de encima. Mudarse. Desaparecer. ¿Matarlo y enterrarlo?

—No hay lado positivo.

—¡Claro que sí! Vamos, te invito a cenar.

River detuvo sus pasos. Era bien entrada la noche y al cielo se lo había tragado la oscuridad, en esas calles mal iluminadas solo unos pocos se atreverían a pasear tranquilos. Pasó la mano rastrillando su cabello hacia atrás. Hacía frío; sin embargo, un sudor pegajoso le incomodaba. Sacó la cajetilla de tabaco y encendió uno, la primera calada le supo a gloria. No se dio cuenta de la cara de fastidio del chico a su lado.

—He dicho que te invito a cenar —repitió Theo, chasqueando los dedos frente a su cara, para llamar su atención.

—¿Es que solo piensas en comer?

—Cuando tengo hambre, sí.

River abrió la boca dispuesto a mandarlo a la mierda, a decirle que desapareciera de su vida, que no quería volver a verlo jamás. Pero las palabras que abandonaron sus labios fueron en otro sentido, en dirección opuesta a lo que le dictaba la razón.

—Quiero una *pizza* —gruñó, con el enfado medio disipado—. Y un refresco bien frío.

—¡Por supuesto! —exclamó el chico, alegre.

River meneó la cabeza de lado a lado, consciente de que su siguiente pregunta sería su perdición.

—¿De qué clase de trabajo se trata?

—Oh, eso… —Theo se giró para enfrentarlo. Sus ojos brillaron con picardía, y se balanceó sobre sus pies antes de hablar—. Solo quiero que vuelvas a estudiar.

River frenó en seco y tosió, atragantado con el humo del tabaco.

—Perdona, ¿qué?

—Quiero que seas mi compañero en el instituto; nada más. Yo te pagaré la matrícula y todos los gastos. Este es tu nuevo trabajo.

—Estás de puta coña.

Theo esbozó una media sonrisa que resultó ser bastante espeluznante cuando añadió:

—Créeme que no. Aunque tengo una condición extra. —Theo señaló lo que sostenía entre los dedos—. Deja de fumar, es asqueroso.

River miró el cigarrillo, se lo llevó a los labios y, con toda su mala hostia, sopló el humo en dirección a su interlocutor. Theo sacudió las manos para disiparlo.

—¿Esta es tu gran oferta de trabajo? —puso en duda.

Cuando menos, era una petición extraña.

—Nadie va a ofrecerte nada mejor.

—¿Dónde está la trampa?

—Solo quiero que seamos amigos, nada más.

—¿Estás comprando mi amistad?

—¡No! Por favor, ¿quién haría algo tan absurdo? Solo estoy pagando para que me conozcas un poco más, mi simpatía natural y tu soledad harán el resto.

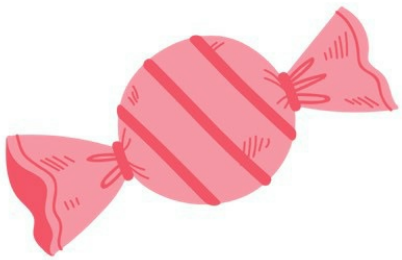
Aquellas palabras sonaron crueles, aunque certeras; dolió.

—Y, un día, sin darte cuenta, darás tu vida por mí —añadió.

La sorpresa se mostró en la expresión de River, sin dar crédito por lo que acababa de escuchar. Dio una nueva calada al cigarro y se dio la vuelta para marcharse.

—Oye, ¿y la *pizza*?

—Te la puedes meter por el culo.



CAPÍTULO CUATRO



THEO

El olor a tabaco hizo que Theo arrugara la nariz. ¿Por qué todos fumaban? Le resultaba repulsivo.

—Debe de ser la semana de las visitas extrañas.

Su interlocutor apareció justo en aquel momento. Manos en los bolsillos y cigarrillo entre los labios, tan solo le dedicó una mirada fastidiosa; no se alegraba de verlo ahí. Por un momento, Theo sintió que era un sentimiento que despertaba en todos. No recordaba la última vez que alguien se había alegrado de verle. Tal vez aquella sensación se suicidó en la misma barandilla en que lo hizo su madre.

—Llega antes el olor a humo que tú. Aunque puede que sea una suerte, odio el pestazo a pescado —sonó extremadamente prepotente, pero se lo podía permitir.

El cigarrillo cayó al suelo, donde fue machacado contra el asfalto por la suela de unas deportivas de la temporada anterior. Gin levantó poco a poco la mirada, cabreado; Theo podía ver el enfado en el fondo de sus ojos. Él era aquel pitillo aplastado.

—¿A qué cojones has venido? —increpó.

El puerto no estaba demasiado concurrido, el sonido de unas motos llamó su atención. Gin resopló y lo empujó al interior de un almacén cercano.

El lugar olía a grasa, gasolina y pescado. A Theo esa mezcla hacía que se le revolvieran las tripas. No es que fuera delicado… Bueno, sí, sí lo era.

—¿Qué quieres? —preguntó de nuevo el chico, con la paciencia al límite.

—Solo pasaba por aquí.

—Parece que a todo el mundo le ha dado por querer ver el mar.

Theo no entendió a qué se refería, tampoco indagó, no le importaba. El líder de los Umi, la pandilla que lideraba la zona pesquera, lo miró de arriba abajo. Parecía no estar muy dispuesto a perder el tiempo, así que fue directo al grano:

—¿Has venido a cobrártelo? —inquirió, con impaciencia.

—No. Ya te lo he dicho, pasaba por aquí.

No hacía mucho que se conocían, de hecho, era la segunda vez que se veían, sin embargo, Theo ya le había demostrado todo lo que podía ofrecer. Gracias a él, los Umi habían recuperado algo de cara, seguían siendo un coladero pero, con su —para nada desinteresada— ayuda,

podrían poner fin a ello. No era un secreto que la mayor parte de la droga entraba a través de los cargueros, y Gin y su gente no eran suficiente para detener el tráfico fluido de sustancias.

Theo paseó la mirada por el hangar. Sucio. Oscuro. Destartalado. Hasta que se detuvo en el chico que tenía enfrente. Gin era peculiar; como si no encajara allí. Era un poco más alto que él, aunque no tan delgado. Llevaba el cabello corto y sus ojos tenían una expresión amable. Pura fachada, en realidad era un puñetero borde.

—No me gusta deberle nada a nadie. —Gin sacó un nuevo cigarrillo.

—Tranquilo, ya te dije que mi información tenía un precio, solo que todavía no sé cuál.

—También odio hacer tratos a ciegas, no es mi estilo.

Estuvo a punto de decir que los chicos de los barrios bajos no tenían estilo alguno, no obstante, prefirió callar.

No quería ser su amigo, tampoco su enemigo. Su objetivo no era Gin, ni Milo de Hinkon, de hecho, el tema de las bandas callejeras se la traía floja; él tenía el punto de mira un poco más allá. Por el momento, simplemente se estaba allanando el terreno. Sin más.

Theo sacó un sobre del interior del bolsillo del abrigo y se lo tendió.

—Nombre de embarcación y número de contenedor.

Su interlocutor titubeó un poco antes de coger la información. Se veía la duda arraigada a sus bonitos ojos.

—Esto también tiene un precio —afirmó el líder de los Umi, con voz pausada. Theo asintió —. Y tampoco puedes decirme cuál.

—Solo que, si un día te necesito, vas a perder el culo para ayudarme.

—Yo no pierdo nada por nadie, mucho menos el culo.

Theo soltó una carcajada.

—No lo decía en sentido literal, descuida, no eres mi tipo, me gustan más… masculinos.

Un destello de ira recorrió la expresión de Gin. Theo hasta observó que sus puños se apretaban, contenía el impulso de golpearlo.

—Es broma, no te enfades, eres muy rudo —se mofó, y dio media vuelta—. Me marcho, no me gusta el olor a mar.

—Entonces, no hace falta que vengas tan a menudo.

¿Qué se consideraba demasiado? Tan solo había estado allí un par de veces. Verdaderamente, nadie se alegraba nunca de verle. Cuando estaba a punto de alcanzar la salida, el sonido del mechero a su espalda lo hizo reaccionar.

—Oye… ¿Milo es tan fuerte como dicen?

Gin sonrió con suficiencia mientras el humo se escapaba de entre sus labios. A diferencia de ellos, que era como un polluelo recién salido del cascarón, el resto eran viejas glorias, se conocían desde hacía mucho tiempo y se habían medido en el «campo de batalla» en más de una ocasión.

—¿Quieres retar a Hinkon? No eres rival para ellos.

—Tsk.

Dio la vuelta y salió del almacén.

Aquella tarde al cielo lo habían cubierto de hormigón, sin diferencia entre el anodino gris del asfalto y él. Desde esa corta distancia se escuchaba la bravura indomable del mar.

Salió del puerto y tomó un taxi para regresar, pero no lo hizo a su casa. Cuanto menos tiempo pasaba en aquel lugar, más feliz se sentía. Dudó un instante y al final le dio al hombre una dirección.

Al llegar, tal como se esperaba, River no estaba.

Habían pasado unas pocas semanas desde que se conocían y ya había observado que desaparecía algunas tardes por diversas horas. Pensó en indagar, pero Theo era demasiado perezoso como para hacer algún esfuerzo de más.

Al final, River había aceptado su propuesta.

Lo llamó al día siguiente, después de consultarlo con la almohada. Lo hizo por menos de lo que estaba dispuesto a ofrecer. Los años le enseñaron que todo tenía un precio, podía pagar por cualquier cosa que quisiera conseguir. Sin embargo, River era diferente al resto. Theo seguía procesando la nueva información. Estuvo de acuerdo en el pago de la matrícula, también en que financiara lo necesario para el año escolar, pero no quiso aceptar más. Seguiría trabajando para mantenerse, aunque solo a media jornada; y no pensaba mudarse del destartalado apartamento. Theo no podía comprender los extraños engranajes mentales de aquel chico, aunque no fuera el más indicado para hablar de eso.

No le resultó complicado mover algunos hilos para lograr que aceptaran un nuevo alumno a mitad del año escolar. Theo estaba dispuesto a desembolsar una cuantiosa suma de dinero a cambio de que hicieran la vista gorda con el nivel. No hizo falta, porque en un par de días River memorizó todo el material que le había proporcionado y, para su sorpresa, clavó el examen de admisión. Era listo. Muy listo. Y en ese punto creció su interés.

¿De dónde había salido? ¿Por qué dejó los estudios? Y, más recientemente, ¿qué eran todas esas cicatrices que tenía diseminadas por el cuerpo?

No había podido soportar la tentación de darle un buen repaso mientras se cambiaba. No solo tenía marcas horizontales en los antebrazos, sino que también pudo distinguir algunas señales en su espalda y riñones. Habría preguntado, pero no creyó que fuera a obtener respuesta.

La curiosidad que sentía por el chico no hacía sino aumentar, y más por su hermetismo. Jamás hablaba del pasado, familia o amigos. Era como si su vida se hubiera iniciado en el momento exacto en que se habían conocido, y había más. Algo que ya advirtió la primera vez. La expresión de River era capaz de pasar de la indiferencia al más profundo asco en un parpadeo, como si el acortar distancia entre los dos fuese el interruptor que necesitaba para estallar.

Erigía un perímetro a su alrededor imposible de rebasar.

Las alarmas saltaban dentro de la cabeza de Theo; River se presentaba ante él como una cajita de los secretos con las aristas sin limar. Bonito en apariencia, pero peligroso, y tal vez imposible de abrir para descubrir lo que guardaba dentro. Y de hacerlo, quizá no estaba preparado para lo que anidaba en ese interior.

Pero no le importaba, porque Theo había encontrado en River el lugar al que quería regresar. A ese chico no le interesaba nada de lo que hiciera o dijera, tampoco quién era. La indiferencia de River era evidente y tampoco tenía expectativas sobre él. En un mundo donde solo lo buscaban por interés, era refrescante tener a semejante iceberg cerca. Además, River ya conocía su faceta más patética; así que solo cuando estaba con él, podía permitirse el lujo de quitarse la molesta careta.

RIVER

Se arrepentía de muchas cosas en su vida, asistir al grupo de apoyo era una de ellas. ¿En qué podía ayudarle dos horas hablando de sus sentimientos? No, mucho peor, se trataba de dos largas

horas escuchando los sentimientos de los demás. Compartir sus traumas no haría que desaparecieran. Tampoco mitigaría su peso, ni aligeraría su alma, como decía el tutor del grupo, un pelirrojo con un acento extrañísimo que hacía que no se le entendiera nada cuando hablaba a alta velocidad.

Lo único que conseguía esas tardes era salir con un terrible dolor de cabeza y ganas de no regresar. Después recordaba que estaba obligado. No le quedaba otra. No si quería cumplir con las condiciones de su recién estrenada libertad.

Un maldito asco.

Aprovechó para comprarse algo para la cena y regresó dando un larguísimo paseo, con la esperanza de despejar la cabeza embutida de tanto lloriqueo. Tal vez nunca conseguiría establecer una relación sana con otro ser humano; confiar plenamente en alguien y entregarse era más de lo que podía tolerar. Tampoco entraba en sus planes. Jamás retomaría el contacto con su familia y no quedaba en el mundo nada parecido a un viejo amigo.

Estaba bien como estaba: solo.

—Sabes, estoy harto de esperarte en la puerta, ¡no soy un perro! Vas a tener que darme una llave.

River alzó la cabeza en dirección a la voz. ¿Cómo pretendía entablar una relación normal si seguía relacionándose con anormales?

Theo, sin duda, era la persona menos convencional con la que se había cruzado. Todavía no tenía claro el palo del que iba. Si era bueno o malo. Si estaba cuerdo o totalmente ido de la cabeza.

Por el momento, ganaba la segunda opción.

Cuando dijo que le ofrecería un trabajo, imaginó cualquier cosa, todo menos la propuesta que le lanzó. Era una maldita locura. ¿Volver a estudiar? Tan descabellado que, al final, dijo que sí. Porque a pesar de saber que Theo tenía intenciones oscuras y puramente egoístas, no quitaba el hecho de que él también se podría beneficiar de aquella situación.

No se le daba mal. De haber crecido en un buen ambiente familiar, a esas alturas estaría en la universidad. O tal vez no. Pero sin duda habría sido su elección, y no una imposición. Terminar el instituto le abriría la puerta a un futuro mejor.

Tenía claras las malas intenciones de Theo, pero mientras que no cruzara la línea, lo podría manejar.

—¿No te cansas de ser una visita no deseada? —soltó, reanudando el paso.

Theo sonrió de medio lado.

—Solo pasaba por el barrio y pensé que me invitarías a cenar.

—Has pensado mal. —River alzó la bolsa, con tan solo un contenedor de comida.

—Voy a morir de hambre.

—Eres un maldito cerdo, ¿se puede saber cómo estás tan delgado con todo lo que comes?

Esta vez el rubio soltó una risotada y su expresión pareció sincera, con un punto de descaro.

—Hago mucho deporte… en horizontal. ¿Quieres probar?

River le propinó un empujón para sacarlo de delante de la puerta, y tentado estuvo de cerrarla después, para dejarlo fuera. Pero la expresión de cachorrito abandonado logró ablandarlo. A él, que aprendió que la empatía no existía y que la bondad en el mundo escaseaba. ¿Qué demonios le estaba pasando?

—¡Eh! Te ha llegado el uniforme.

Como cada vez, Theo entró como si se tratara de su propia casa. River dejó la bolsa en la

encimera. Sobre la cama, tal como lo había dejado, seguía el portatrajes.

—Esta mañana.

—¡Pruébatelo! —Theo abrió la cremallera.

—Paso.

—¡Vamos! —insistió, de nuevo, con esa expresión de pícaro escoria.

—Solo quieres verme desnudo.

—Tal vez sí, tal vez no.

River dejó los ojos en blanco. No quería discutir. Estaba desgastado después de una tarde agotadora emocionalmente. Su paciencia se había evaporado; o accedía a la petición o lo lanzaba escaleras abajo, y como no quería problemas, optó por hacer lo que el maldito niño rico le pedía.

Los esfuerzos de Theo por contener las carcajadas fueron en vano.

Cuando se enfundó los pantalones, las risas inundaron los escasos veinte metros cuadrados que, desde las últimas semanas, le tocaba compartir demasiado a menudo.

Una camiseta desgastada y llenas de borlitas por el uso, junto con sus amadísimos vaqueros rotos a la par que manchados, eran su vestimenta habitual. River se miró en el espejo del baño. Verse a sí mismo con pantalones de pinza y camisa pulcramente planchada remetida por dentro de la cinturilla, logró que no pudiera ni cabrearse por que el otro se estuviera descojonando. Era normal. Si él viera a alguien con aquellas pintas, le golpearía hasta dejarlo machacado en el suelo, y en unos días le tocaría compartir el espacio vital con cientos de niñatos trajeados. Podía afirmar que sería una auténtica pesadilla.

—Esto es una mala idea.

La voz de River fue cercana al horror cuando salió al comedor, y no sabía si era por la ropa o por si terminaría perdiendo los estribos y golpeando a alguien. Theo sacó del portatrajes la americana y se la pasó, a lo que River negó repetidamente con la cabeza.

—Esto no va a funcionar.

—¿Por qué?

—¡Joder! Si hasta tú te estás partiendo el culo. —River dejó de nuevo la americana sobre la cama—. Esto no es lo mío.

—¿Ir bien vestido?

—Ir disfrazado.

—Es el uniforme del colegio. De ser un disfraz, tranquilo, todos llevamos el mismo.

Aquello no lo tranquilizó.

Theo cogió la prenda y la alzó, instándole a que se dejara de tanta tontería.

—Sigo sin entender cómo he podido decirte que sí —dijo, pero accedió y se puso la americana.

—Era imposible que dijeras que no.

A River le jodió esa confianza en sí mismo. Así que respondió del único modo que se le ocurrió: empujó a Theo para que se apartara y comenzó a quitarse la ropa. Aquello era una gilipollez, y de las grandes, y ya la había cagado suficientes veces en su vida.

—Paso, a la mierda. ¡Renuncio! —dijo, por si el acto de desvestirse no lo dejara claro.

—Espera, espera, por favor —pidió Theo con fingida inocencia—. Todavía falta la corbata —soltó, incapaz de reprimir por más tiempo las carcajadas.

River tomó aquel trozo de tela alargada como si fuera una víbora a punto de hincarle el diente.

—¡Gilipollas!

River perdió los nervios, alzó el puño y lo lanzó directo al mentón del otro, pero justo antes de impactar, Theo lo detuvo con el antebrazo. Tenía los reflejos rápidos, ya lo había advertido, y era fuerte, estaba acostumbrado a pelear.

Nada en Theo encajaba.

—Estás guapo —dijo, con indiferencia, como si no acabara de intentar golpearle.

Se lanzó una nueva mirada a sí mismo y negó con la cabeza.

Era extremadamente ridículo. No podía. River se acercó a la ventana para abrir una rendija y encender un cigarro. No encajaría, sería imposible. De hecho, nunca había encontrado su lugar, o quizás sí. Tal vez su sitio estaba en el sucio vertedero donde creció y pretender escapar de ello fuera un error. Lo que estaba claro era que si había un lugar para él, no estaba en ese instituto de pago.

Permaneció absorto en aquellos pensamientos, con la mirada perdida, sin realmente observar lo que sostenía, con la mente divagando, aferrada a un pasado del que no quería volver.

—No te enfades, tonto.

Theo habló entre sorbo y sorbo de un refresco que acababa de robarle de la nevera. La desfachatez de ese chico no conocía fin.

—Tenemos que hacer algo con tu pelo.

De reojo, captó la mano que se deslizaba hacia los rebeldes mechones multicolores que adornaban su cabeza. Cada hebra parecía sumida en un debate estilístico entre el rubio y el negro, terminando en una extravagante combinación a rayas. Antes de que Theo alcanzara siquiera a rozarlo, percibió su presencia y lo apartó de un manotazo. Fue un acto reflejo, el mecanismo de autoprotección que se activaba por sí solo.

Theo levantó las manos en un gesto de paz, asegurando ser inofensivo. La chispa de desconfianza en los ojos de River se desvaneció ligeramente, aunque persistía en su mirada, como una llama imposible de extinguir.

—Oye, tranquilo. —Theo hablo modulando la voz, de manera sosegada, llamando a la calma.

La respuesta instintiva que acababa de tener le revelaba que, aunque tratara de evitar el tema y pensara que lo mejor era mantener la puerta cerrada, estaba condenado a arrastrar el peso de su pasado. Incluso si decidía abrirse y hablar, seguiría presente, sin disiparse. Y tal vez fuera lo mejor, porque si olvidaba su historia estaría condenado a repetirla.

—¿Qué pasa, River, me tienes miedo?

¿Miedo? Un escalofrío le recorrió el espinazo. Claro que lo tenía, porque si bajaba la guardia, Theo resultaría herido.

—¿De ti? No —dijo a media voz—. ¿De mi posible reacción? Demasiado.

Los claros ojos del rubio se entrecerraron, analíticos; no añadió más y River agradeció que no lo hiciera.

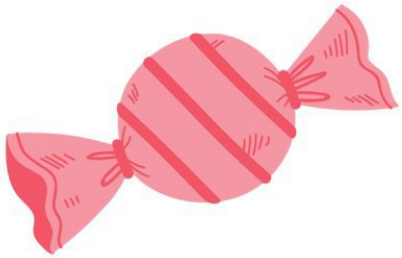
—Me gusta tu agresividad, encajarás a la perfección con el resto.

—Entre los estudiantes de un instituto de élite, sí, seguro.

—Oh, bueno, hacemos algo más que estudiar, estoy convencido de que te encantará. —Theo sonrió de medio lado con picardía y señaló la corbata, que había quedado olvidada sobre la cama —. ¿Y bien? —inquirió.

Algo cambió en la expresión de Theo, en la postura y la voz. Ya no había atisbo de broma o burla, sino extrema seriedad. Sin palabras le estaba dando a elegir. Llegados a ese punto, le dejaba dos opciones: seguir adelante o dar marcha atrás. River miró aquellos ojos grises, y después volvió su atención a la ropa.

No perdía nada por intentarlo, más bajo no podía caer.
—No sé hacerme el nudo.
—Te enseñaré. De hecho, vas a aprender muchas cosas.
La sonrisa en el rostro de Theo le hizo temblar.



CAPÍTULO CINCO



THEO

Hacía años que Theo había dejado de celebrar cualquier ocasión especial, incluso su propio cumpleaños. ¿Para qué molestarse? Sus diecisiete años no marcaban ningún hito importante. Siempre fue su madre la que se encargaba de organizar una fiesta, su padre solía olvidarse y, días después, aparecía con un regalo tardío pero exageradamente caro. Como la Honda CB250T que había recibido el año anterior, una motocicleta que permanecía olvidada en el garaje, sin que nunca hubiera sentido la necesidad de usarla. ¿Para qué iría a ninguna parte por su cuenta cuando tenía un conductor a su disposición?

Con un suspiro resignado, Theo se ajustó el nudo de su corbata y salió de su habitación. La mansión estaba sumida en un silencio sepulcral, que parecía acentuar aún más su melancolía. Descendió por la escalinata que tanto odiaba y se dirigió a la cocina. Necesitaba un buen chute de café si quería soportar el día.

Al llegar, se encontró con la figura de María, el ama de llaves, quien le ofrecía una tarta de manzana, un gesto que repetía año tras año. La sonrisa de la mujer intentaba ser reconfortante, pero solo reflejaba la compasión que sentía por él.

—Feliz cumpleaños, señorito Theodore —susurró.

—Gracias, María —le devolvió el chico con cortesía, aceptando la tarta que representaba un recordatorio más de su soledad.

El rostro de María se desdibujó y se apresuró a salir de la cocina cuando una nueva presencia la invadió. No le hizo falta girarse para saber de quién se trataba, pues el hedor de su perfume la delató.

—Vaya, ¿celebramos algo? —preguntó Cloe, con falsa inocencia.

Theo sintió una punzada de irritación ante la presencia de aquella mujer, cuya sola existencia en la casa le resultaba intolerable. Desde que se había mudado, un par de años atrás, no habían permanecido juntos en la misma habitación más de lo estrictamente necesario; para él era un constante recordatorio de la ausencia de su madre.

—Nada que te incumba —respondió Theo con frialdad, sirviéndose una taza de café con la esperanza de que lo dejaran en paz.

Pero ella no mostraba intención de irse. Sus tacones resonaron en el suelo de la cocina mientras se acercaba, con su mirada burlona fija en Theo.

—¿Es tu cumpleaños, acaso? —inquirió con sarcasmo, señalando la tarta con gesto despectivo—. Vaya, no me digas… ¡Es tu cumpleaños! —Palmeó feliz con ambas manos—. Supongo que deberíamos felicitarte, ¿no?

La paciencia de Theo alcanzó su límite.

—Muérete.

—Vamos, Theodore, hoy debería ser un día feliz, rodeado de toda la gente que te quiere. —Cloe hizo bailar la mirada a su alrededor—. Ups —soltó, llevando la mano a la boca—. Bueno, al menos estoy yo. ¿Cortamos la tarta?

La mano de Theo se movió por inercia, agarró el plato con brusquedad y lo dejó caer al borde de la encimera, viendo cómo el pastel se desmoronaba en el suelo con un estruendo sordo.

—Puedes probarlo del suelo, supongo que arrodillarte y comer es a lo que estás acostumbrada —replicó Theo, su voz resonando con un deje de amargura y desprecio.

Salió de la cocina de manera apresurada, no tenía intención de pasar en aquella casa un segundo más.

Apretó los puños hasta que la piel de los nudillos palideció. Tomó una profunda respiración que aguantó en los pulmones hasta sentir que se asfixiaba y solo después respiró. Un sabor amargo inundó su garganta, y nada tenía que ver con el café.

Rechazó el coche y se largó caminando. Vivía en una de las zonas más bonitas de toda la apestosa ciudad, en una casa que haría palidecer a cualquiera, con altos muros y preciosos y cuidados jardines. Era su cárcel de oro, todo relucía, pero no dejaba de ser una jaula.

El frío de la mañana calaba en sus huesos.

Tras unas cuantas horas deambulando sin rumbo, el sol del mediodía comenzó a calentar su piel, aunque sin ser capaz de fundir el hielo en su corazón. Theo parpadeó un par de veces hasta ubicar el lugar donde estaba. No había ido al instituto y simplemente dedicó la mañana a caminar, mientras pensamientos recurrentes golpeaban su mente. Con ideas horribles y una fuerte opresión en el medio del pecho, partiendo su caja torácica en dos. No sentía que nadie le necesitara, ni que fuera útil para nada, así que tampoco le importaría romperse en innumerables pedazos.

¿Entonces, por qué seguía? A veces ser tan testarudo era una desventaja.

Con aquella horrible sensación palpitando bajo la piel, llegó a una apartada zona del parque de Hinkon, y ahí los vio, dentro de una caja.

Eran tres gatitos y estaban muertos.

De frío o de hambre.

Alguien los había tirado ahí, tras unos arbustos donde nadie los encontrara. El ser humano era mezquino hasta un nivel insospechado.

Theo se acercó para observarlos. Eran muy muy pequeños, no entendía demasiado de animales, pero supuso que hacía muy poco que habían nacido. Zarandeó la caja con la punta del pie; no se movían. Se agachó para quedar a la altura, adelantó el dedo índice estirado y antes de rozar a uno, lo retiró sin llegar a hacerlo.

No le gustaban los animales, pero eso no significaba que no le cabrease que alguien les hiciera daño.

No supo qué hacer, así que decidió no hacer nada. Estaba a punto de marcharse cuando uno de los pequeñines maulló. El más oscuro de los tres, como si intuyera que estaba a punto de quedarse solo, soltó un agudo alarido, un lloriqueo molesto y punzante que le hizo vibrar el tímpano. Theo se dio la vuelta y lo miró.

Se quedó ahí parado, con ambas manos en los bolsillos. El gato se debatía entre la vida y la muerte, tal vez fuera mejor dejarse morir, como el resto.

El insistente ronroneo cesó y se sumió en la calma y el silencio. ¿Había muerto? Theo se asomó para comprobarlo, aunque todavía no estaba dispuesto a mover un dedo. Tal vez el gato se había cansado. ¿Respiraba? Se fijó y no observó movimiento. Definitivamente...

—¿La has palmado? Qué blando —susurró, y aunque pretendía que fuera una burla, su voz tembló.

En aquel instante, el minino volvió a maullar.

—¡La hostia! —exclamó, dando un respingo por la sorpresa.

Sin embargo, lo que más lo asustó fue la repentina aparición de un chico, atraído por el maullido. Sus ojos se encontraron brevemente en un silencio cargado de preguntas no formuladas. El recién llegado parecía tan asombrado como él.

No dijo nada, solo se apresuró a la caja para coger con mimo y cuidado al animal.

—Shhh, ya está, pequeñín —murmuró con voz fina y algo aniñada.

Era un joven de más o menos su edad, delgado y no demasiado alto. Con el cabello rubio de medios a puntas que contrastaba con las raíces oscuras. Empezó a balancearse con el animal acurrucado en su pecho mientras le susurraba para que se calmara, como si el gato le entendiera. «Qué absurdo», pensó Theo. Pero aquella voz melosa, junto con las palabras dulces, lo dejaron idiotizado. Sintió calma y paz, cerró un instante los ojos, embargado por aquella sensación cálida.

Algo lo empujó a justificarse. Porque por algún extraño motivo no quería que el chico pensara que era la clase de persona que podría hacer daño a un animal, mucho menos a uno tan indefenso como aquel gatito.

—Ya estaban muertos cuando he llegado —se defendió.

—En ningún momento he pensado lo contrario —soltó el chico, con normalidad.

Unos ojos claros y sinceros le dedicaron una profunda mirada antes de volver a centrarse en el animalito.

El sol se hundía lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados; el aire helado de la tarde humedecía todo a su alrededor, hasta las hojas de los árboles. El chico se veía muy cómodo con el gato. Bueno, gata, según le había dicho; a Theo no se le habría ocurrido mirar de qué sexo era el felino, de hecho, no se le había pasado por la cabeza ni tocarlo.

Cuando la pequeñaja comenzó a clavar las uñas con saña en el dorso de la mano del joven y un hilo de sangre descendió por esta, fue cuando supo delante de quién se encontraba. Era Noé, el hermano pequeño de Milo, el capitán de Hinkon.

Desde que se había propuesto retar a esa pandilla, reunía información sobre ellos. Taz le había explicado muchas cosas sobre los hermanos.

Del mayor se hablaba como si fuese un Dios, un ser intocable y casi que omnipresente. No había problema en el barrio que no conociera y del que no se hiciera cargo. Era un líder nato que llevaba a sus chicos con autoridad. Del pequeño se decía que era como un robot. No sentía nada. De manera literal. Y a pesar de que los rumores sobre los hermanos eran muchos, nadie sabía a ciencia cierta qué les había pasado. Algunos aseguraban que su propio padre les dio una paliza de muerte, otros hablaban de un accidente, un intento de suicidio… Fuera cual fuese la verdad, algo había partido la espina dorsal de Noé en dos y, desde entonces, no tenía sensibilidad.

La sangre seguía resbalando por su piel sin que Noé lo sintiera. Además, sus movimientos delataban que también le ocurría algo en el brazo. No podía maniobrar del todo y sus gestos

quedaban cortos, ¿se habría dado cuenta de eso?

Era extraño. Desde que supo de la existencia del chico, este había llamado su atención. Lo de no sentir el dolor debía de ser toda una ventaja, sobre todo para un pandillero, aunque después de mucho pensarlo, también llegó a la conclusión de que podía llegar a ser muy peligroso. Un mal golpe, una infección… Theo lo observó de manera directa y descarada.

Un halo resplandeciente y dorado envolvió a aquel chaval. No sabía explicarlo, pero en solo unos minutos observándolo, fue consciente de su luz. Quizá por el contraste con su propia vida, ya que él siempre estaba sumido en la oscuridad.

—Me llamo… —empezó, para presentarse.

—Theo —atajó Noé.

No se sorprendió, de hecho, era lo mínimo que esperaba. Desde que había derrotado a Sendo su leyenda crecía día a día. Le gustaba, no lo podía negar.

—Vaya… —dijo, sin más, y pensó que él también podía sorprenderlo con su acertada deducción—. Tú debes de ser Noé.

Los ojos del chico, azules y extremadamente grandes, se abrieron de par en par. Theo soltó una carcajada y lo miró con perspicacia.

—¿Cómo…?

—La gata te está clavando las uñas y ni te has inmutado.

Le tendió un pañuelo para que pudiese limpiarse, cosa que hizo sin soltar un solo segundo al animal. Tampoco se enfadó con ella. De hecho, la azul mirada de Noé seguía cargada de dulzura, hasta que sus ojos se oscurecieron al observar a los otros cachorros de la camada.

«Menuda sensibilidad», pensó Theo. ¿Cómo podía un chico de la calle como él ser tan sentimental? No tenía respuesta, como tampoco la tuvo para lo que hizo después. De pronto se vio a sí mismo empujado a actuar. Se arrodilló en el suelo y hundió las manos en la húmeda tierra para excavar un hueco, suficiente para darles sepultura a los dos. Después volvió a depositar la arena, hasta que los cubrió a ambos. Se sintió bien haciendo aquello, y también mal. Embargado por una profunda tristeza.

Sin duda, se trataba de un encuentro fortuito, una bendita casualidad que Theo ya pensaba en cómo aprovechar.

—Me voy —anunció el chico—. Me acercaré a un veterinario para que le den un vistazo.

Theo se sorprendió.

—¿Vas a quedártela?

Noé soltó un amago de risotada. Le pareció una sonrisa muy bonita, de hecho, todo el chico lo era, y lo que más le gustaba era que emanaba paz.

—Tengo cuatro, uno más no marcará mucha diferencia.

Los chicos de Hinkon no eran conocidos por su sobrada abundancia. De hecho, Milo, el hermano mayor de Noé, había ido relegando la pandilla por tener que buscar un trabajo tras otro. Sin embargo, él iba a recoger a un gato callejero.

—¡Joder! —exclamó de pronto, de nuevo sacudido por una gran verdad—. ¡Por eso te llaman *Miau miau*!

El chico frente a él estalló en una sonora carcajada. La gatita protestó, no le gustaba aquel zarandeo, pero Noé siguió riendo, divertido. Sus carcajadas eran contagiosas y, a pesar de la mierda de día que llevaba, Theo se permitió unirse a la diversión.

Ya había olvidado lo bien que sentaba reír junto a alguien.

—¿Por qué pensabas que era? —inquirió el chico.

—Porque te ves muy adorable —soltó, sin pensarlo.

La expresión de Noé cambió. Fue solo un instante, pero un destello de decepción cruzó su mirada. Theo se sintió idiota. Él era el primero al que no le gustaba que lo infravaloraran por su aspecto, mucho menos que lo hiciera un enemigo.

¿Enemigo? Theo se rascó la cabeza, pensativo. Noé y él eran de lo que se podía considerar bandas rivales, entonces, no deberían ser amigos; tampoco buscaba uno, estaba bien como estaba. Al menos era de lo que se había convencido.

Pero sentía una enorme curiosidad por el chico. ¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? Y algo más, algo que no tenía que ver con la situación.

Era el día de su cumpleaños y se sentía vulnerable. O tal vez la presencia de Noé fue lo que lo ablandó. Terminó acompañando al chico al veterinario, pagando por la revisión y comprando diferentes artículos y botes de polvos ultracaros para una gata abandonada con la que a partir de aquel momento compartiría el día.

Un rato después se despidieron y la sensación de soledad se volvió más intensa, rozando lo insoportable. No quería regresar a casa y en su mente se materializó el único lugar donde en las últimas semanas se sentía a gusto. O quizá no era un sitio, sino una persona.

Podría ser.

Tal vez… Quería verle.

RIVER

Era un gilipollas, y en cuanto apareciera, iba a partirle la cara.

Eso fue lo que pensó al salir del instituto; aquel al que el maldito Theo le obligó a matricularse y del que, justo dos días después, desaparecía.

Se había pasado las horas deambulando como un idiota. Buscando por los pasillos el aula que le tocaba; perdido entre libros, mesas y compañeros pulcramente uniformados. Reprimiendo el impulso de atizarle a más de uno que se atrevía a mirarlo con superioridad.

Además, ¿qué diablos era aquello? Más que un centro escolar parecía una puñetera ciudad. Diferentes cafeterías, tiendas y zonas de descanso, ¡zonas de descanso! No se había perdido de milagro.

Lo peor de todo fue tener que soportar a Taz. Un niño que apenas levantaba metro y medio y tenía unos kilos de más. Un idiota pedante cuya única habilidad era lamerle el culo a Theo, aunque no podía negar que era una fuente inagotable de información. Aunque sus deducciones fueran pésimas.

Taz le dijo que era el cumpleaños de Theo y, según su suposición, lo estaría pasando con alguna chica.

Chica, en femenino.

Casi se atragantó con el brik de zumo que se estaba bebiendo. Theo no le había advertido que no había salido del armario en el colegio. Aunque debería habérselo imaginado; Theo era muy distinto cuando estaba rodeado de gente a cuando se quedaban a solas; dos facetas opuestas de la misma persona.

Era cerca del atardecer de su tercer día escolarizado y ya se arrepentía de haber aceptado la loca proposición.

Por suerte, después de las clases consiguió —aunque intuía que Theo había tenido algo que

ver— un trabajo en una cafetería. Le adaptaron el horario a sus necesidades y, además, el sueldo era bueno. Lo suficiente como para no tener que preocuparse. Aunque habría aceptado cualquier oferta que lo hubiera alejado de aquel bar de ambiente que le removía demasiadas cosas por dentro.

Estudiar no estaba mal. Notaba sus neuronas oxidadas por el desuso, pero se adaptaría. Lo que todavía no tenía claro era el propósito de Theo, y aquello le preocupaba. Lo había presentado frente a todos como su nuevo «segundo al mando». ¿Al mando de qué? River estaba demasiado confundido y con exceso de información como para analizar en profundidad las palabras.

Aquello parecía una mafia.

El ocioso mundo de los niños de papá era incomprensible para alguien como él. En su vida había tenido tiempo de aburrirse, estaba demasiado ocupado en sobrevivir.

El frío arremetía con fuerza cuando salió del trabajo. Todavía con el uniforme escolar que destacaba cada vez más conforme se acercaba a su barrio.

Al final no había visto a Theo en todo el día; en algún momento pensó en mandarle un mensaje. No lo hizo, porque algo le decía que terminarían coincidiendo. No se equivocó, lo encontró delante de su apartamento; apoyado en la barandilla y jugueteando con el móvil al tiempo que mordisqueaba unos palitos de pan recubiertos de chocolate.

El chico levantó la cabeza al verlo y sus ojos, grises como un aviso de tormentas, mostraron algo que River no había advertido con anterioridad. Detuvo el paso un instante, para observarlo en la distancia. Lo rodeaba una profunda tristeza que logró que se le pinzara algo en su interior.

Hizo descender los auriculares y se quedó con la mirada fija en el otro, hipnotizado.

Sopló una fuerte ráfaga de viento y el inicial impulso de atizarle en cuanto lo viera, desapareció.

Con el rubio cabello revuelto por el aire, sonrió, pero fue una expresión lastimosa, una fingida felicidad que estaba muy lejos de sentir.

La entrada del piso estaba llena de hojarasca seca que seguro que se metería en el recibidor en cuanto abriera la puerta. Subió las escaleras y se quedó frente a Theo, pero ninguno dijo nada. Tuvieron que pasar unos segundos para que reaccionase. River sacó las llaves y, en cuanto abrió, el rubio se precipitó al interior con velocidad, como si algo ahí fuera le acechara.

Al igual que él, llevaba el uniforme del instituto Tomi. Así, con los dos vestidos igual, no había tantas diferencias entre ambos, sobre todo si uno se paraba a escarbar bajo la superficie y echaba un vistazo a su hueco interior: los dos estaban tremendamente solos.

River se sacó la corbata y la tiró sobre la cama. Theo se deslizó hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el colchón y la cabeza hacia atrás. Parecía agotado.

El piso era pequeño para una persona, asfixiante cuando eran dos, sobre todo con ese silencio. Aunque no era raro ver a Theo aletargado, a veces su cuerpo y su mente dejaban de funcionar. Muy diferente a la hiperactividad que mostraba en el instituto. Era amable y cordial con los adultos, pero un maldito tirano con el resto del alumnado. Era intransigente y despótico, incluso con Taz, que parecía un perrito siguiéndolo todo el día y, en cuanto Theo le hacía el más mínimo caso, solo le faltaba menear el rabo.

Fuera como fuese, siempre en constante movimiento. Sin embargo, después se quitaba la careta y afloraba al exterior esa aura melancólica y la mirada más perdida que River había visto.

—Hay una mancha en el techo —murmuró, con la cabeza inclinada hacia atrás.

—Lo sé.

River se apoyó en la encimera con los codos y la barbilla contra las palmas, observando con

detenimiento.

—¿No vas a preguntarme dónde he estado? —inquirió el rubio.

Como empezaba a ser habitual, cumplió con su demanda:

—¿Dónde has estado?

—Por ahí. He conocido a alguien, y he adoptado a una gatita. Se llama Princesa.

River enarcó una ceja confundido, aunque supuso que detrás de esa absurda historia se escondería una explicación sencilla, un hecho de lo más mundano contado de manera peculiar. Como Theo no parecía dispuesto a añadir más, fue momento de River de actuar.

Sacó de la cajita lo que había comprado antes de salir del trabajo y lo colocó con cuidado en uno de los platos recién comprados. Porque sí, Theo le había hecho comprar platos. Estaba tan concentrado que la voz de Theo lo asustó.

—¿Te has apañado bien sin mí?

¿Estaba preocupado? Logró conmoverlo. Pero no estaba dispuesto a bajar la guardia.

—Llevo toda la vida apañándomelas solo. —Clavó una vela entre las rosas de azúcar—. Realmente, no me haces falta —añadió con maldad.

—No le hago falta a nadie —corroboró Theo, con la voz entrecortada por una risa forzada y demasiado artificial.

—No te pongas melodramático —le reprendió River, mientras buscaba el mechero.

El aire depresivo que se arremolinaba alrededor de Theo le parecía fascinante, sobre todo por la facilidad que tenía de esconderlo tras capas y más capas de normalidad cuando se encontraba rodeado de gente. Y lo fácil que se desprendía de ellas cuando se encerraba en el piso.

El olor a humo cosquilleó su nariz. Por una milésima de segundo, se planteó cantar. Después recordó que lo hacía de puta pena, así que solo se acercó a la mesa y carraspeó incómodo.

—Feliz cumpleaños, idiota —soltó, al dejar el pastel en el centro.

Ahora que lo veía en un plato, era ridículamente pequeño, y la vela, extremadamente grande.

Theo bajó la mirada y la fijó en la tarta. Por un segundo, sus ojos brillaron. O eso le pareció a River, quien sintió un burbujeo agradable en el estómago. Estaba feliz de haber alegrado a Theo, aunque fuera su insoportable acoplado.

—Qué fea es —se burló.

Tenía razón. Era la primera vez que River compraba una tarta, se había puesto nervioso. Terminó eligiendo la primera que la chica de la pastelería había señalado. Una de chocolate y decorada con flores de azúcar de distintos colores, como si un unicornio hubiera vomitado encima. Definitivamente era horrible, aunque no lo reconocería.

—Tú sí que eres feo —respondió, e hizo amago de llevársela.

—¡Quieto! Es mía.

—Pensaba que no la querías.

—Me gustan las cosas antiestéticas —soltó Theo, y por un instante River dudó de si se trataba de una indirecta.

Soltó una risotada, se sentó frente a él y empujó la tarta para que quedara delante del chico.

—Pide un deseo.

—¿No habíamos quedado en que nuestros deseos nunca se cumplen?

—Ya, pero eso no debería impedir que lo sigamos intentando, ¿no?

No era demasiado habitual ver una sonrisa sincera en el rostro de Theo, así que aquella expresión lo desarmó. Tuvo que apartar la mirada porque de nuevo la sensación de hormigueo apareció, y no le gustaba.

Theo cerró los ojos y, al abrirlos, sopló con fuerza la vela. River también sonrió al ver que le había hecho caso. Cortó la minitarta por la mitad para repartirla.

Tal vez no era la más bonita del mundo, pero a River le supo dulce. Le gustó, sobre todo viendo la expresión extasiada de quien le acompañaba.

¿Cómo había pasado de querer atizarle a comprarle un pastel? Era un absoluto misterio. Era idiota. O mejor sería decir que Theo lo volvía tonto.

Cada vez era más consciente de todo lo que tenían en común, el halo de tristeza y soledad que los acompañaba y opacaba el brillo en sus miradas. Dos vidas muy diferentes, pero con idénticos resultados.

Tal vez aquella fue la razón por la que ver la ilusión en los ojos de Theo con algo tan absurdo como una tarta de cumpleaños lo alegró.

River fue hasta la ventana, se apoyó de manera lánguida contra el cristal y encendió un cigarrillo.

Su vida había cambiado muy deprisa en las últimas semanas. Cuando estaba encerrado pensaba en todas las cosas que haría una vez estuviera en libertad. Soñar despierto para ahuyentar la dura realidad que lo envolvía fue una manera de soportarlo. Una vez en la calle, aquello ya no le valía; se dio de bruces contra la verdad. No bastaba con soñar, se lo tenía que currar. No tenía claro lo que lo empujó a seguir a Theo aquella noche al callejón, por qué lo metió en su casa o por qué dejaba que el rubio se saliera constantemente con la suya.

Jamás celebró su propio cumpleaños y ahora lo hacía para otro. Al llegar al apartamento, la primera mirada de Theo reflejaba una profunda desolación. Sin embargo, en aquel instante parecía de buen humor y sonreía más veces de lo habitual.

—¿No hay más? —Theo se dejó caer sobre la cama, palmeando su estómago—. Tengo hambre.

River lo ignoró.

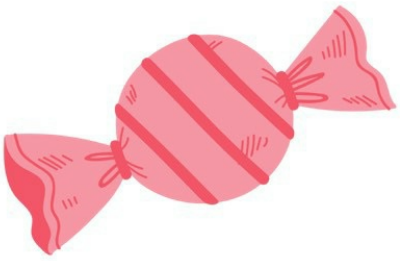
—Joder, además, hace mucho frío, ¿no? Deberías comprar una estufa, o mejor, deberías mudarte. Este piso da asco, y no cabemos los dos. —Theo rodó por el colchón, haciendo que las sábanas se volvieran un gurruño—. Ahora comería algo salado.

—¿Alguna petición más, alteza?

—Deja de fumar, no me gusta el olor a tabaco.

River miró al chico y después a los platos sucios sobre la mesa. El sabor a chocolate en el interior de su boca y el olor que todavía impregnaba sus dedos.

—Menudos cojones tienes —soltó, cabreado. Se acercó para patearle el trasero y que saliera de entre las sábanas—. Te acoplas todas las noches en mi casa, me vacías la nevera, pretendes quitarme la cama y tienes el descaro de seguir hablando… —River señaló la puerta antes de ocupar el lugar que le correspondía—. Ahí tienes la salida. Si decides quedarte, al menos friega los platos. Eres como un niño pequeño que solo da trabajo.



CAPÍTULO SEIS



THEO

Situaciones como aquella no las vivía muy a menudo.

Reinaba el silencio, solo roto por el húmedo sonido de su puño estrellándose contra la cara de ese imbécil. La sangre salpicaba y se le metió en los ojos y la boca. Sabía a óxido. Su visión era borrosa y por un segundo el zumbido en sus tímpanos logró desestabilizarlo. Detuvo su puño en alto un instante para recobrar la fuerza y, al tratar de hacerlo descender para terminar su maravilloso trabajo, algo lo retuvo. Se agitó al igual que un gusano en el anzuelo y al girarse para increpar —e iniciar de nuevo la lluvia de golpes aunque con objetivo diferente—, se topó con los oscuros ojos de River. Quiso gritarle, pero no pudo, porque con una sola mirada, Theo enmudeció.

Además, ya no le apetecía. No era nada divertido cuando no oponían resistencia. El chico quedó tendido en el suelo, sin moverse. Unos cuantos de esos PNJ [1] sin línea se apresuraron a recoger lo que quedaba del chaval.

River chasqueó la lengua y se marchó sin añadir nada.

La sangre resbalaba por el rostro de Theo, olía a sudor y había echado a perder la camisa.

De manera oficial, el consejo estudiantil que presidía se reunía en la sala de actos. Sin embargo, los viernes por la tarde los estudiantes se juntaban en otra ubicación, la vieja aula de música que ya no se usaba para ese fin, pero que les iba de perlas porque estaba insonorizada. Debía agradecer aquel descubrimiento a su antecesor. Sendo fue el que instauró los viernes de peleas, y a Theo no le disgustaba. Además, las tradiciones se tenían que respetar.

Pero si se había ensañado más de la cuenta con ese chaval era porque las normas anteriores ya no se aplicaban con él. Sendo era un gilipollas que hacía la vista gorda con demasiadas cosas. Theo fue claro cuando tomó el poder. No permitiría ningún trapicheo dentro de la escuela, y fuera de ella, más les valía no ser descubiertos. El chico había tenido la desfachatez de desobedecerle, y aquel era el resultado.

—Buena reunión —felicitó Theo, y tiró del borde de la camisa para alisarla—. Demos por zanjado el encuentro de hoy. Recordad recoger los formularios para las siguientes actividades extracurriculares.

La masa estudiantil congregada en el teatro asintió con un efusivo «sí», que Theo tenía intención de convertir en un «sí, señor», solo necesitaba tiempo. Le gustaba su obediencia ciega.

Era indómito y sanguinario, pero nadie les obligaba a estar allí. Theo jamás iniciaría una pelea si no se lo pedían. Todos querían la oportunidad de retarse contra él, y es que desde que había arrebatado el poder a Sendo y los suyos, su fama de invencible crecía y, por supuesto, le encantaba.

Escupió al suelo una mezcla sanguinolenta. Tenía mal sabor de boca, estaba a punto de quejarse cuando frente a sus ojos apareció un botellín de agua. Theo elevó una ceja y el otro lo entendió, desenroscó el tapón para que él no tuviera que molestarse en ello. Theo asintió satisfecho y bebió.

—¿Dónde está River? —demandó.

—Ya se ha marchado. —Taz señaló en dirección contraria a donde se encontraban.

Theo volvió a asentir. Necesitaba lavarse y cambiarse la camisa. Los últimos días estaba más motivado que nunca, tal vez porque la idea de retar a Hinkon echaba raíces con fuerza en su cabeza. Además, y a pesar de que no era capaz de admitírselo, tener a River al lado le daba un plus de confianza inimaginable. Aunque le molestaba la moralidad inquebrantable del chico: «compórtate», «esto no está bien», «deberías dejarlo». Lo regañaba por cualquier tontería. Lo hacía sentir como un maldito crío; lo peor era que no tenía armas para rebelarse, y terminaba obedeciendo.

No podía lidiar con él, era demasiado extraño. River era fuerte, peleaba bien y sus ojos adquirían un brillo salvaje cuando lo hacía. No entendía qué lo retenía. Parecía tener una cadena invisible y autoimpuesta. Theo necesitaba encontrar la llave para liberarlo. Quería verle feroz e incontrolable, como aquella noche en el callejón, semanas atrás.

—¿Quieres una camisa limpia? —preguntó Taz, solícito.

—Obviamente.

—¡Claro! ¡Voy! —canturreó, después salió a la carrera a cumplir con el mandato.

Era como un maldito perro, obediente, fiel y leal. Y aunque Taz era muy útil, también era prescindible, él lo sabía, motivo por el que se esforzaba tanto.

Después de frotarse hasta brillar y cambiarse de ropa, Theo, como todas las tardes, se dirigió a la cafetería donde River trabajaba. No entendía la pasión del chico, que parecía disfrutar sirviendo a los demás. Sin embargo, no esperaba que, al llegar, tendría un encuentro inesperado.

—¿Theodore?

La sangre se le heló.

Theo se giró despacio en dirección a la voz y su buen humor se esfumó de un plumazo.

—Hola, papá.

RIVER

Le temblaban las manos y el olor a sudor y sangre embotaban su mente. Por eso tenía que alejarse de allí. La llamada de la violencia era demasiado atrayente como para resistirse; temía perder el pulso contra sí mismo.

En el poco tiempo que llevaba en el instituto, ya había captado el panorama general: pandillas, retos y peleas. Había algo casi místico en esa dinámica, una faceta de Theo que lo fascinaba y asustaba a la vez. Cuando la sangre empezaba a correr, Theo se transformaba y perdía el control, y eso lo hacía aún más aterrador. Porque le recordaba a él mismo.

Todos los viernes peleaban; era algo así como una tradición. Un club de la lucha formado de

niñatos pijos a los que ya había advertido que no debía subestimar. River observaba desde una esquina del aula, con el corazón acelerado. Theo, con su aura magnética y esa mirada desafiante, parecía un rey en su trono, dominando cada centímetro del terreno. Los demás se movían a su alrededor como piezas de ajedrez, siguiendo sus órdenes sin cuestionarlas.

—¿Estás bien? —le susurró Taz, acercándose con una lata de refresco en la mano.

River asintió, sin despegar los ojos de Theo. La tensión era palpable, como si el aire mismo estuviera cargado de electricidad.

—No puedo creer cómo controla todo esto —murmuró River, más para sí mismo que para Taz.

Esa era, sin duda, la magia de Theo. Capaz de atraparte para no soltarte.

Tragó saliva, consciente de que, aunque Theo lo había llevado a un lugar oscuro y peligroso, también era el único que podía iluminar su camino. Pero en ese instante, mientras la pelea estallaba y Theo se lanzaba contra su oponente con una ferocidad casi animal, River no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo más podría resistir antes de abandonarse completamente a ese caos.

No podía permitirse el lujo de perder la cabeza, al menos uno de los dos debía mantener el contacto con la realidad. Fue por eso por lo que se acercó a Theo para frenarlo. El verdadero problema era su incapacidad para manejar sus emociones y la facilidad para perder el control.

Le recordaba a cuando lo conoció, castigándose al llevarse al límite a través del sexo.

Salió del aula de música sin mirar atrás.

Si bien Theo había desfogado su rabia, la de River mordisqueaba bajo la piel. Por eso tenía que alejarse, poner distancia, porque si seguía oliendo el aroma de la sangre, sería incapaz de frenar. Necesitaba despejar su mente. No sucumbir a sus fantasmas internos.

Gradualmente, sus ardientes emociones se fueron templando hasta que su cuerpo y su mente se enfriaron para regresar al estado de catatónica indiferencia de la que no debía permitirse salir.

Los gritos a su espalda se acallaron a medida que se alejó.

Al llegar a la cafetería donde trabajaba ya no quedaba ni rastro de aquella insana emoción. Era mejor así, al menos era lo que el tutor del grupo de apoyo les decía. Debían alejarse de cualquier situación que les pudiera poner en una situación comprometida.

Theo era esa maldita situación y, como no podía alejarse de él, al menos tenía que marcar distancia con el resto.

El nuevo trabajo le gustaba, era mucho más relajado que el bar, el ambiente era bueno y olía mil veces mejor. Las compañeras eran una señora de mediada edad y una chica universitaria. Se portaban bien con él, eran amables y le dejaban llevarse las sobras a casa. Con un gorrón de talla mundial, lo agradecía, su sueldo no alcanzaba para alimentar a Theo.

Eran cerca de las seis cuando lo vio llegar. Como cada tarde, Theo se dejaba caer con cualquier excusa, sin embargo, esta vez no lo hizo solo; estaba acompañado. River sintió una punzada en la boca del estómago pensando que había vuelto a las andadas. Un impulso lo hizo aferrar con fuerza el mostrador con ambas manos y sus rodillas se flexionaron, dispuesto a saltar y aterrizar al otro lado. Fue en esa milésima de segundo en la que tomaba la decisión de mandar a la mierda el curro, cuando los ojos de Theo le lanzaron una muda advertencia. Su cabeza se movió imperceptiblemente en negación y River se vio obligado a refrenarse, aunque no se relajó.

Aunque él no se encargaba de atender las mesas, tomó el bloc y salió de detrás de la barra.

Theo estaba acompañado de un hombre mayor, vestido de manera elegante. Solo con uno de sus zapatos River pagaría su apartamento durante un año entero. Tenía los ojos claros, muy

parecidos a los de Theo, aunque no había atisbo de bondad en ellos, sino un mudo desprecio que le puso los pelos de punta.

—¿Qué van a tomar? —preguntó, y aprovechó para observar a Theo, que no le devolvió ni un simple vistazo.

—Café solo doble —pidió el chico, con voz mecánica.

—Lo mismo para mí —añadió el acompañante.

River regresó frente a la máquina del café. Aquel pedido estaba muy lejos de lo habitual en el rubio. Theo siempre pedía bebidas dulces, generalmente acompañadas de algo para comer. Cuando más empalagoso y achocolatado, mejor.

Intentó aguzar el oído para saber de qué diantres hablaban. El semblante de Theo estaba serio. Fingía normalidad, pero River podía ver su expresión rígida, el nulo brillo de sus ojos y la manera en que el disgusto se pegaba a su mirada. No quería estar ahí. O tal vez lo que deseaba era no estar con esa persona.

Una hora después los dos se levantaron para abandonar el local.

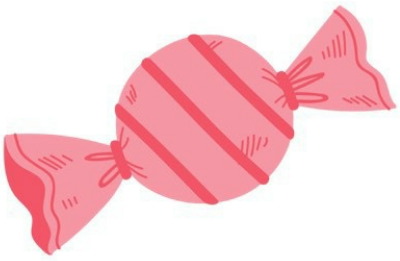
Theo no miró atrás, salió sin decir nada. River sintió que las manos le temblaban cuando sirvió el siguiente café. Con un enjambre de avispas en la boca del estómago y la necesidad de salir tras él para buscarlo; quería saber si estaba bien.

No hizo falta. Solo unos minutos después de que se marchara, el móvil de River vibró por la entrada de un nuevo mensaje.

Tranquilo, nos vemos en casa.

Era la primera vez que Theo le mandaba un mensaje. Allí iniciaba su chat. River se quedó con la atención fija en aquellas palabras, en especial la última; ese «en casa». Una estúpida felicidad estiró la comisura de sus labios hasta convertirlo en una sonrisa. Comprendió lo que había rondado por su cabeza las últimas semanas. Desde un tiempo atrás, siempre tenía ganas de regresar al apartamento. Le gustaba compartir una ridícula cena improvisada y las conversaciones con la luz apagada, él en la cama y el otro en el suelo. Hablar de todo y de nada hasta quedar dormidos.

«Nos vemos en casa», porque con Theo allí, su piso se había convertido en lo más parecido que había tenido a un hogar.



CAPÍTULO SIETE



THEO

Le daba ardor de estómago.

Sentía la boca pastosa y las tripas revueltas. El café era amargo, y el día, que hasta el momento había sido soleado, pasó a ser una triste y gris tarde de invierno. Y no fue hasta que emprendió el camino de regreso, justo en dirección contraria al que había cogido su padre, que sintió que su cuerpo se relajaba.

Ni siquiera le importó cuando comenzó a chispear. A los pocos minutos ya era una tormenta torrencial que amenazaba con empaparle de la cabeza a los pies. El pelo le chorreaba y se le pegaba al rostro, lo sentía cosquilleando en la nuca, y cómo las frías gotas de agua se colaban por el cuello de la camisa y se escurrían por su espalda. Sintió un escalofrío.

Estaba helado y no notaba la punta de los dedos.

Había deambulado horas, intentando escapar de aquellas malas sensaciones que se aferraban a su cuerpo al estar con su padre; pero en aquel momento solo quería llegar y cambiarse de ropa. Después recordó que allí no tenía nada, solo un triste cepillo de dientes, y aun así anhelaba con todas sus fuerzas regresar. A pesar de tener que usar ropa prestada y dormir en la incomodidad de un suelo. No importaba. Porque volver a la mansión que lo había visto nacer y crecer era como pedirle que descendiera al mismísimo infierno en busca de Satanás.

Desde el día de su cumpleaños no había regresado, y a pesar de haber estado con su padre, este no sacó el tema. Tal vez ni reparó en su ausencia, no le sorprendería.

Theo alzó la cara al cielo; el agua escondía las otras gotas de humedad pegadas al filo de sus pestañas.

Cuando llegó al ruinoso edificio, no había parte de su cuerpo que no estuviera mojada.

—¡Maldita sea! —le gritó River desde la entrada.

—¿Qué pasa? ¿Esperabas mi regreso desde la ventana?

El otro mostró una expresión avergonzada, así que lo había pillado.

Theo sonrió como un bobo. Desde la muerte de su madre nadie le esperaba, ni mucho menos se alegraba de verlo regresar.

—Hace rato que llueve, y sé que eres tan idiota como para caminar bajo la lluvia sin paraguas.

—Me conoces bien. —Theo se quitó las deportivas en la puerta y miró al interior del piso—.

Voy a mojarlo todo —lamentó.

—No pasa nada. —River se hizo a un lado y señaló el baño—. Date una ducha, voy a traerte un pijama.

El agua caliente arrastró todo el mal rollo y logró reconfortarlo. Se había quedado con los músculos agarrotados por el frío y la indeseada compañía de la tarde. Se demoró bastante, disfrutando del agradable calor. Cogió una toalla y se quitó la humedad; River había dejado sobre la taza del váter una camiseta vieja y unos pantalones horribles. Se vistió con ellos sin importar las pintas que tendría.

El contraste de temperatura entre el vapor del baño y el resto del piso le puso los pelos de punta. Estornudó un par de veces, lo que mereció otra reprimenda por parte del otro, que jamás perdía oportunidad para regañarlo por lo que fuera.

River estaba sentado a los pies de la cama. Sobre el colchón tenía un par de libros abiertos y en el suelo estaban esparcidas diferentes notas y apuntes de las clases. A Theo le ascendió el sabor amargo y mentolado de un recuerdo que pretendía soterrar.

—Eres muy aplicado —bromeó, de pie, junto a él.

—No quiero desaprovechar esta oportunidad.

—Haces bien —lo felicitó el rubio—. ¿Puedo tumbarme en tu cama?

Por lo general, River había establecido como única norma que no podía usarla. «Ni mirarla», le había gritado unas cuantas tardes atrás, cuando Theo intentó usurparla a la fuerza. No se la había cedido ni en su cumpleaños.

—Claro, descansa.

Theo soltó una carcajada burlona.

—Tras la fachada de tipo duro con esas greñas mal peinadas, eres un blandito.

—No hagas que me arrepienta —le respondió, sin levantar la mirada.

—Estás muy concentrado. —Theo se acurrucó haciéndose una pequeña bolita.

Cada vez que estaba con su padre, empequeñecía, y le costaba mucho esfuerzo y energía volver a la normalidad.

—Oye… Ese hombre… —comenzó River.

—¿Crees que he dejado que me folle? —soltó directo, cortando las diatribas del otro que iban a terminar, seguro, en aquel punto.

Esta vez River sí lo miró. Había preocupación en el fondo de sus oscuros ojos. Theo sonrió, con una agradable y cálida sensación en sus entrañas.

—Es mi padre.

—Joder.

Theo formó una pistola con los dedos, alzó la mano y apuntó a la humedad del techo, después hizo un sonido con la boca, imitando un disparo:

—De tener un arma y la oportunidad, no dudaría en matarlo.

Aquella declaración no pareció sorprender a River, tal vez no estaba tan lejos de su propia realidad. Theo apretó la mano en un puño, todavía alzado, cerró un ojo y lo colocó en la trayectoria del manchurrón. Cerraba y abría el párpado, así que la mancha aparecía y desaparecía como por arte de magia.

—Voy a dejar de ir a la cafetería —explicó Theo. Como River no parecía tener intención de decir nada, continuó—: Empezaré a trabajar con él.

—El hijo siguiendo los pasos del padre —murmuró, recogiendo los libros—. ¿Estarás bien?

—¿Te preocupas por mí? —Theo descendió la mano y se giró de medio lado—. Podré

soportarlo, y estaré más cerca de destrozarlo.

River lo observó sin intención de hablar. Tal vez cavilaba para intentar entender cuál era su plan y en qué punto lo afectaba.

—¿Qué pinto yo en todo esto? —demandó.

La expresión de Theo pasó de confiada a dubitativa. Porque unas semanas atrás sabía perfectamente dónde encajaba en su tablero de ajedrez; era un peón más del que valerse. Lo que jamás imaginó fue que llegaría a cruzar al otro lado para ser coronado. River ya no era una simple pieza, se había convertido en la figura que necesitaba proteger.

—No lo sé —confesó. Tener dudas no era propio de él, por lo que su voz tembló.

Cerró los ojos y soltó un suspiro. Al abrirlos, se encontró a River sentado justo a su lado. La cercanía física entre ellos era inexistente, quedaba tan lejos como la emocional. Aunque Theo sentía que las últimas semanas sus posturas encajaban, naciendo entre ellos algún tipo de entendimiento no verbal. Tal vez solo era impresión suya, pero Theo intuía que, al igual que sus sentimientos eran confusos y algo alocados, los de River no se quedaban atrás. Sin embargo, River seguía marcando una distancia entre los dos. Así que verlo ahí, sentado a su lado sobre el colchón, logró hacer que su corazón vibrara.

Alargó la mano y la dejó sobre la del otro, que, por primera vez, no la apartó.

RIVER

Parecía muy frágil.

Un Theo muy diferente a cómo se presentaba frente al mundo. En el instituto llevaba el control y todos lo respetaban. Se había alzado sobre el resto a base de la fuerza de sus puños, de no titubear, de desplegar a su alrededor un aura casi tiránica que lograba sofocar a los demás. Nadie se atrevía a romper esa barrera, a traspasar para ver si bajo la expresión dura y de desprecio constante se escondía algo más.

Caminaba por la vida con total seguridad en sí mismo, como si lo tuviera todo planeado y nadie pudiera interponerse en su camino si no quería ser aniquilado.

Pero frente a él, Theo era solo un crío de diecisiete años; se sentía solo y estaba perdido. La rabia, la ira y su sed de venganza lo corroían por dentro. River lo veía con claridad, porque él mismo estuvo aplastado bajo el mismo peso.

La brecha entre su interior y su exterior era abismal, y aquello le atraía de manera irremediable.

Algo lo empujó a abandonar su zona de confort y acercarse. Se sentó a su lado, en la cabecera de la cama. Theo seguía encogido, con las rodillas apretando su estómago y la cabeza contra la almohada con el cabello húmedo y despeinado. River alargó la mano y, justo cuando estaba por acariciarlo, se echó atrás. ¿Qué diablos hacía?

No podía.

Tampoco se alejó.

Los ojos de Theo aparecieron bajo el revoltijo de sedosos mechones, y sonrió de manera vaga, tal vez feliz de que, por una vez, siguiera ahí, a su lado. Entonces fue el rubio quien alargó la mano para tomar la suya, quizá con la esperanza de no sufrir un nuevo rechazo. A River le maravillaba la doble dimensión de Theo, pasaba de estar roto a verse confiado y viceversa. Quería ser como él, pelear por lo que quería, aunque fuera algo tan absurdo como tomar a

alguien de la mano.

Porque River no dejaba que nadie le tocara.

—Acuéstate a mi lado.

¿Petición o exigencia? River no lo tuvo claro.

El piso estaba frío y hacía años que no sentía la calidez de otro cuerpo junto al suyo.

River obedeció, como llevaba haciendo las últimas semanas, embrujado por el joven que estaba a su lado. Incapaz de poner nombre al tipo de relación que tenían. ¿Amigos? ¿Compañeros de piso? ¿Empleador y empleado? Quizá ninguna de las anteriores. Realmente, algo se gestaba en su interior y necesitaba saber de qué diablos se trataba. Se escurrió sobre el colchón hasta quedar tendido boca arriba, con la atención fija en la puñetera mancha de humedad.

¿Theo le gustaba? ¿Qué otra explicación había?

Sí, tenía que tratarse de eso. Tal vez se sintió atraído por él la primera vez que lo vio. Por eso lo siguió al callejón, motivo por el que lo dejó quedarse en su casa. Si después de aquellas semanas de convivencia no lo había asesinado, no podía encontrar otra razón que no fuera que, de algún modo que ni podía ni quería entender, había desarrollado algún tipo de sentimiento por él.

La mano de Theo todavía sujetaba la suya, el calor de sus dedos entrelazados no le pareció intolerable. Cuando lo soltó para trasladar la caricia por su antebrazo, River simplemente cerró los ojos y se obligó a no pensar. El cuerpo de Theo olía a su propio jabón, y el cosquilleo sobre su piel era soportable. La caricia se alargó hasta saltar del brazo al muslo, por encima del pantalón; River dio un respingo asustado.

La incomodidad creció al ritmo exacto que la caricia ascendía por su pierna. Intuyó un movimiento y respiró el aliento con un ligero aroma a café. Abrió los ojos y el rostro de Theo estaba sobre el suyo, sus ojos grises auguraron una tormenta que River sabía que no podría soportar y, aun así, decidió dejar que pasara.

Los labios de Theo se posaron de manera delicada sobre los suyos. Tan solo fue un segundo, sin embargo, sus entrañas rugieron, la cabeza se le nubló y un ensordecedor zumbido logró marearlo. Las cicatrices que ya casi tenía olvidadas volvieron a doler de repente.

River empujó a Theo con fuerza y se precipitó a trompicones hasta el fregadero. Se aferró con todas sus fuerzas al borde y las arcadas ascendieron hasta convertirse en más. River solo se soltó para abrir el grifo y que el agua se llevara los restos de lo que acababa de vomitar.

Se quedó ahí, no fue consciente del tiempo transcurrido cuando el sonido del agua cesó. Al abrir los ojos estuvo a tiempo de ver los largos y blancos dedos de Theo que se alejaban del grifo, después el aroma de su cuerpo desapareció. Regresó al colchón donde se sentó. River seguía de espaldas, con mal sabor de boca y unas inmensas ganas de gritar.

—¿Estás bien? —quiso saber Theo, sin una pizca de enfado en su voz.

—Cuando tenía diez años… —comenzó, necesitaba hablar.

Llevaba mucho tiempo negándose a sí mismo siquiera a pensar en todo aquello; tarde tras tarde escuchaba cómo otros exponían sus miserias, cómo lloraban aplastados por un recuerdo imposible de soportar, pero él se había negado categóricamente a ello. El grupo de apoyo era un lugar seguro, pero no había sido capaz de abrirse. Sin embargo, estaba a punto de mostrar su parte más vulnerable frente a Theo, solo el tiempo diría si se trataba de un error.

—Mi madre empezó a salir con un tío. Yo nunca había tenido padre, así que me gustaba la idea de tener uno. Era divertido, jugaba conmigo, además era muy cariñoso y me hacía sentir

especial.

River notó la humedad que se escurría por sus mejillas, no recordaba la última vez que lloró. Nunca se lo había permitido, el poder de desahogarse jamás le perteneció. Alzó la cabeza y dejó que las saladas gotas descendieran vergonzosas hasta perderse por el mentón.

Theo no dijo nada, ni le apresuró. Sentado en la cama se dispuso a escucharlo al ritmo que él quisiera hablar, y River se lo agradeció. Pasaron unos minutos, pero las palabras no salían. Abrirse frente a otros, exponer sus mierdas… Aligerar el peso de su alma era algo que llevaba evitando demasiado tiempo, porque le gustaba arrastrarlo. Era suyo, su dolor, de nadie más.

—¿Cuándo te diste cuenta de que abusaba de ti?

La pregunta de Theo fue un dardo que hizo diana. Se clavó en el punto exacto donde más dolor sentía. La punta de un puñal abriendo sus entrañas para facilitarle sacar lo que se pudría en su interior. Supo que no le juzgaría y que tampoco sentiría pena por él. Tal vez Theo fuera la única persona en el mundo capaz de comprenderle, incluso de compartir parte de esa carga.

Todavía no era consciente pero, en aquel instante, decidió que quería estar siempre al lado de Theo. No importaba cómo encajara en su ecuación, sería el valor que Theo le quisiera dar.

River tomó una profunda respiración antes de continuar con su relato:

—Más tarde de lo que me gustaría reconocer —dijo, de manera patética, en una mezcla de risa y llanto—. Una noche, cuando estaba a punto de cumplir los catorce años, llegó más bebido de lo normal. Quise resistirme, pero me golpeó…

El silencio de nuevo se instauró a su alrededor, el hielo que recubría su corazón se agrietó. River estalló en llanto, de un manotazo arrastró lágrimas y mocos, la voz se le rompió a tal punto que sus siguientes palabras salieron entrecortadas:

—Me violó, lo hizo tantas veces que perdí la cuenta. —River se giró sobre sí mismo y encaró a Theo, mirándole a los ojos—. Me escapé de casa, estuve mucho tiempo deambulando de un lado a otro, malviviendo en las calles…, hasta que un día me lo encontré. Fue una casualidad, pero cuando lo reconocí…

—¿Lo mataste?

—No. Pero nunca volverá a caminar.

—¿Por eso estuviste encerrado?

River asintió.

Con la dignidad hecha añicos y esparcida por el suelo, ya no se preocupó de nada más y dejó que toda la rabia se licuara a través de sus lágrimas.

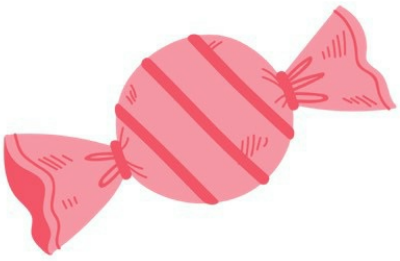
—La sola idea de que otro tío me toque me resulta repugnante —soltó y, al hacerlo, supo que aquella certeza hacía que le doliera todavía más el corazón.

—¡Eh, eh! Tranquilo. Solo estaba bromeando. —Una de las falsas sonrisas que River tan bien conocía apareció en el rostro de Theo—. Además, ¿tú te has visto? Todo despeinado y lleno de mocos… Tu atractivo está arruinado. ¿Quién iba a querer algo contigo?

—Entonces, ¿no te gusto?

—Qué va, solo eres material masturbatorio.

Era mentira y los dos lo sabían, pero era más fácil para ambos aceptarlo como la verdad.



CAPÍTULO OCHO



THEO

Theo sabía que a veces dejar de pensar era la mejor solución. Si no podía resolver un problema, ¿para qué intentarlo? Le gustaba enfrentarse a desafíos, pero en el fondo era lo suficientemente astuto como para luchar solo cuando sabía que tenía alguna posibilidad de ganar. Hacer lo contrario sería de idiotas.

Mordisqueó un palito de chocolate, con la mirada perdida en el horizonte. Frente a él, una masa de estudiantes discutía acaloradamente sobre su último anuncio. Él era el líder, y el anuncio, su intención de retar a Hinkon en una pelea. Quería medir sus fuerzas con ellos. La rivalidad entre ambas pandillas era legendaria.

Además, necesitaba encontrar una manera de superar el reciente rechazo de River, y no había mejor forma de hacerlo que descargando su rabia y tensión en una pelea.

Cuando se levantó para abandonar el lugar, las decenas de estudiantes enmudecieron. Como si lo hubieran ensayado, se apartaron a un lado, formando un pasillo por el que Theo pudo caminar con facilidad.

Le gustaba.

Pronto escuchó pasos a su espalda. No le hizo falta girarse para asegurarse de que era River, siguiéndolo por detrás.

Era incapaz de sacarse de la cabeza la tarde anterior, sus lágrimas. Una vez que abrió el grifo no pudo detenerlo, ¿desde cuándo no lloraba? Theo tampoco era de desahogar su frustración a través del llanto, pero lo de River fue diferente, descarnado, visceral… Tal vez no le había contado su historia a nadie, y tanta sinceridad lo desarmó.

Tenía un montón de información que no sabía cómo gestionar y, lo que era peor, en su interior bullía un sinfín de sentimientos que no podía expresar.

Salió de la vieja sala de música y deambuló por uno de los laterales del edificio de artes. El sol incidía a través de las hojas de los altos árboles que formaban una cúpula verde sobre su cabeza. Quería retar a Hinkon, demostrarles a todos la pasta de la que estaba hecho, y a la vez quería pasar de todo, no hacer nada, porque en el fondo, todo aquello de las pandillas le importaba una mierda.

Pensaba en River, en el maldito capricho del destino que los había unido. En la mirada rota del chico y en su torpe manera de consolarlo. Al final, una vez que se hubo calmado, corrieron

un tupido velo como si no hubiera pasado nada.

A medida que sus pensamientos arremetían con más fuerza, sus pasos se aceleraron. En un momento, corría tan rápido y estaba tan absorto que no sabía si escapaba de algo o intentaba llegar a algún lugar. Hasta que se detuvo en seco, sintiéndose absurdo.

—¿Ya te has cansado?

La voz llegó de su espalda, agitada.

Claro que estaba cansado. La vida era agotadora; siempre con una máscara, fingiendo. Y ahora que encontraba a la única persona con quien ser él mismo, era imposible que estuvieran juntos. Theo pasó la mano por su cabello, echándolo hacia atrás.

Estaba enfadado.

Lo que había pretendido con River era colarse en su vida, no esperaba que fuera el otro quien terminara filtrándose en su corazón. Se giró para encararlo. Aunque le enseñara su faceta más horrenda, lo aceptaría tal cual, sin juzgarlo; porque los dos tenían el interior hecho mierda. ¿Estaba enamorado de River? No lo sabía, pero era una puerta que no podía cruzar.

—¿Te has cansado tú de seguirme?

River sonrió de medio lado. A pesar de parecer tranquilo, desde la noche anterior estaba más callado de lo habitual.

—¿Crees que es buena idea lo de Hinkon?

No esperaba aquella pregunta para la cual tampoco tenía respuesta, así que se encogió de hombros.

—Bueno, tú eres el jefe —soltó River, y por primera vez, Theo pudo ver cómo el chico se incluyó como parte del grupo. Entrando en su juego—. Haremos lo que tú digas.

—Me gusta cómo suena eso —reconoció.

—Eres un bastardo testarudo, llevarte la contraria es demasiado desgaste. Si quieres pelear, peleemos.

—Suena divertido —afirmó Theo.

—Suena a problemas.

—Problemas es mi segundo nombre.

River entrecerró los ojos con expresión cansada, alzó la mano y se rascó la punta de la nariz con los nudillos. A Theo le dio la sensación de que quería decirle algo, aunque cuando habló, de nuevo desvió el tema central.

—Tengo que irme.

Las clases habían terminado y era hora de la desaparición de River, algunas tardes al trabajo en la cafetería, pero otras simplemente se esfumaba. Theo comenzaba a entender más de las caras que conformaban la totalidad de ese chico; igualmente, quiso cerciorarse:

—¿Al trabajo?

—No.

—Y no vas a decirme dónde, ¿verdad?

—Tú lo has dicho.

Se lanzaron una mirada retadora. Se encontraban tan inmersos en su propio universo que ninguno de los dos era consciente de los estudiantes que pasaban por su lado para salir del recinto escolar. Theo esbozó una sonrisa cargada de desprecio hacia su interlocutor antes de añadir:

—Ni que me importara lo más mínimo.

—Parece que sí lo hace —se mofó el chico. Especialista en meter el dedo en la llaga.

—Tsk, ¿tan especial te crees…? —La indignación de Theo creció al mismo ritmo que lo hacía la sonrisa socarrona de River—. Que te den… ¿Sabes qué?, puede que esta noche te quedes solo… ¡Paso de ti!

La ceja derecha de River se alzó, acentuando su gesto burlón. La ira burbujeó en el interior de Theo, que contuvo las ganas de golpearlo por imbécil, así que dio media vuelta para salir del instituto.

—¡Oye! —gritó River a su espalda; Theo ni se molestó en detenerse—. Me apetecen fideos para cenar —gritó.

Theo alzó la mano con el dedo corazón apuntando al cielo y una carcajada llegó hasta sus oídos.

—De los picantes.

—¡Que te jodan! —respondió, a voz en grito.

¿Qué cojones se había creído? Theo gruñó unos cuantos insultos más hasta que se sintió saciado. Después, se abofeteó con fuerza para hacerse reaccionar. Ocupaba demasiados de sus pensamientos en River; no era sano, mucho menos productivo. Se trataba de una maldita calle de un solo sentido y sin salida, si entraba en ella, se quedaría atrapado, no podría dar media vuelta y recular no entraba en su vocabulario.

Sacó el móvil para teclear a toda celeridad un mensaje. Tenía que seguir con lo planeado, y se le había metido entre ceja y ceja ponerse a prueba retando al gran Milo, quería ver qué tan merecida era su fama.

Menos de treinta minutos después lo vio llegar por el otro lado del parque, por la entrada que quedaba más cercana a un viejo vertedero, o tal vez era un desguace. Sin duda, no era un lugar que le apeteciera explorar.

Noé vestía con unos vaqueros de pitillo que le quedaban francamente bien, estilizando sus largas piernas. La pena fue que lo combinaba con una horrenda sudadera de alguna marca de motocicletas, pues tenía el dibujo de un motor en medio del pecho. Parecía enfadado.

—Hola, Noé, ¿qué tal te va? ¿El instituto bien? Por cierto, sé que soy un capullo arrogante, pero ¿te iría bien dejar todo lo que estás haciendo para que vengas con Princesa…?

Noé habló con tono agudo en un intento de imitar la voz de Theo, que lo miró conteniendo la risa. Tenía razón, estaba cabreado y le había mandado un mensaje cuando menos corto y muy autoritario.

—Estás aquí, ¿no? Este era el fin.

—Maldita sea. Que te den —murmuró Noé.

La primera impresión que tuvo de Noé se confirmaba: era un buen chico, pues a pesar de estar cabreado había ido y Princesa estaba con él. Theo alargó la mano y tocó con la punta del dedo la cabeza del gato. El pelaje era suave y se veía más brillante que cuando la encontraron, también había ganado peso y podía mantener los ojos abiertos, unos amarillos y grandes que lo observaban de manera perezosa desde la privilegiada posición de los brazos de su dueño.

—Es bonita —rezongó Theo.

—¿Quieres cogerla?

—No.

—¿Por qué?

No tenía respuesta. Cada vez que decía que no le gustaban los animales la gente le miraba como si fuese un pirado; era más fácil explicar su odio a la humanidad que a un simple gato. Noé no insistió, se sentó en uno de los bancos con la minina encima de las rodillas.

—Todavía no puedo dejarla en el suelo —explicó, intuyendo que Theo no tenía ni idea.

—Ah. ¿Está bien?

—Perfecta, solo que es muy pequeña. Pero se ha hecho la dueña del sofá y no deja que ninguno de los otros gatos suba. Si lo hacen, llora hasta que se van aburridos.

Theo soltó una carcajada ante la imagen mental que se le dibujó en la cabeza. Que Princesa fuera caprichosa le encajaba, no en vano era su medio gata. Se sentó al lado y la miró un segundo. Como si supiera que era el eje principal de la conversación, Princesa estiró el lomo antes de dar un par de pasos, alargó la pata y rasguñó el filo del pantalón de su uniforme.

—Creo que se acuerda de ti —dijo Noé, con cariño.

—¿Tú crees?

—Bueno, la salvaste…

Él no había hecho tal cosa. Se habría marchado de no haber llegado Noé, pero no dijo nada, porque no quería quedar como un monstruo frente a un chico tan inocente. Era como si algo le empujara a enmascarar la maldad del mundo para que solo viera su parte dulce y amable.

—No te habrías marchado, al final te la habrías llevado —soltó Noé.

—¡Joder! ¿Eres un robot de los que lee la mente?

Noé se rio.

—Eres muy expresivo.

—Lo dudo —repuso Theo. No obstante, alzó la mano y se tocó la cara. ¿De verdad se delataba con tanta facilidad?

—¿Solo me has hecho venir para verla? Porque no le estás haciendo mucho caso que digamos.

Dulce, bonito e intuitivo. Claro que no era ese el motivo, de hecho, ver al gato tan solo fue la excusa. Sabía que Noé no se negaría.

—Tengo un mensaje para Milo.

—Soy su hermano, no su secretario.

Theo soltó una risotada. Si cualquier otro se atreviera a hablarle en ese tono, lo haría escupir sangre. Definitivamente, Noé sacaba del fondo del pozo de su alma negra la poca ternura que debía quedar por ahí tirada.

—¿Y lo harías por mí?

—Depende. ¿Me lo pides por favor?

Theo soltó una nueva risotada y negó con la cabeza. No podía creerse lo que estaba a punto de hacer. Inaudito.

—Por favor, Noé, ¿serías tan amable de transmitirle un mensaje a tu hermano?

—Por supuesto —accedió el chico.

Theo se levantó del banco y caminó un par de pasos. Al sol le quedaba escasa vida y en nada el atardecer pintaría el cielo de colores ocre y la tierra de sombras. Había tomado una decisión y no se echaría atrás. Lanzó un suspiro y se volteó hacia el banco.

—El sábado, al anochecer, donde él diga —soltó, mirando a Noé desde arriba.

—¿Lo estás retando?

—Os estoy retando —aclaró.

Noé seguía sentado, hacía bailar el cordón de la capucha para entretener a Princesa, que maullaba enfadada por no ser capaz de atraparlo. No parecía ni nervioso ni extrañado.

—Está bien —dijo al fin, como si acabara de decidir que merecía la pena trasladar el mensaje.

—Hazme saber el lugar y ahí estaremos —recalcó Theo.

Noé asintió con la cabeza, y los mechones, más rubios que la última vez, bailaron con el movimiento.

—Pero cometes un error —le advirtió.

—Milo no es invencible.

—Tú tampoco —le escupió.

—Entonces, solo tenemos que ver quién aguanta más.

No había ni terminado de decir la frase cuando Noé estalló en una carcajada. Princesa maulló y Theo quedó sorprendido ante tal ataque de risa, como si acabara de explicar el mejor chiste del mundo.

—En cuanto a aguante, no me ganáis ninguno de los dos —le soltó, y algo en su tono de voz había cambiado.

Theo se quedó parado en medio del camino empedrado de ese lúgubre parque, observando al chico que se alejaba a paso lento, divertido, jugueteando con la cachorra de gato que llevaba entre los brazos.

Misión terminada, ahora solo quedaba River…

—A ver dónde compro fideos picantes.

RIVER

Una tarde más era una tarde menos. Su condena terminaría, y no veía el momento de que eso ocurriera, aunque desde la pasada tarde sentía que, quizá, y solo quizá, hablar no fuera tan malo.

No allí, por supuesto; no tenía nada en común con un grupo de desconocidos. Sin embargo, no podía ignorar que compartir su historia —aunque sin demasiados detalles— con Theo le había hecho bien. Y llorar. ¿Cuánto hacía que no se lo permitía? Después del sofoco que ni recordaba cómo calmó, se durmió. Amaneció un nuevo día en el que se obligó a actuar con normalidad, porque si tuviera que hablar más sobre ello, no podría. No quería recordar a ese hombre, las noches bajo las sábanas, el roce de manos callosas sobre su cuerpo y el olor a alcohol rancio que embotaba su mente.

Tampoco pensar en los dos años encerrado, aunque no lo lamentaba; de hecho, si pudiera volver atrás, actuaría igual. Porque golpear a ese monstruo hasta dejarlo lamiendo el suelo fue igual que arrancar una espina incrustada en su corazón, después de aquello se sintió en paz.

Así que ahí estaba, actuando con toda la normalidad que podía, como si jamás se hubiera derrumbado. Agradecía infinitamente que Theo continuara tan gilipollas como siempre. No habría soportado miradas de lástima o que lo tratara con condescendencia. Con lo que se removía en su interior, era incapaz de enfrentarse a que se derrumbara todo a su alrededor.

Aunque era innegable que algo sí resultaba diferente. Abrirse y exponer todo lo que lo hacía vulnerable no era algo que River contemplara, y que hubiera estallado con Theo tenía significado.

Quizá aquel fue el motivo que lo llevó a sentarse en el último tramo de escaleras, justo antes de alcanzar su rellano, y de que se dispusiera a esperarlo. Sabía que a pesar de su cabreo, iría. Como cada noche de las últimas semanas.

Theo era su ya no tan indeseable compañero de piso. Era caprichoso, quejica y lo maldecía cada noche por tener que dormir en el suelo —a pesar de que le había comprado una esterilla—.

Pero al día siguiente volvía a estar allí y comenzaba a entender el porqué.

—Vaya, creo que podría acostumbrarme a esto. —La burla llegó de unos escalones por debajo de él.

Theo seguía vestido con el uniforme de la academia y una sonrisa decoraba su bonito rostro. Por lo general, la expresión de Theo era arrogante, como si pretendiera masticar de uno hasta su dignidad, pero frente a él mostraba un semblante diferente, más sincero, casi humano. Le gustaba el contraste.

—Patético, ¿no crees?

—Adorable —respondió el chico con una sonrisa—. ¿Sabes?, deberías mudarte. Tu piso es muy pequeño para dos.

Soltó aquella frase que no era muy diferente a otras anteriores; habló mientras ascendía escalón a escalón, rebasando a River, que seguía ahí sentado y tardó unos segundos en reaccionar, levantarse y seguirlo hasta la entrada.

—¿No vas a decir nada? —inquirió Theo, extrañado.

River, que acaba de sacar las llaves y se concentraba en la puñetera cerradura que se encasquillaba cada dos por tres, no entendió a qué se refería.

—¿Nada, de qué?

Theo lo siguió al interior de la estancia, directo a dejar los envases en la encimera y sacarse un refresco de la nevera. No fue hasta que le dio un largo trago que no pareció dispuesto a continuar.

—Siempre que te digo lo de mudarte me mandas directamente a mi casa.

Tenía razón, ni recordaba la de veces que lo había invitado a irse.

—Supongo que he desistido.

—O que te gusta tenerme aquí —tanteó, aunque con menos socarronería que de costumbre.

River enarcó una ceja y fingió una indiferencia que no sentía, porque el niñato rubio acababa de dar en el clavo. Cuando se quedaba solo no hacía más que pensar; cuando estaba con Theo el tiempo parecía más ameno y hasta con cierto punto agradable. Con él al lado había redescubierto que la vida podía ser más o menos amable y divertida.

—¿Picantes?

River miró los envases de fideos y no pudo evitar emocionarse; Theo asintió con un golpe de cabeza.

—Cámbiate, yo termino esto —se ofreció, para evitar que se manchara el uniforme.

En la silla al lado de la puerta del baño Theo había ido dejando sus cosas, vaqueros holgados y jerséis de lana en su mayoría, casi todos con la etiqueta que evidenciaba que estaban recién comprados. River tenía la clara sospecha de que el chico hacía mínimo un par de semanas que no regresaba a su casa y, por lo visto, sus padres no lo echaban de menos. Quería preguntar, aunque no se sentía con derecho. Confiaba en que en algún momento, Theo se abriría a él.

—Lo he hecho. He retado a Hinkon —soltó.

No le sorprendía; la paciencia no era una de sus virtudes. Si había decidido organizar una gran pelea, nada ni nadie le haría cambiar de opinión. River aún no entendía del todo eso de las pandillas, ni por qué los chicos de un instituto como Tomi querrían ensuciarse las manos con algo tan absurdo. Pero parecía importante, no solo para Theo, sino para todos sus compañeros, y ahora él formaba parte del grupo. La verdad, comenzaba a contagiarse de su entusiasmo. O tal vez fuese más simple: quería estar con Theo y no le importaba el dónde o el cómo, mientras pudiera permanecer a su lado.

—¿Has visto a Milo?

—No exactamente —respondió Theo; su tono fue ambiguo.

A veces le daban ganas de darle un guantazo. Le irritaba cuando hablaba a medias y no era claro. River le lanzó un trapo de cocina que Theo cogió al vuelo.

—He visto a su hermano pequeño.

River sintió curiosidad. Theo no era del tipo que se echara atrás ante nada ni nadie, así que no entendía qué pintaba el hermano del capitán de Hinkon.

—No lo entiendo.

—Para cabrearlo. —Theo sonrió con maldad—. Usar a su hermanito es la forma perfecta de hacerlo.

—Eres un bastardo calculador.

—He aprendido que si confío en el destino y el azar, estoy jodido.

—Todos somos peones en tu tablero de ajedrez —meditó River. Ambos se sentaron en el suelo, frente a la mesa.

—¿Es lo que piensas?

—Es lo que parece.

River enrolló una gran porción de pasta en su tenedor y se la llevó a la boca.

—¿Y no te molesta?

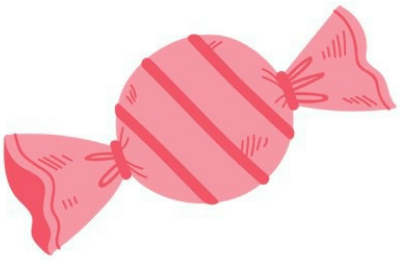
—Al final de la partida, el rey, la reina y el peón terminan guardados en la misma caja —respondió River con la frialdad que le daban sus experiencias previas.

Siguió comiendo como si nada, pero el silencio de Theo llamó su atención. Al levantar la cabeza, se encontró con esos ojos grises fijos en él, con una expresión compungida.

—No eres un peón, al menos no para mí.

«Entonces, ¿qué soy?», quiso preguntar, pero le aterraba la respuesta, sobre todo después del beso de la noche anterior.

Cuando después de cenar se acostaron, fue la primera vez que Theo no intentó meterse en su cama. Un sudor frío empapó el cuerpo de River al pensar que, quizá, en algún momento estaría preparado para compartirla.



CAPÍTULO NUEVE



THEO

Lo tenía todo calculado. Dejaría que Milo le diera el primer golpe. Quería tantear su fuerza y crueldad. La implacable fama que lo perseguía. Esperaba no decepcionarse. Necesitaba a alguien que le siguiera el ritmo.

El lugar elegido no era otro que un viejo pabellón deportivo abandonado décadas atrás. La naturaleza se había adueñado del lugar, agrietando baldosines y asfalto, comiéndose la construcción del hombre y alzándose como la verdadera propietaria.

Era un poco fantasmal, sobre todo por los últimos fogonazos del crepúsculo.

Theo escuchaba las voces tras él. Todavía era pronto para hablar de Tomi como un grupo unido bajo su mano, en realidad eran más como una pandilla de gallos queriendo ser los reyes del corral. Si pudiera, más de uno lo apuñalaría por la espalda. Lo tenía asumido y no le importaba.

Su paso por el instituto sería efímero; terminaría y no quería ser una de esas personas patéticas aferrándose a lo que pensaban que eran los mejores años de su vida. Theo era consciente de que se trataba de un episodio, un capítulo más o menos corto de su historia, pero que llegaría el momento de pasar página. El objetivo que se había marcado estaba más allá.

Miró al lado. El semblante de River estaba rígido, una expresión que pocas veces había visto. Se le notaba a la legua las ansias contenidas, el impulso adormecido por las cadenas que estaba a punto de romper; y lo haría por él. Le lanzó un último vistazo antes de clavar la atención en sus oponentes.

El grupo de Milo era numeroso, el salvajismo refulgía en los ojos que lo observaban, en los murmullos y los insultos más o menos originales.

Sus ojos fueron pasando de unos a otros hasta llegar a Noé. El aura que lo envolvía era muy diferente a la de los demás, no encajaba en ese mundo. Noé era como una luz prendida en medio de una habitación a oscuras. Sonrió; no pudo evitarlo, y se encontró con un gesto cómplice de vuelta. Algo que no sentó nada bien al chico de su lado, al que Theo identificó como Jax. El segundo al mando de Hinkon era un tipo robusto de casi metro ochenta, con cabello largo y expresión de pocos amigos. Sus cejas arqueadas y el diente que sobresalía le daban un aspecto de lo más rudo.

Una pantera a punto de saltar a por su presa.

—Ese es todo tuyo —le indicó a River—. No lo subestimes, si lo que dicen de él es cierto, no

tiene nada que envidiarle a Milo.

—¿Te preocupas por mí?

—Por supuesto —soltó Theo, con sinceridad—. Tienes una cara muy bonita, no quiero que te la desgracien.

—Que te jodan.

Theo soltó una risotada que se desvaneció al alzar la mirada y concentrarse en el que sería su adversario.

Milo impresionaba.

Era alto y muy corpulento. A la vista quedaban distintos tatuajes que se perdían por debajo de la camiseta. Lo observaba con el ceño fruncido, estaba muy cabreado.

No tenían nada que decirse, aquella pelea solo era el pretexto de un puñado de idiotas con exceso de testosterona que querían medir sus fuerzas. Al menos por su parte no había más motivo que aquel, ridículo y absurdo, pero tan suyo como las ganas de alzarse con la victoria. No aceptaría ningún otro resultado, llevaba impreso en el ADN que debía ser un ganador.

Habían pasado un par de minutos desde que todos se reunieron en la cancha. Los últimos rayos de sol se filtraban por las grietas del techo y agujeros de las paredes, creando un lienzo de luces y sombras a sus pies. Theo carraspeó.

—Lo siento, es mi primera vez —gritó, en dirección a Milo—. No sé muy bien cómo funciona esto. ¿Necesitas que me presente y te dé la mano? ¿O empezamos a darnos de hostias?

La carcajada de Milo fue tan grave como tosco era su aspecto; su risa rebotó en las destartaladas paredes y se perdió en la quietud de la noche.

—Mocoso… —se burló.

Milo pasó la mano por su cabeza rapada al ras hasta dejarla en la nuca; unos fuertes bíceps se adivinaban bajo la tela de la camiseta. Ambos hermanos se parecían y, a la vez, tenían claras diferencias. Los ojos de Theo siguieron fijos en Milo, que seguía sin mover ficha, y se impacientó.

—¿Empezamos?

—¿No eres demasiado pequeño para ir haciendo el capullo de esta manera?

—Tsk, ¿no será que tú estás demasiado mayor? —La expresión de Milo cayó—. ¿Te he ofendido? No era mi intención.

El capitán de Hinkon dio un paso en su dirección, misma distancia que Theo recortó. Ambos quedaron a un par de zancadas de distancia. Desde ahí se hacía más patente la diferencia entre ambos. A ojos inexpertos, Theo tenía todas las de perder.

—Última oportunidad…

—Voy a barrer el suelo contigo.

—Después no digas que no te lo he advertido.

No se contuvo. Milo dio el primer golpe directo a su mandíbula, una punzada electrizante lo recorrió por entero y le hizo ladear el rostro. La sangre se escurrió por la comisura del labio y le manchó la ropa.

La felicidad mezclada con el dolor lo hizo reaccionar de inmediato, soltando un alarido que instó a los suyos a comenzar.

El viejo gimnasio con sus ventanas rotas y paredes grafiteadas eran testigos silenciosos de la inminente batalla. Las luces de los móviles iluminaban el escenario improvisado. El aire estaba cargado de tensión y adrenalina.

Theo, con el corazón palpitando de emoción, observó a Milo, que desprendía tal confianza en

sí mismo y en los suyos que no pudo evitar admirarlo.

Se lanzaron el uno contra el otro. Los primeros golpes resonaron en el pabellón vacío, con el eco amplificándolos como cañonazos. Theo se sentía vivo, cada impacto en su cuerpo era una descarga de pura energía.

Milo era fuerte, más de lo que había anticipado. Bloqueaba y contraatacaba con una precisión que lo hacía un oponente digno. Sonrió, saboreando el desafío.

—Eres mejor de lo que pensé —lo felicitó, esquivando un golpe y respondiendo con un gancho al costado.

—No está mal para un niñato como tú —replicó Milo, retrocediendo un paso antes de lanzar una patada que Theo apenas esquivó.

Los chicos de cada pandilla rugían alrededor, animando a sus respectivos líderes o librando su propia pelea. La atmósfera era frenética, una mezcla de sudor, sangre y excitación. Theo podía sentir el dolor de los golpes, pero lo abrazaba. Cada contusión, cada corte, lo hacía olvidar por un momento la mierda de su vida.

—¿Es todo lo que tienes? —provocó Theo, lanzando un puñetazo directo al rostro de Milo, que logró bloquear a medias.

Un destello se cruzó ante sus ojos; reconoció a River, con el rostro ensangrentado pero un río de vida brotando de sus ojos. Aquella distracción fue aprovechada por su oponente, con un impacto directo a las costillas que logró sacarle el aire. Theo cayó al suelo, jadeando. El malestar era intenso, pero una sonrisa torcida apareció en su rostro. Le encantaba.

—Levántate, cabrón. Esto solo acaba de empezar —dijo Milo, con la respiración entrecortada.

Theo se incorporó lentamente, limpiándose la sangre de la boca. Su expresión brillaba con una mezcla de locura y diversión.

Ambos exhaustos, pero aún de pie. Sus cuerpos magullados eran prueba de su fiereza. Alrededor, sus pandillas esperaban, ansiosas por ver quién cedería primero.

De pronto, el sonido de las sirenas se alzó por encima de los alaridos de los jóvenes allí congregados. Theo lanzó una mirada a su alrededor, donde por un instante todo quedó en pausa. Chasqueó la lengua molesto. No quería que la diversión terminara tan pronto, pero lo primero que acudió a su mente al escuchar el molesto sonido fue en River y su complicada relación con la ley.

—Esto no ha terminado —advirtió el chico, e hizo un gesto a los suyos en señal de retirada.

—Tienes agallas, ¿te da miedo la pasma?

Fue un dardo directo a su ego que decidió tragar.

—¡River! —gritó a pleno pulmón; su voz se sobrepuso por encima del estruendo.

Lo vio a lo lejos, tirado en el suelo. Luchaba por ponerse en pie. Con los músculos agarrotados por el cansancio y los impactos recibidos, corrió en dirección al otro, dejando a Milo a su espalda. Tomó la mano de River y tiró de él para escapar.

La sangre se escurría de su ceja e inundaba también el interior de su boca. La noche oscura y plagada de estrellas se cernía sobre ellos. Theo se sintió como una de ellas, encendido y resplandeciente, con la adrenalina corriendo por sus venas y la excitación que todavía aplacaba el agotamiento que sentiría horas después. Había sido la mejor pelea de su vida y acababa de abandonarla por el chico que lo seguía pegado a sus talones.

Por primera vez en su vida había pensado en otro antes que en sí mismo.

Corrieron sin rumbo por el entramado de calles, perdiendo de vista al resto, hasta que, en un

punto, con los pulmones al borde del colapso y sin fuerza siquiera para respirar, Theo frenó en seco y empujó a River a un callejón.

La espalda del chico impactó contra el muro y Theo lo inmovilizó, con un brazo a cada lado de su cabeza.

La euforia por la refriega y el calor que emanaban el uno junto al otro terminó por nublarle la mente. El amor que sentía por River era insoportablemente vergonzoso y las ansias de besarlo se disolvieron como un veneno por su torrente sanguíneo, corroyendo su interior. En un impulso llevó las manos al rostro del otro y de un tirón quedaron con las frentes pegadas. Cerca, tan cerca que pudo notar el ligero aroma a tabaco en su aliento, tan agitado como el suyo propio. Y ahí, al amparo de la noche, Theo se vio obligado a tragar las ganas que tenía de quererle.

Se miraron intensamente, las palmas le ardían por el húmedo contacto y en el último instante, justo cuando sus labios estaban por rozarse, se los mordió a sí mismo con saña, hasta hacerlos sangrar.

—Lo siento —murmuró y, con lentitud y el sabor a sangre inundando su boca, se separó de River—. Perdona —repitió, dándole la espalda para marcharse.

RIVER

Cojeaba por un fuerte impacto en el muslo y tenía la visión borrosa, seguro que llevaba el ojo hinchado. Tragó el sabor a sangre acumulado en la garganta y se dispuso a caminar de regreso al apartamento.

Le ardían las mejillas justo donde Theo había puesto sus manos.

La mirada obstinada del chico seguía clavada en sus retinas; la expresión de contención y tristeza. Por un momento había sentido el impulso de correr tras él. Creció escuchando aquello de «correr detrás de tus sueños», sin embargo, era un adulto y sabía que hasta las pesadillas lo eran, así que dejó de correr, también de soñar.

Lo que pasaba entre ellos era tan surrealista que se veía incapaz de ponerle un nombre, o quizá era parte del juego al que, sin querer, había aceptado jugar. Estaba confuso y le dolía demasiado el cuerpo como para gastar energía pensando sobre ello. Cuando llegara al apartamento hablaría con Theo. Tenía que poner las cartas sobre la mesa, aunque tuviera muy mala mano siempre era mejor que ir de farol.

Le temblaron los dedos y necesitó dos intentos para lograr que la llave girara. Fue directo al baño, el agua de la ducha salió enrojecida por la cantidad de sangre reseca, suya y del otro.

Ese tal Jax era todo un fenómeno. A pesar de su tamaño era rápido y golpeaba con fuerza. Un verdadero animal.

River llevó la mano al costado, tanteando con las yemas el reborde de las costillas. Un agudo dolor despertó al presionar sobre una de ellas. Tal vez tuviera una fisura, nada que no se curara con un poco de reposo.

Necesitó tomárselo con calma, eran altas horas de la madrugada cuando terminó de desinfectar cada corte, al menos los que le quedaban a la vista. Se impacientó. Se acercó a la puerta un par de veces solo para descubrir que nadie se encontraba al otro lado. Tampoco tenía ninguna llamada.

Aquella noche fue larga y fría; extremadamente silenciosa. Porque River había incurrido en el peor error de su vida: en aquel poco tiempo, se acostumbró a tener a Theo a su lado. Lo

añoraba, sobre todo cuando al cerrar los ojos le asaltaron dolorosos recuerdos, de los que lo empapaban en sudor y le cortaban la respiración.

Se acurrucó sobre el colchón, haciendo un ovillo entre sábanas y mantas que tenían el ligero aroma a Theo, un olor que se había colado en su sistema, como también lo había hecho su voz, y sus constantes quejas y pataletas cuando no obtenía lo que quería.

Los rayos de sol que anunciaban una nueva mañana lo sorprendieron sin haber sido capaz de cerrar los ojos ni un solo instante. River se arrastró, bastante maltrecho, hasta la cocina. Una de las peticiones reiteradas de Theo fue que se compraran una cafetera, y ahí estaba, agradecido por el aroma a café que inundaba la estancia.

Se vistió con dificultades, le dolían los nudillos y los botones de la camisa se escapaban traicioneros de la punta de sus dedos. Salió de casa sin un triste mensaje de Theo, aunque él tampoco había intentado contactarlo; porque en el fondo no sabía qué era lo que tenía que decir. ¿Hacer como si nada? Tal vez no funcionaría una segunda vez. Porque hasta hacerse el tonto tenía un límite y ellos se acababan de estampar contra él.

Muchos de los estudiantes con los que se cruzó aquella mañana llevaban la evidencia de sus fechorías nocturnas visibles en la cara. Ojos decorados de un perfecto tono azulado, brechas con sangre reseca, vendas y tiritas por donde mirara.

Percibió un sutil cambio en el ambiente de aquel instituto de estirados. Al pasar, lo saludaban con un respeto inimaginable hasta la noche anterior.

Jax era toda una leyenda, así que haber seguido el ritmo al segundo al mando de Hinkon lo dejaba en muy buen lugar.

Sin embargo, nada de todo aquello le importaba menos. Lo único que quería era encontrar a Theo pero, sobre todo, saber dónde diablos había pasado la noche; esperaba que sus miedos no se confirmaran.

No fue hasta la tercera hora que lo vio. Entró cuando el profesor ya había empezado, lo hizo con calma, irrumpiendo en mitad de la clase con total naturalidad. Se disculpó con despreocupación y caminó bajo la atenta mirada de todos, que descendieron la cabeza en señal de respeto.

No le miró.

Ni una sola vez.

La ansiedad acumulada en River se materializó. Comenzó a maltratar la tapa del bolígrafo, mordisqueándola con nerviosismo. Deseaba más que nunca que el hombre sobre el entarimado se callara la boca y poder ir a por él.

Aunque seguía sin saber qué le diría.

Al terminar, Theo se levantó para escapar del aula, pero River fue rápido en alcanzarlo. Lo agarró de la muñeca y tiró de él con fuerza de nuevo al interior. A su alrededor se alzó un murmullo que no fue más allá, los estudiantes fueron saliendo. Los que no sabían qué era lo que pasaba fueron invitados a abandonar el aula por los que sí.

Se quedaron a solas y fue cuando se dio cuenta de lo mucho que dolía que lo ignorara; aquella indiferencia lo mataba.

Theo lo miró fijamente, con gran intensidad, como si quisiera masticar sus huesos; desafiante. River seguía agarrando con fuerza su muñeca, pero lo soltó. Los dedos se abrieron, uno a uno, y le permitió a Theo la oportunidad de escapar, aunque no lo hizo.

Cuando los labios de River se despegaron para hablar, lo hicieron sin saber todavía qué palabras los abandonarían. ¿Pretendía maldecirlo por intentar besarlo una segunda vez? ¿Echarle

en cara no haber mandado ni un triste mensaje? O quizá…

—Vuelve a casa —pidió, o tal vez rogaba, no quiso pensarlo demasiado porque su dignidad no se lo permitía.

La reacción de Theo fue esbozar una leve sonrisa cargada de petulancia; el más mínimo movimiento de la esquina de sus labios era extremadamente seductor y River tuvo que contener el impulso de escapar.

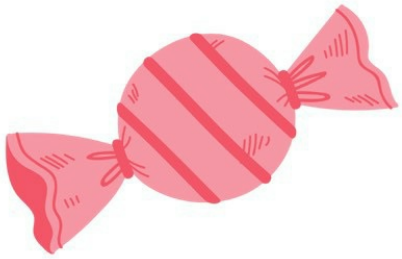
—¿Por qué?

Era una pregunta cargada de maldad para la cual no tenía respuesta. Escudriñó en el fondo de su corazón hasta encontrar un motivo que no lo dejara demasiado en evidencia, pero no lo halló. Porque todo lo que necesitaba era lo que logró expresar:

—Quiero tenerte cerca.

Se apuñaló a sí mismo, abriéndose en canal y revelando una vez más su lado más lamentable y patético, completamente expuesto frente a aquel chico de doble cara del que no podía escapar.

—Si me lo pides así, no puedo decir que no.



CAPÍTULO DIEZ



THEO

Sin duda, los animales más peligrosos eran las mariposas en el estómago. Theo lo comprendió a la tierna edad de quince años, sentado a los pies de su cama con el aroma a chicle de menta nublando su raciocinio.

Aquel día le dieron una dura lección, pero no había aprendido nada. No cuando de nuevo volvía a sentirse envuelto en ese aleteo esponjoso y dulce.

Cuando alguien creía en un mundo de color de rosa y movido por la bondad, estaba perdido; condenado a autodestruirse. Se prometió no ceder ante nada y terminó perdiendo contra su propio corazón; y a la única conclusión lógica a la que llegaba era que se había vuelto estúpido —o tal vez lo era desde un principio —.

Al contrario de lo que todos pensaban, Theo tenía tan poco, que cuando conseguía una pizca de afecto lo atesoraba ridículamente, como si fuera de un valor incalculable. Nacer en una jaula de oro no era tan idílico como se creía.

Solo entre las destartaladas paredes de aquel minúsculo piso, bajo un techo mugriento que se caía a pedazos, y al lado de un hombre tanto o más roto que él. Por fin se sentía libre y en paz.

Solo necesitaba que la ilusión perdurara; que no volvieran a quitarle aquella pequeña migaja de felicidad.

Y en sus manos estaba defender lo que tenía. Ya no era como a los quince, que lloró desconsoladamente sin ver un camino por el que continuar. En aquel momento se encontraba transitando por la escabrosa senda de la venganza, en un punto en el que ya no era posible regresar y necesitaba de todas sus fuerzas para continuar adelante.

La pelea de la noche anterior fue una recarga de energía.

Pero en aquel momento le dolía el cuerpo entero. Ni el traje con corbata lograba esconder las marcas y cardenales; al contrario, destacaban más. Con los nudillos agrietados por la sangre reseca y la hinchazón en el párpado que no podía terminar de abrir ni cerrar. Tenía un aspecto lamentable, aun así, no hubo comentarios, ningún adulto se preocupó, tal vez ni lo vieran y, de hacerlo, a nadie le importaba.

Como muchas tardes en las últimas semanas, Theo se encontraba en el lujoso edificio donde se ubicaba la oficina de su padre.

Era el heredero de un imperio multimillonario y se moría de ganas por desaparecer para

regresar a un apartamento de una sola habitación. Aunque poco duraría aquel lujo y opulencia, tenía los días contados. Nada le producía a Theo más placer que saber de qué mano llegaría la puñalada. La suya.

Se moría de ganas por ver la cara que pondría su padre cuando todo se viniera abajo y no quedara nada en pie.

Pensaba convertir su legado en cenizas.

El plan inicial era tremendamente complicado y, a la vez, terriblemente sencillo.

Para ello necesitaba pelear, labrarse una reputación y terminar siendo el líder de la pandilla de los Tomi. Desde aquella posición le fue más fácil acercarse a Umi y a Hinkon. Aquellos pandilleros de poca monta eran otra pieza en su tablero; con su ridícula obsesión por mantener sus barrios a flote. Él sabía cómo aprovechar en su beneficio tanta devoción. Se trataba de un buen acuerdo —aunque fuese unilateral y ellos no supieran nada—, todos ganaban, un *win-win,* como se solía decir.

Cualquiera podía incurrir en un fallo, dos serían perdonables, pero cuando se convirtiera en hábito, su padre se desmoronaría y, con él, todo su imperio.

Podía saborearlo.

La venganza era dulcemente empalagosa.

Desde hacía casi dos décadas la empresa camuflaba ciertas sustancias ilegales en los contenedores que importaba. Mucha de aquella droga tenía una distribución a gran escala, pero una pequeña parte terminaba circulando en las calles y parques de la ciudad.

A Theo aquello le importaba una mierda, pero los chicos de las pandillas estaban cabreados. Gin era el más afectado de todos. El puerto era un maldito coladero, por eso le resultó tan fácil ganarse su confianza. Cuando el capitán de Umi comprobó la veracidad de los datos que Theo proporcionaba, se convenció y se convirtió en un gran aliado. Con él de su lado, los Umi estaban recuperando su denostado prestigio. La información tenía un precio, por descontado, aunque Theo aún no había pensado en cuál. Ver a su padre caer era el mayor beneficio, pero no quería cerrarse puertas. Tener a alguien como Gin debiéndole un favor era de lo más interesante.

Si aquel plan tenía alguna fisura, era tener que estar con su padre. Le producía ardor de estómago. Lo odiaba con tanta intensidad que somatizaba físicamente aquel cúmulo de emociones negativas. Lo detestaba hasta tal punto que fingir se hacía cada vez más insoportable.

Aquel fue el motivo por el que, después de acompañar al hombre que lo había engendrado de reunión en reunión, al finalizar la jornada decidió que necesitaba un respiro. Algo agradable. Un soplo de aire fresco.

Pensó en Noé. El chico era como una pequeña flor en medio de la maleza del mundo. Irradiaba luz, y a Theo le encantaba poder cegarse con ella. Así que no lo pensó y mientras el hilo musical del ascensor le taladraba la cabeza, intercambió un par de mensajes con él. Soltó una carcajada después de leer la respuesta de Noé a su petición de verse; usando la excusa del gato tenía vía libre para estar con el chico y disfrutar de su compañía, además, quería saber cómo estaba después de la pelea.

No pensó que Milo dejara que participara, pero al final, y como todos, se vio envuelto en la refriega.

Lo que Theo no esperaba era que, al salir, sería otra cara conocida la que encontraría. Al lado opuesto de la transitada carretera se encontraba River. Su pinta de delincuente marginal, con el cabello atigrado y cara de pocos amigos, llamaba poderosamente la atención entre la trajeada multitud.

O tal vez Theo ya no tenía ojos para nadie más.

Se obligó a esconder la felicidad que le causaba verlo y difuminó la sonrisa bobalicona tras una fingida máscara de indiferencia.

—Malditas mariposas —murmuró entre dientes, justo al llegar a la altura del otro.

River le saludó con una leve inclinación de cabeza, aunque no dijo nada. Después de la noche anterior y la conversación de aquella mañana, las cosas entre ellos estaban extrañas, y como no quería tener que enfrentarse a ello, Theo simplemente comenzó a caminar con el otro pegado a su espalda.

—Te falta una correa y podrás ser mi perro —gruñó, con su habitual maldad.

Estaba cabreado, no con River, sino consigo mismo; por ser tan estúpido de enamorarse de un hombre al que jamás podría tener, al menos no de la forma que él quería. Y podía autoconvencerse de que permanecer a su lado era lo único que necesitaba, ¡pero aquello no era una maldita novela romántica!

No era suficiente. Jamás lo sería; lo supo la noche anterior, cuando reprimir el impulso de besarlo había resultado casi inhumano.

RIVER

Nada más ver a Theo aparecer por las puertas acristaladas de ese majestuoso edificio, deslumbrante en su traje oscuro y camisa blanca, River supo que estar allí era una mala idea. Otra gilipollez más en la larga lista de tonterías que el niñato rubio le hacía cometer.

Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisó para hacer desaparecer las pruebas.

El intercambio de palabras de horas atrás no se consideraría una conversación en ningún universo, por lo que entre ellos quedaban muchas cosas por decir y River era muy malo identificando los momentos. Pero, sin duda, aquel no era uno de los buenos.

Theo estaba más callado y borde de lo normal. Lo entendía. A pesar de que la empatía no era su fuerte, podía ponerse en la piel del otro, porque era como estar en la suya propia.

El amor era una enfermedad irritante, capaz de poner a la gente ansiosa y crear complicaciones incluso en su ausencia. Theo sentía algo por él, y él correspondía esos sentimientos. A simple vista parecía sencillo, pero nada lo era en esa relación; de hecho, resultaba tremendamente complicado.

River no era gay.

Ni quería ni podía serlo.

El hecho de imaginar a otro hombre tocándolo le comprimía el estómago, hacía que su piel se perlara de un incómodo sudor y hasta le daban arcadas. Era superior a él. Lo detestaba. Y con Theo no era diferente. Su cuerpo reaccionaba igual, a pesar de que su corazón y su cabeza le empujaban a desear recortar la distancia.

Era un sinsentido que le estaba haciendo daño; y lo que era todavía peor, se lo estaba haciendo a Theo.

Mientras seguía la fría estela de indiferencia que imprimía el rubio al caminar, llegaron cerca del barrio donde vivía —vivían, los dos—. Al salir del reformatorio no tenía nada, así que buscó un lugar donde nadie le conociera; pensó que tal vez podría ser un buen punto de partida.

Así terminó en aquel apartamento y aceptando el primer trabajo donde sus antecedentes no importaron.

El barrio de Hinkon no era demasiado grande y se concentraba alrededor de un parque que la falta de dinero y despreocupación habían dejado más que olvidado. A pesar de que no quedaba lejos del piso, no era un lugar que frecuentara. No era amante del aire fresco, y cuando trabajaba en el bar, terminaba tan agotado que lo único que quería era su recién estrenada cama.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, atreviéndose por fin a romper el silencio.

—Busco un pipicán.

Estaba ya acostumbrado a las constantes puyas de Theo, era su manera de protegerse. Ambos estaban atravesando un momento muy vulnerable, así que River no se quedó atrás con su respuesta.

—Si alguien aquí es una mascota, eres tú. Si hasta te recogí de la calle.

En ese momento, Theo se giró y le lanzó una mirada fulminante, una clara advertencia de que no debía seguir provocándolo, aunque él mismo había empezado.

River decidió darle margen. Así que se guardó para sí otras posibles respuestas.

Caminaron por uno de los senderos laterales, el suelo estaba agrietado y las malas hierbas crecían entre las rendijas. Pronto llegaron a una fuente que, por su aspecto, llevaba años seca.

—¡Ahí está! —exclamó Theo, con voz empapada de felicidad.

River presenció cómo la escarcha de los ojos de Theo se fundía para reflejar el color gris de un mar calmado en una tarde nublada. Fue sutil, pero evidente, y no pasó inadvertido. Dirigió la atención hacia donde Theo ya caminaba y lo vio. Con el cabello decolorado y despeinado, como si acabara de salir de la cama, vestido con ropa deportiva y la expresión más fresca que una lechuga recién cortada. Sin pretenderlo, una sensación de celos nació en su interior; lo identificó por el sabor amargo que ascendía por su garganta.

Era Noé. El hermano de Milo, y no era la primera vez que se reunían. Aquello no podía ser bueno.

A River le dolía cada uno de los golpes que encajó la noche anterior. Jax resultó un adversario admirable. Pero su destreza con los puños no fue lo único que llamó la atención de River, y es que uno tenía que ser ciego para no darse cuenta de las miradas que el segundo al mando de Hinkon y el hermano del capitán se lanzaban. Tal vez por la aversión que sentía, era el que mejor lo identificaba. Theo no debía de ser consciente de aquel hecho, pero estar ahí, con Noé, no solo era una afrenta hacia Milo, sino que también cabrearía a Jax.

—¿Sabes?, somos como *Romeo y Julieta* —La voz de Theo se alzó lo suficiente para que River lo escuchara.

Lo peor fue que Noé no le contradijo, sino que una risa clara como un arroyo descendiendo por la montaña, libre y cristalina, se deslizó entre ellos. A River aquella declaración se le clavó como una puñalada; sobre todo viendo la complicidad entre los dos chicos.

Si Theo no podía conseguir lo que quería, no le importaba destruirlo. Estaba claro que lo que empezaba a aflorar entre ellos tenía que ser erradicado de raíz, ambos lo sabían, así que quizá aquel desprecio de Theo fuera lo mejor. Si el dolor se volvía suficientemente intenso, podría escapar de aquella situación.

La serie de catastróficas desdichas que lo había llevado a conocer a Theo era su desastre inesperado. Otros lo tomarían como magia, el hilo rojo del destino, pero la verdad era que el suyo estaba tan roto que era imposible amarrarlo junto al de Theo, no sin que el simple hilo terminara por convertirse en una tela de araña que los arruinaría a los dos.

River se mantuvo a cierta distancia. No pretendía darles intimidad, lo que no soportaba era escuchar la voz de Theo, alegre y desenfadada.

Encendió un cigarrillo sin ganas de fumar, así que a la segunda calada lo lanzó a uno de los charcos. Sentía un vacío en su interior tan abrumador que las manos le temblaron. Sus pasos lo habían alejado, y una vez a solas notó una molestia en el filo de los ojos. Alzó la mano y se percató de que había algo de humedad pegada a sus pestañas. «Cojonudo, estoy llorando otra vez». Sus labios se torcieron en una mueca sardónica.

Lo más sensato era marcharse, largarse de nuevo, empezar de cero en cualquier otro lugar; algo que sabía que no iba a suceder.

—Cómo actúan las personas y lo que sienten en su interior son cosas completamente diferentes.

La voz de Theo lo sorprendió a la espalda. River se pasó la mano por la cara antes de dar la vuelta. Estaban los dos solos. No quedaba ni rastro de Noé. Sentía la garganta atascada y supo que si hablaba la voz le traicionaría. Tampoco sabía qué diablos tenía que decir, así que carraspeó nervioso para aclarar la voz.

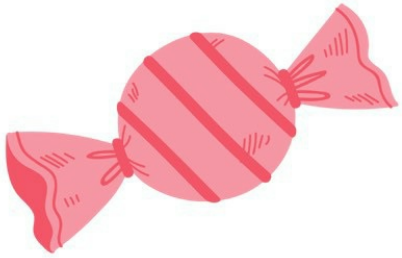
—¿Has terminado?

—Sí.

—¿Vamos a casa?

Theo sonrió y asintió con un golpe de cabeza.

—Claro.



CAPÍTULO ONCE



THEO

—¿Estás dormido?

Theo se revolvió por el amasijo de colchas y sábanas en las que se acurrucaba cada noche. Dormir en el suelo era un fastidio, aunque empezaba a pillarle el punto.

—Tengo que irme a trabajar, volveré a la hora de cenar.

Su voz masculina, grave y ronca abrió una brecha en su corazón. Theo se estremeció de arriba abajo, ¿cómo podía ponerle tanto? Además, su preocupación resultaba conmovedora. Era la primera vez que alguien se preocupaba por él, era una sensación nueva y francamente agradable.

—Traeré comida, así que no te acerques a la cocina. Si tienes sed, hay refrescos en la nevera y…

—¿Crees que soy idiota? —balbuceó con voz adormilada.

—Sé que eres idiota —corroboró River—. Tú solo… No toques nada.

—Mmmm…

Entreabrió los párpados antes de verlo desaparecer por la puerta. Se quedó solo. Theo intentó quedarse dormido de nuevo pero no pudo, así que al final se incorporó, quedándose con la espalda contra el colchón.

Quería café, esperaba que River lo hubiera dejado preparado antes de irse.

No era un inútil, o no completamente, pero se le daba fatal cocinar, limpiar y cualquier tarea de las que realizaba un adulto independiente.

Se arrastró hasta el baño para darse una ducha, su intención era salir a buscar algo para desayunar. Las horas sin River eran aburridas. Por suerte su padre estaba de viaje de negocios, lo que le permitía un poco más de margen. Tenía un par de entradas confirmadas, solo era cuestión de desplazarse hasta el puerto. Sí, eso haría. Ir a ver a Gin, le daría el chivatazo de nueva mercancía que podían intentar detener.

El paseo hasta el muelle desde el piso de River no era demasiado largo y caminar le despejó, aunque apestaba a agua de mar estancada, un olor nauseabundo que no le gustaba nada. A lo lejos divisó a Gin. Faenaba sobre una embarcación que se caía a pedazos. ¿Con eso era con lo que salía a alta mar? Estaba condenado al naufragio.

Tengo noticias de Hinkon. Van a reunirse en el Templo, el hermano de Milo entrará de manera oficial a la pandilla.

Theo se levantó la cremallera del abrigo y se sentó en un noray corroído por el salitre y la luz solar. Se aburría, así que sacó el móvil para revisar los diferentes mensajes que le habían llegado. Solo uno captó su atención, Taz y sus novedades.

Así que finalmente Noé sería miembro de esos perdedores. No era nada por lo que felicitarlo, pero una sonrisa asomó a sus labios por la descabellada idea que acababa de tener. Iría. Claro que iría.

Noé era su amigo y sería divertido. Después de la pelea interrumpida, era una buena manera de tocarle los cojones a Milo y, obviamente, a Jax. Y, quizá, hasta a River.

Que Theo entendiera que River no sentía nada por él no significaba que lo aceptara. No quería hacerle daño, pero al mismo tiempo deseaba destrozarlo. De niño, nunca experimentó amor fraternal; de adulto, se acostumbró a que lo buscaran solo por interés. River fue el único que se acercó de manera genuina, sin esperar nada a cambio. La culpa de haberse enamorado recaía en ese estúpido bonachón con ojos más oscuros que un cielo sin estrellas y una sonrisa más seductora que cualquier otra que hubiera visto.

Así que lo quería y lo odiaba con la misma intensidad.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Hospitalidad portuaria que la llaman.

Gin tiró uno de los cabos, que medía de diámetro más que su brazo, y saltó a tierra firme.

Llevaba unos pantalones impermeables dos o tres tallas mayores y unas botas de agua horribles. Su piel brillaba por el sudor y el salitre. Con los rayos de sol a contraluz, hasta parecía atractivo.

«Joder, llevo demasiado a pan y agua». Desde la noche en que conoció a River no había tenido ningún acercamiento que no fuese con su propia mano.

—¿Qué quieres?

—Verte —soltó, con una sonrisa radiante—. Tengo algo para ti.

Gin dirigió la mirada al sobre que Theo sostenía entre las manos.

—Estoy en medio de una batalla que va a estallar. ¿Vas a salpicarme?

—Nunca —dijo con tanta solemnidad que dejó bien patente que haría cuanto estuviera en su mano para que eso no ocurriera.

Gin asintió con un cabeceo.

—Acabo de enterarme de que hoy es la gran noche de Noé, ¿irás?

Los ojos de Gin se abrieron por la sorpresa y la sombra de la incredulidad emborronó su expresión, como si no diera crédito a lo que escuchaba, meneó la cabeza de lado a lado.

—Estás loco si crees que puedes irrumpir allí como si nada. El Templo es sagrado para los de Hinkon.

—Solo quiero felicitar a un amigo —argumentó Theo, con indiferencia—. Creo que voy a llevarle un regalo.

—Estás como una puta cabra.

Theo ascendió los hombros sin responder nada.

—Cuando esto termine, tal vez puedas comprarte uno nuevo —dijo, señalando el desastre de barco.

Gin sonrió de medio lado. Miró con nostalgia la embarcación y negó con la cabeza.

—Moriré en esta chatarra.

Theo no tenía ninguna duda. Esa cosa no aguantaría un vendaval.

Se levantó, sacudió los pantalones, entregó el sobre y se despidió con un gesto de la mano.

—Oye —gritó Gin, a su espalda—. Dicen que pusiste contra las cuerdas a Milo, tal vez te haya subestimado.

—Lo has hecho. Todos lo hacen.

—Peleemos algún día.

—Estaré encantado de hacerte besar el suelo.

La risotada de Gin se alzó por encima del rumor de las olas y gaviotas.

Theo regresó dando un largo paseo, disfrutando de un extraño día de sol, del aire frío y de no tener nada que hacer, salvo esperar a River.

RIVER

¿Cómo se había dejado convencer?

La respuesta era sencilla: decirle que no a Theo era imposible. El irresistible influjo que ejercía el rubio, con su cara de no haber roto nunca un plato y su ensayado caer de pestañas que desprendía una inocencia que, sin duda, no existía, terminaba por hacer que fuese incapaz de negarle nada.

Así que allí estaba. Cada desgastado escalón por el que ascendían era acercarse un paso más a que les partieran la cara. Lo tenía claro. No saldría de allí indemne. No era entrar en el ojo de un huracán, era sumergirse en el mismo corazón de una tormenta y hacerlo sin plan de escape. El peligro era real, el dolor en sus costillas se lo recordaba.

Los chicos de Hinkon no bromeaban y estaban a punto de irrumpir en su casa sin ser invitados.

Aquella era la noche en que Noé entraría de manera oficial en la pandilla liderada por su hermano. A River aquellos temas le traían sin cuidado, tampoco los entendía: bandas, capitanes, normas, promesas, orgullos… Aunque estaba claro que para ellos era importante.

Theo lo sabía, y también que no sería bien recibido. Por eso quería ir. Le gustaba jugar con fuego, de hecho, River sospechaba que quemarse le producía un tremendo placer.

Cuando por fin llegaron al final de la gran escalinata, observó con sus propios ojos la decadencia a la que había llegado el barrio. Se adivinaba que antaño fue un templo importante, bonito y prominente, que con el paso de las décadas se había convertido en un montón de escombros. Los bidones con fuego terminaban de ofrecer un aspecto marginal al lugar.

River no había nacido en una cuna de oro, el lugar del que provenía era muy parecido, motivo por el que por un segundo se sintió como en casa.

—Qué nostálgico —murmuró, llevando la mirada de un lado a otro.

En medio de todo el escenario se encontraban los chicos que conformaban la pandilla de Hinkon. A algunos los reconoció de la pelea, otras caras le eran desconocidas.

Su atención se quedó fija en Jax. Sobre su piel seguía la impronta de sus golpes, certeros y dolorosos. Ambos cruzaron la mirada, pero enseguida el subcapitán de Hinkon se centró en la persona a su lado, Theo. Lo observó con un odio contenido imposible de disimular.

Lo entendía, él tampoco podía apartar la mirada de su compañero. Theo brillaba. Ni estar rodeado de enemigos apagaba su luz, tan resplandeciente que cegaba.

Cuando Milo quiso intervenir, fue su hermano quien lo frenó, haciendo un llamamiento a la calma. Aquel mocoso era tan ingenuo que no podía percibir las malas intenciones de una mente tan retorcida como la de Theo, cuyos actos eran dignos de un villano. Esto quedó claro cuando levantó la mano, señalando algo. River, en un acto reflejo, le entregó lo que Theo había traído. No contento con irrumpir, lo hacían con un regalo: una manzana envenenada destinada a poner en jaque a Jax.

Los murmullos fueron en aumento, la hostilidad creció hasta ser palpable, más de uno de los ahí reunidos estaba a punto de saltarles al cuello; solo se contenían porque esperaban las órdenes de Milo y este, a su vez, aguardaba a la reacción de su hermano.

Cada uno tenía su propio límite y el de Jax llegó en cuanto Noé aceptó el paquete que Theo le entregaba. Sus manos se cerraron en puño y la rabia desfiguró su expresión. River se puso en alerta, atento al siguiente movimiento del pelinegro.

—Tsk, eres tan impresionante… —La voz de Jax era tan profunda como el abismo de su mirada—. Es lo que pretendes que digamos, ¿no? Qué impresionante es que se atreve a irrumpir en una de las reuniones de sus rivales… Por eso estás aquí solo…

¿Solo? River dio un paso al frente. Theo no estaba solo. Theo ya no estaría solo nunca más, no mientras le permitiera estar a su lado.

El segundo al mando de Hinkon entendió el significado de su gesto, también Noé, que de nuevo hizo un infructuoso intento por calmar los ánimos pidiéndoles que se marcharan.

—¿Y el regalo? —insistió Theo.

Era fascinante cómo podía aparentar tranquilidad, aunque no la sintiera. Era imposible que lo hiciera; no con esas miradas afiladas como cuchillas clavándose en ellos. Su atención estaba puesta en Theo cuando algo más captó su interés.

En realidad, fueron tres palabras, las de un título: *Romeo y Julieta*. Aquel era el regalo de Theo para Noé, un libro cuyo significado bien se podía malinterpretar. River contuvo el aliento, consciente de la insensatez del rubio, de su atracción por el peligro y su desprecio por la propia vida.

Era una declaración no solo para Jax; también un toque de atención para él.

Romeo y Julieta, dos amantes de familias rivales…, amantes… River ladeó la cabeza para observar al hombre a su lado.

La espina de los celos se le clavó en la garganta. Estaba tan alterado que no pudo pensar. El corazón le latía rápido y de manera muy escandalosa, hasta por un instante dudó si el resto de los allí presentes lo podía escuchar. A pesar del frío, el sudor empapaba su camiseta interior, y al cerrar los puños, notó que temblaban.

Se sintió agraviado, pero cuando Jax se abalanzó sobre ellos, no dudó. Como un resorte saltó frente al más de metro ochenta y se interpuso en la trayectoria de su puño. Recibió el impacto que iba dirigido a Theo. Dolió. Una aguda punzada se extendió desde la mandíbula al oído y el sabor a sangre inundó su boca. Tuvo que escupir al suelo para no atragantarse.

Cuando levantó la cabeza, Jax parecía a punto de volver a atacar, cabreado por no haber llegado a su objetivo inicial.

—Tranquila, pantera, ya nos marchamos. —River se giró en dirección a la voz, y Theo pasó la mano por el cabello como si nada—. Vuestra fiestecita puede continuar.

Fue el golpe final, la guinda sobre el pastel. Él les daba permiso para seguir con lo que hacían antes de que llegaran. Con la arrogancia que lo caracterizaba se dio la vuelta para marcharse y River reaccionó de inmediato, siguiéndole como el perrito que ya parecía que era.

El descenso fue más ligero, aunque se llevaba un nuevo recuerdo en forma de cortes profundos en el interior de su boca. Debía reconocer que estar rodeado de decenas de personas con ganas de matarlos le produjo una sensación de calor indescriptible, un cosquilleo que ascendió desde la planta de los pies hasta la raíz del cabello. Observó a su compañero y entendió esa afición de Theo por ir un paso más allá, por llevar las cosas al extremo. El chute de endorfinas era brutal.

Sentía como sus venas bombeaban algo más que sangre, pura adrenalina, y en un acto reflejo, envalentonado por la tensión acumulada, River estiró la mano para aferrar al chico que caminaba en frente y de un seco tirón lo acercó a él.

Estaba envuelto en una lucha interna entre lo que deseaba y las reacciones de su cuerpo. La distancia entre ambos se redujo; podía sentir el aliento de Theo cerca de sus labios, sin embargo, no hizo nada.

Dos personas paradas la una frente a la otra, tan solo iluminadas por la tintineante luz de una farola.

Quería besarlo.

Sus labios se acercaron, estaban a punto de rozarse cuando le sobrevinieron unas arcadas imposibles de disimular, como tampoco pudo esconderse el gesto de dolor en el rostro de Theo.

River lo agarró por los hombros y lo empujó delicadamente, pero marcando una clara distancia entre los dos. La noche los envolvía con su manto oscuro, y una luz que apenas iluminaba sus rostros tensos.

—Me estás jodiendo —lamentó el rubio en un susurro ahogado, con los hombros encogidos y la mirada perdida.

River, con los ojos anegados en lágrimas, tomó una profunda respiración y confesó por primera vez en voz alta:

—Me gustas. —Sus palabras temblaron, cargadas de una congoja que amenazaba con romperlo desde dentro.

Jamás pensó que sería capaz de decirlo en voz alta, y tampoco entendía por qué lo hacía en aquel momento. No era una burbuja, y no había nada que estallar. River sabía que Theo se encargaría de ponerle los pies en el suelo, atizándole con la crudeza de la verdad:

—Es exactamente lo que dice tu cara. ¿Te has visto? Te doy tanto asco que estás a punto de vomitar.

Tenía razón.

—Creo que te quiero —añadió, dio un paso hacia adelante, con las manos temblorosas buscando las de Theo.

—Eres un gilipollas —replicó este, apartando la mirada para ocultar la vulnerabilidad que asomaba en sus ojos.

—Lo sé, y lo siento —admitió River, que bajó la cabeza, aplastado por el peso de sus palabras.

—¿Qué es lo que esperas que haga, River? ¡Dime! ¿Qué coño quieres que haga? —Theo alzó la voz, la frustración y la confusión ardía en sus ojos.

—No lo sé —susurró River, apenas audible y con la mirada llena de dolor.

Theo se pasó una mano por el cabello, exhalando un suspiro pesado:

—Siempre pensé que el camino más fácil para la autodestrucción era meterme hasta arriba y hacérmelo con cualquiera, pero resulta que solo hacía falta enamorarme de ti.

River se quedó de piedra. Un sudor frío perló su piel, necesitaba ser capaz de decir algo que

aliviara la tensión que no hacía más que aumentar entre ellos, pero las palabras estaban atrapadas en su garganta. No quería que su amor por Theo fuese la gota que terminara por aplastarlo. No podía evitar quererle, como tampoco el rechazo que le producían aquellos sentimientos.

—Maldita sea, estoy harto de tanto drama. —Theo se lo sacudió y alzó la mano para que no se acercara—. Yo te gusto y tú me gustas, pero no soy un puto santo, ni me va la castidad.

El hilo que los envolvía cada vez se enredaba más, los asfixiaba, no podían separarse y permanecer juntos terminaría por matarlos. Y cuando River pensaba que la situación no podía ir a peor, Theo comenzó a reírse a carcajadas. Toda su expresión cambió, enderezó los hombros, se sacudió las lágrimas y al brillo de la tristeza lo sustituyó el de la indiferencia. River vio cómo sus ojos se quedaban muertos cuando le miraron.

—He salido ganando. Cuando el efecto de las drogas pasa, el dolor vuelve. Ahora al menos no puedo desprenderme de él.

—Lo siento —dijo River de nuevo, con voz quebrada.

—¡Deja de disculparte, joder! —gritó Theo, con el rostro contorsionado por la rabia.

—Es que no sé qué más decir.

—¿Qué es lo que quieres?

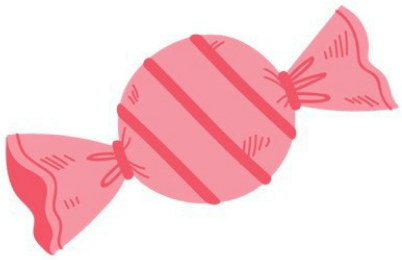
—Que no te vayas. Deja que me quede a tu lado, por favor —suplicó River, acercándose de nuevo, con su mano buscando la del otro en la oscuridad.

Theo le clavó una mirada llena de furia, el color gris de sus ojos se licuaba en forma de pequeñas gotas de agua.

—No pensaba marcharme. —Su voz fue un susurro cargado de emociones encontradas.

—Gracias —murmuró River—, yo…

—Como vuelvas a disculparte, voy a darte una paliza que no te va a reconocer ni tu puta madre.



CAPÍTULO DOCE



THEO

Eran todos unos idiotas. Estaba rodeado de ineptos.

Theo alargó la mano y cerró los dedos alrededor de algo duro que lanzó sin mirar qué era ni dónde caía. La silla salió volando por encima de diversas cabezas y terminó estampada al otro lado del aula.

Se hizo el silencio de inmediato.

Deslizó la mirada por sus compañeros y lo único que encontró fueron cabezas agachadas y pánico de hacer contacto visual con él. Llevaba todo el día arrastrando un humor de perros y, por suerte o desgracia, el resto de la pandilla de Tomi ya lo conocía.

Había una única regla: nada de trapichear con drogas, era lo único que verdaderamente le molestaba. Así que no era un líder autoritario, mientras no causaran problemas, les dejaba campar a sus anchas. Pero también era voluble y sus reacciones estaban íntimamente ligadas a su estado de ánimo, así que los chicos habían aprendido a anticipar en qué fase de la luna se encontraba antes de actuar.

En las últimas semanas les resultó más sencillo, solo tenían que dejarse guiar por las indicaciones de River. El chico nuevo era el más cercano al jefe y el que, en última instancia, parecía tener la capacidad de domar su fiera interior.

Ni Taz, en sus mejores momentos, había logrado tanto.

Precisamente no fue hasta que los ojos de Theo se cruzaron con los negros de River, que no detuvo su espiral de mal humor. La mirada del subcapitán de Tomi fue tan dura, que el que terminó rehuyendo y desviando la atención fue él.

—Podéis marcharos.

Theo levantó la cabeza sorprendido.

—¡Quietos! —ordenó.

—Largaos —insistió River, con una calma insultante.

La estampida de estudiantes no se hizo esperar; salieron del aula como si huyeran de un examen. Theo se levantó y en dos zancadas se colocó frente al insolente que se atrevía a contradecirlo. Arremetió contra él con todas sus fuerzas; River retrocedió un paso, pero aguantó el envite. El nuevo empujón consiguió desplazarlo un par de metros. Otro empujón, y otro… Theo propinó un último empellón antes de aburrirse de que el otro no se dejara provocar.

—Imbécil —escupió, antes de darle la espalda.

River soltó una risotada que lo cabreó todavía más. Estaba tan jodido por dentro que necesitaba hacer llover odio. River ya conocía esa faceta, aunque le cabreaba que intentara aplacar su malestar con tanta calma. Lo quería ver arder.

—Estás enfurruñado como un maldito crío.

—Lo dice el imbécil que ayer me suplicaba que no lo dejara solo.

Aquella acusación le molestó y Theo se alegró por ello; porque si él estaba jodido, quería que el otro también. Era así de egoísta.

La vibración del móvil lo distrajo antes de añadir algún insulto más. O antes de que River se atreviera a decir algo, no tenía ganas de comenzar una discusión que no los llevaría a ningún lado. Entre ellos empezaba a ser habitual dejar las conversaciones a medias y correr estúpidos velos.

Theo se dejó caer contra la ventana y perdió la mirada en el exterior. El día, que había amanecido con un brillante sol, poco a poco se estaba encapotando. Soltó un suspiro que se estrelló contra el cristal, devolviéndole el ligero aroma a pasta de dientes. Era un mensaje de su padre y aquello solo incrementaba su malestar interior.

—¿Todo bien?

—Ajá…

River, sentado en el filo de la mesa de detrás, alargó la mano y lo tocó con la punta del dedo para llamar su atención, y aquel era, sin duda, el contacto con el que Theo se tenía —y no podía — que conformar. Aunque saber que alguien permanecía a su lado, a pesar de todo, lo reconfortaba.

—Mi padre quiere verme.

Desde hacía unos días, Theo había comenzado a compartir todos sus planes con River. Desde sus encuentros con Gin, hasta los tratos con personas algo más importantes. No era el único que deseaba ver caer a su padre y Theo se valió de eso para buscar aliados en las sombras. No había una razón concreta detrás de haberlo hecho partícipe de toda la conspiración, simplemente sentía la necesidad de hablar y dejar salir sus pensamientos. Quizás recompensar la confianza de River y, así, quedar en tablas.

Sabía que jamás le traicionaría y también fue una forma de dejarle conocer un poco más de toda la mierda que maceraba en su interior, que no era poca.

—¿Crees que sabe que tú eres quien filtra información?

Ni se le había pasado por la cabeza.

—Es tan malditamente arrogante que sería incapaz de pensar que le estoy haciendo la cama.

River sonrió de manera socarrona, no hacía falta ser muy avispado para entender el significado de ese gesto burlón. Si alguien hacía gala de tremenda arrogancia, era él mismo. Tal vez incluso lo era al pensar que su padre no sospecharía de él.

Theo se rascó la cabeza, pensativo.

Los planes estaban saliendo a pedir de boca: en la oficina se palpaban los nervios, bajo la superficie la empresa empezaba a ser un hervidero, solo tenía que aguantar un poco más. Si jugaba bien sus cartas, se lo quitaría todo.

—¿Tienes miedo? —inquirió River, con preocupación.

Theo dirigió hacia él la atención.

—¿Qué es lo peor que puede pasar, que me mate?

—Y tú no le tienes miedo a la muerte.

—La vida es lo que me parece jodidamente insoportable.

El chico negó con la cabeza, no le gustaba el derrotismo que a veces lo envolvía. Theo podía entenderlo; River era un tío que lo había pasado francamente mal, no llegaba a imaginar cuánto. Pese a eso, seguía adelante. Era fuerte y determinado, un tipo duro; a su lado él era un crío asustado que solo quería esconderse bajo las sábanas para que no se lo llevara el hombre del saco. Sin embargo, también era consciente de que nadie aparecería para ahuyentar a los fantasmas. No le quedaba otra que tragarse el miedo y actuar.

—¿Qué piensas?

—Me estoy poniendo filosófico.

—Te pega. —River volvió a rozarlo con un dedo; era como si tanteara hasta dónde soportaban sus tripas aguantar—. ¿Quieres que vaya contigo?

—¿Y mandarlo todo a la mierda? No, gracias. Además, hoy tienes que ir al lugar ese tan ultrasecreto, a hacer cosas que ni yo puedo saber.

—Solo mantengo el misterio.

—No hay mayor enigma que saber si seré capaz de llevarte a la cama.

—Theo…

—Da igual —sacudió con ambas manos, para que no tuviera en cuenta el último comentario.

El mal sentido del humor, ser cínico, despreciarse a sí mismo, todo aquello era parte de su manera de ser; el modo en que escondía quién y cómo era en verdad. River lo sabía, por eso no decía nada.

—Me voy. —Theo cogió la mochila y guardó el móvil en el interior—. Te daría un beso de despedida, pero no quiero que desperdicies el almuerzo.

—Maldita sea, ¿cómo puedes ser tan cruel?

—Porque es la única manera que conozco de protegerme —respondió Theo con un susurro apenas audible, antes de girarse y salir por la puerta sin mirar atrás.

Ese tira y afloja que se traían tenía que terminar, pero ninguno de los dos sabía cómo hacerlo.

RIVER

Los días comenzaban a alargarse, los últimos rayos de sol duraban un poco más. Ya se acercaba la primavera, aunque a River el cambio de estación le daba igual. Y en días como ese, con el cielo plomizo y amenazando lluvia, todavía menos.

—River, ¿verdad?

La sesión había terminado.

Normalmente llegaba el último y se largaba el primero, pero esa vez decidió quedarse, y el café frío y los bollos rancios no tenían nada que ver.

Asintió y se dirigió a donde el tutor del grupo, el pelirrojo con el acento más extraño del mundo, le indicó con la mano. Estaban solos y era incómodo, pero obedeció.

—Es la primera vez que te quedas —comentó, como si fuese una observación casual, aunque no lo era—. Tú dirás.

Las sillas estaban dispuestas en medio círculo, a su espalda la mesa con las bebidas, y la puerta que la última persona no había cerrado del todo. River dirigió la mirada a la ventana; a esas horas se advertía un tiempo de mierda, con el cielo totalmente negro, como si en algún punto de la ciudad se acabara de producir una fuerte tempestad.

—¿Quieres uno? —River regresó la mirada a su interlocutor a tiempo de ver cómo alzaba una cajetilla de tabaco en su dirección.

—Lo estoy dejando.

—Sabia decisión, yo debería.

Theo no soportaba el olor a tabaco.

El silencio era incómodo, pero no sabía cómo empezar. Alzó el vaso de cartón reciclado y dio un pequeño sorbo; estaba helado, pero no le importó. No sabía muy bien qué pretendía quedándose ahí, pero necesitaba ayuda y no tenía a nadie, ningún amigo o persona de confianza a quien recurrir.

—Cómo…

Intentar resumir todo lo que se cocía en su interior era difícil. Lanzó una nueva mirada para asegurarse de que estaban solos, el hombre se percató de su nerviosismo y, en un gesto de buena voluntad, se levantó para cerrar la puerta.

—Estás en un círculo de confianza —le dijo, regresando a su asiento.

River puso los ojos en blanco. Odiaba aquella parafernalia *hippy*, pero necesitaba ayuda.

—¿Cómo puedo curarme?

—¿Estás enfermo?

—Corta el rollo psicológico —soltó—. ¿Cómo hago para que todo lo que me pasó no me afecte?

—Eso es complicado.

«No me jodas, ¿en serio?». River se levantó dispuesto a irse, pero el hombre tiró de su manga y le obligó a que tomara de nuevo asiento.

—¿Por qué estás aquí?

—Me obliga el juez.

—Las sesiones impuestas en tu condena han terminado —dijo, con una afable sonrisa—, así que dime la verdad: ¿por qué estás aquí?

Descendió la cabeza y clavó la vista a la punta de sus zapatos. Era una muy buena pregunta para la cual tenía una muy buena respuesta que le era imposible verbalizar. Ya no podía más.

—Cada persona se enfrenta a sus traumas de un modo distinto, no hay una fórmula milagrosa que te ayude a sobreponerte a ellos.

La ciencia médica avanzaba a pasos agigantados, pero aún no tenía una maldita pastilla para superar los malos momentos, o mejor aún, algo para evitarlos. Sabía que no podía volver atrás, pero necesitaba desesperadamente una solución a las reacciones anormales de su cuerpo. Porque era surrealista, su corazón le arañaba dolorosamente porque quería acercarse a Theo, pero su cuerpo reaccionaba con un rechazo visceral. Y cada vez que ocurría, Theo sufría. Lo veía en su mirada, y en cada gesto contenido, lleno de un anhelo apremiante y doloroso.

—Necesito olvidar lo que pasó.

—Eso es imposible.

Tal vez si se diera un buen golpe en la cabeza…

—No puedes borrar tu pasado, pero puedes aprender a que no te condicione el futuro.

—¿Cómo?

—Ya has empezado.

River lo miró sin entenderlo. El hombre encendió el cigarrillo y dio una profunda calada, alargando el momento, dándole la oportunidad de reflexionar, y lo hizo. Acababa de dar el primer paso, no se había marchado, seguía allí, dispuesto a dejar de lado todos sus prejuicios

sobre la maldita terapia y a punto de escuchar sus consejos. Y, encima, con clara intención de ponerlos en práctica.

Quería acercarse a Theo, tener intimidad con él. Quería besarlo y, a la vez, tenía mucho miedo.

Estaba jodido. Si Theo fuese una chica, tal vez… ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? River se pasó la mano por el cabello y lo echó para atrás. Que tuviera la determinación necesaria para intentarlo no significaba que lo lograra. Estaba muy asustado.

Theo era un bastardo caprichoso, el muy desgraciado se había colado en su vida sin que se diera cuenta, igual que el humo del tabaco impregnaba la ropa. Y ahora era incapaz de desprenderse de él, aunque eso significara romperse en mil pedazos para volver a recomponerse entero. Tenía que hacerlo, antes de que el otro se cansara de esperar.

—Puedo darte algunas pautas, pero todo depende de ti y lo dispuesto que estés a enfrentarte a lo que te hace daño.

—No me da miedo el dolor, puedo soportarlo.

Llevaba toda una vida con el corazón muerto, y ahora que sus latidos tenían un sentido, quería aferrarse a ello. ¿Dolor? Nada podría ser más insoportable que todo lo que ya había vivido. El tutor dio una nueva calada antes de apagar el cigarrillo.

—Y también es importante aprender a no reaccionar de manera violenta.

River alzó la cabeza y soltó una risotada amarga.

—No debo partirle las piernas a nadie más, he aprendido la lección —bromeó.

—El cinismo es un mecanismo de defensa, no el más indicado, pero a veces funciona. Yo te recomiendo que busques un lugar seguro. Puede ser un rincón de tu casa o un recuerdo feliz de cuando eras pequeño.

No tenía ninguno de esos. River se removió inquieto en la silla, no le gustaba aquella conversación, pero estaba dispuesto a intentar cualquier cosa.

—Eso no funciona para mí.

—Es normal que sea difícil al principio. Además, es importante que establezcas límites saludables. No tienes que complacer a todo el mundo, ni exponerte a situaciones incómodas.

Pensó en Theo y cómo se dejaba arrastrar por él. ¿Ponerle límites? Era imposible. Cada vez estaba más nervioso y confundido, se encontraba entre dos fuegos. Theo era el motivo por el que quería intentarlo y, por lo visto, la piedra en el camino.

—Busca el apoyo de personas de confianza y enfrenta los recuerdos gradualmente, a tu propio ritmo. La recuperación es un proceso con altibajos.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo? —soltó, decepcionado.

—¿Te parece poco? —se burló el hombre.

—Me parece que no he entendido ni la mitad.

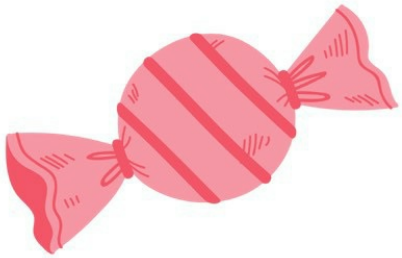
—Ya te lo he dicho: no hay fórmula mágica, y lo que te funcione a ti, no tiene por qué funcionar en otro. Cada una de las preguntas que te formules, va a tener una respuesta diferente

Él no lo tenía tan claro. ¿Un lugar seguro? Theo. ¿Límites poco saludables? Theo. ¿Situaciones incómodas? Theo. ¿Enfrentarse a sus miedos? Theo. ¿El motivo por el que intentarlo? Theo.

El tutor se levantó y palmeó su hombro con cariño; quizá satisfecho por un trabajo bien hecho. River soltó un bufido resignado.

—Seguiremos ajustando tus estrategias según sea necesario.

¿Qué estrategias? River se marchó más confundido que nunca.



CAPÍTULO TRECE



THEO

¿Cuándo se había acostumbrado a la corbata? El nudo ya no le apretaba y se sentía cómodo, no como las primeras veces que la usó. Theo pasó los dedos por su cabello dorado, peinándolo hacia atrás, y lanzó una mirada juguetona a una de las secretarias, que enrojeció de inmediato. La nueva amante de su padre tal vez fantaseaba con montárselo con los dos.

—Theodore.

—Papá —respondió, y se puso en pie para seguirlo a su despacho.

Parecía cansado. Unas profundas ojeras se marcaban bajo los ojos claros. De hecho, toda aquella zona estaba más arrugada de lo normal, ¿desde cuándo había envejecido tanto? Toda su vida le había temido, y en aquel momento lo veía tan frágil como una hoja de papel. Theo se dirigió directo al mueble bar y sirvió *whisky* en dos vasos.

—¿Cómo va en el instituto?

Aquella pregunta lo sorprendió tanto que se atragantó. Dejó una de las bebidas frente a su padre y tomó asiento en la silla dispuesta delante de la gran mesa de trabajo.

—Bien —respondió, aunque con dudas; era la primera vez que su padre mostraba cualquier tipo de interés.

El hombre dio un trago y desvió la atención a los documentos sobre su mesa. Theo osciló la mirada por el lugar. El gran ventanal ofrecía unas preciosas vistas a la ciudad; el lugar estaba decorado con elegancia, lleno de cuadros y obras de arte que, de bien seguro, costaban un dineral. Pero nada familiar o que delatara que el hombre que ocupaba ese despacho era un padre de familia. A decir verdad, entre aquellas paredes no parecía haber ni rastro de la mano de un ser humano. Era ostentoso, pero tan frío que hacía que uno se estremeciera.

La puerta se abrió para dar entrada al abogado de la empresa. Un tipo orondo, sudoroso y sin escrúpulos ante nada; de los que venderían hasta su alma a cambio de dinero. Theo lo conocía bien, también cuál era su precio.

Justo cuando ambos hombres comenzaron a hablar, el móvil en su bolsillo lo distrajo. No importaba, sabía lo que Mike, el abogado, iba a decir; así que centró la atención en la pantalla y no pudo evitar que las comisuras de sus labios se alzaran.

Necesito verte. Es importante 🙏

Estaba al tanto de la situación en Hinkon. Taz lo puso al día, seguramente horas después de que pasara. Milo y Jax se habían peleado. No se trataba de una mera discusión, era algo serio, de hecho, Jax había desaparecido. Se había formado un gran revuelo entre los chicos de la pandilla de Tomi; pensaban que era un buen momento para atacar. No así Theo, pues jamás se aprovecharía de la debilidad de un adversario. No era fiel defensor del juego limpio, pero aunque Milo fuese un gilipollas, se había ganado su respeto.

¿Julieta quiere ver a su Romeo? 😉

Romeo quiere ver a su Julieta.

Theo escondió una risotada.

Ahora no puedo. Por la noche, que es más romántico.

Alargó la mano para recuperar el vaso y bebió todo el contenido de un trago. El sabor amargo se deslizó por la garganta, sin que arrastrara ese cúmulo de emociones extrañas que se aferraba ahí desde hacía semanas. Era hora de salir a escena de nuevo, con el mismo papel que llevaba interpretando dos largos años.

—¿Todo bien? —inquirió, mirando a los hombres.

Estos intercambiaron un par de rápidas palabras antes de centrar la atención en él. Mike se enderezó para lanzarle un vistazo, después palmeó el hombro de su padre antes de decir:

—Es un buen muchacho, y tiene buen ojo, va a ser todo un fichaje.

Si él fuera otra persona y su padre fuera un padre de verdad, Theo habría esperado ver el reflejo del orgullo en su mirada tras aquellas palabras. Pero la abundancia de decepciones acumuladas desde que era solo un niño hizo que ni siquiera se molestara en observar cuál sería la reacción ante tal halago.

—Solo hace lo que tiene que hacer —adujo.

—Por supuesto —se apresuró a darle la razón Theo.

—¡Tonterías! A tu edad los chicos solo piensan en salir, ir tras las chicas y meterse en peleas.

Había acertado dos de tres.

—Eso no es para mí. —Se levantó para rellenar el vaso.

Mike esbozó una nueva y muy poco sincera sonrisa. Salió del despacho, recordando a su padre que debían firmar los documentos antes del mediodía para poder entregarlos a registro.

—Ven aquí —pidió su padre.

Theo regresó a la mesa. Se mojó los labios con el líquido, pero no bebió. Se quedó con la atención fija en ese hombre. Realmente las últimas semanas lo habían machacado.

—¿Estás bien en los dormitorios?

Theo parpadeó, sin tener ni idea de qué demonios estaba hablando. Pero su mente, siempre rápida en situaciones complicadas, enseguida encontró una salida. Frente a su enemigo, supo que debía medir cada palabra.

—Sí, claro…

—Cloe mencionó que te firmó el permiso para trasladarte.

Ahí estaba la pieza que faltaba en el rompecabezas. Todo encajó.

—Fue idea de ella —respondió Theo con una sonrisa casual, notando la confusión en la cara del viejo—. Me lo propuso y yo acepté. Supongo que tenerme en casa no era lo mejor para

vuestra intimidad.

Su padre no esperaba esa respuesta, y Theo pudo ver la sorpresa en su expresión. No era parte de su plan inicial, pero si podía hacerle daño extra… Sembrar discordia y desconfianza podría considerarlo su última jugada en toda esa trama que llevaba tiempo ejecutando. Hacer que dudara de todo y de todos era el mejor camino para debilitar su control.

La ventaja de ser menospreciado durante tantos años era que su padre no sospechaba nada. Para él, su hijo solo era un trozo de arcilla a moldear. Por eso se enfureció tanto cuando Theo intentó tomar su propia forma. Pero, desde que fingía ser quien no era, estaba más relajado, y desde entonces no habían tenido una confrontación directa.

—Es mucho más cómodo, sobre todo con el trabajo que tengo con el consejo estudiantil —añadió.

Theo se mordisqueó el labio con nerviosismo, consciente de que en cualquier punto podía meter la pata y mandar todos sus planes a la mierda. Pero la expresión del hombre se relajó, echó el cuerpo para atrás y dio un trago a la bebida.

—Está bien, pero no olvides pasar por casa de vez en cuando.

—Por supuesto —«que no», añadió en sus pensamientos.

—Tienes que firmar algunos documentos.

No había sido sencillo. Durante dos años, Theo había allanado el terreno con cuidado. En algunos momentos flaqueó, pero por fin tenía frente a sí los resultados. Aunque Gin y su pandilla no podían detener un cargamento completo, sí habían logrado dificultar las cosas. La credibilidad de su padre pendía de un hilo y sus tratos y trapicheos estaban a punto de romperse. No sabía quién estaba filtrando información, ni quién detenía parte de los envíos, jamás imaginaría que se trataba de unos chicos con apenas veinte años de edad. Cualquiera pensaría que era alguna operación policial, esperando el momento en que se delatara, así que su padre quería anticiparse y, si algo ocurría, cubrirse las espaldas. Era una buena jugada, una que Theo había anticipado.

—¿Qué es esto? —preguntó, haciéndose el estúpido.

—Es solo una transmisión de poderes —respondió el hombre, intentando sonar casual—. Es un fideicomiso, Theodore. Estoy protegiendo nuestros activos por si alguien intenta algo contra nosotros.

—Entiendo.

—Estas últimas semanas las cosas se han complicado un poco, con esto podré actuar con más tranquilidad.

Theo tomó el bolígrafo, fingiendo dudar por un momento antes de firmar. Por dentro, sentía una mezcla de triunfo y nerviosismo. Sabía que era solo un paso más en su plan para quitarle todo a su padre y exponerlo de una vez por todas.

RIVER

Aquella tarde, Theo había salido del despacho con una sonrisa triunfal, como si llevara el mundo en la palma de su mano. River lo esperaba en la entrada, observándolo con una admiración que se mezcló con una punzada de celos cuando este le dijo que tenían que ir a ver a Noé.

Ese maldito crío de nuevo.

Aunque no tenía muy claro qué pasos seguir, la charla con el tutor del grupo de apoyo le había dado algunas ideas, pequeños actos que quería intentar poner en práctica. Así que lo que

menos le apetecía era ir a ver al niñato rubio que parecía tener embelesado a Theo. No le hacía ni pizca de gracia.

Pero como no podía ser de otro modo, obedeció. Lo de trabajar los límites lo dejó para más adelante.

El pequeño de los hermanos Hinkon les esperaba solo en el parque, sentado en un banco con las rodillas abrazadas contra el pecho. Noé parecía desolado, como una flor intentando sobrevivir en medio de la maleza. River entendía por qué le encantaba a todo el mundo; despertaba simpatía e instinto de protección. En ese momento, parecía un gatito abandonado. Hasta él, que se enorgullecía de ser más duro que una roca, sintió cierta compasión.

Había dejado de llover, pero el ambiente seguía húmedo y el suelo estaba empapado. El olor a cloaca los envolvía, aunque después de un rato uno terminaba por acostumbrarse.

Taz los había puesto al día de la discusión en la cúpula de la pandilla del barrio obrero. Aunque no tenía todos los datos, a River no le costó sumar dos más dos. Entre el segundo al mando y el pequeño hermanito se cocía algo que, tal vez, el mayor no aceptó. Y se lo confirmó la corta conversación que estaban manteniendo esos dos.

—¿Y qué piensas? —la voz de Noé parecía que fuera a romperse en cualquier momento.

—¿De que te gusten los tíos o de que tu hermano sea un homófobo de mierda? —soltó el rubio sin maldad, y también sin delicadeza.

River no quería escuchar, pero fue inevitable, sobre todo al ver cómo, de nuevo, la falta de tacto de Theo entraba en acción. Cuando Noé se lanzó en un intento de agarrar por el cuello a Theo, lo detuvo.

—Tranquilo. —Theo extendió la mano y la apoyó en el antebrazo de River—. No pasa nada.

Los claros ojos de su compañero se clavaron en él. Se relajó, así que decidió darles espacio, confiando en no tener que volver a intervenir.

Los problemas entre los dos miembros más importantes de Hinkon habría sido el momento perfecto para un ataque de cualquier enemigo. Sin embargo, Theo era diferente. Aunque exteriormente se mostrara frío y sin escrúpulos, se regía por un fuerte código ético. Tal vez un tanto particular, pero ético, al fin y al cabo. Después de hablar con Noé y darle ánimos —a su manera—, River esperaba que pudieran regresar a casa. Pero Theo tenía otros planes, que incluían una visita al puerto.

Mientras caminaban juntos por el muelle, no podía evitar pensar en lo mucho que quería estar a solas con Theo, lejos de cualquier distracción. Tenía que enfrentarse a sus miedos y era a lo que estaba dispuesto, si Theo aceptaba.

Ninguno de los dos había dicho una sola palabra y, de pronto, el rubio soltó una risotada. Llevaba semanas escuchando sus risas, desde las más falsas a las más sinceras, y esa carcajada, corta y entrecortada, le resultó de lo más natural y espontánea. River se giró para observarlo y se chocó con la penetrante mirada de su compañero. El corazón se le aceleró.

—Eres un buen tío —le soltó Theo, con una sonrisilla de lo más canalla—. Joder, ¡le has llevado un bocadillo! Tu complejo de madre abnegada te supera.

River enrojeció, y a pesar de que quiso tomarse a mal su puya, también algo en aquellas palabras lo halagó. No había podido evitarlo, ver al pequeño Noé tan roto lo enterneció, sobre todo porque empezaba a ser muy empático con el mal de amores. Así que sí, terminó por acercarse a la tienda del otro lado del parque para comprarle algo para comer. Un gesto ridículo del que le tocaba aceptar la burla.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el paquete de tabaco, pero antes siquiera

de coger un cigarrillo, lo volvió a guardar.

—Noé parecía tener hambre —se excusó.

—Ha sido un gesto muy tierno.

—Tú también lo eres —murmuró.

—¿Tierno?

«Sí».

—Eres una buena persona, Theo.

Lo era, quizá se tenía que rascar un poco en la superficie, pero realmente River veía bondad a raudales en él.

—Ah… —bufó el rubio—. Eres un maldito cotilla. Has espiado nuestra conversación —lo acusó con tono neutro; no parecía molesto.

River asintió con un cabeceo.

A pesar de que había pretendido darles algo de intimidad, no se había podido contener de escucharlos. Quizá más movido por los celos que por otra cosa.

Conocía la historia de Theo, al menos la parte que él le había contado. Era consciente del daño que le hizo su padre, pero también el chico que le gustaba. Theo era solo un niño abriendo su corazón y se encontró con que pisotearon todo el amor que daba. Aquel hecho lo dejó sin confianza en sí mismo, y también con un gran recelo hacia todo lo que lo rodeaba.

Quizás era cierto que Theo se movía siempre por egoísmo y que, al final, todo se centraba en alcanzar sus propios objetivos. Sin embargo, de manera consciente o no, en lugar de dejar caos y destrucción a su paso, se esforzaba por hacer del mundo un lugar mejor.

Y aquel pensamiento no se esfumó ni cuando Theo machacó al segundo muchacho de Umi.

Se habían presentado en el puerto, pero como no tenían manera de encontrar a Gin, Theo sugirió hacerlo salir de su madriguera. Así que se dedicó a apalizar a cada uno de los chicos de la pandilla con los que se cruzaban.

Era bueno peleando. Había salvajismo en su mirada. Theo tiró de la corbata hasta arrancarla y se la lanzó antes de seguir con la pelea. Se movía con gracia y agilidad, pero también de manera despiadada. El poco aprecio por sí mismo aplicado a cada uno de sus adversarios. River se sentó sobre unas cajas como espectador privilegiado de tan brutal escena. Aunque se moría de ganas de encender un cigarrillo, se contuvo.

El olor a sangre fue copando el ambiente, y pronto ya eran cuatro los chicos de Umi tirados en el suelo.

—¿No crees que ya es suficiente? —le gritó.

No quería que se le fuera de las manos.

—Depende. ¿Sigues pensando que soy un buen tío?

River soltó una risotada. Así que era por eso. Fue a añadir algo cuando otro grito rompió la tranquilidad de la noche:

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

Theo soltó al muchacho al que golpeaba, que cayó a plomo contra el suelo, con la consciencia evaporada. Estiró los labios en una gran sonrisa y se giró abriendo los brazos, invitando al recién llegado a fundirse en un abrazo.

—¡Gin! Por fin… No sabía a cuántos más tendría que derribar hasta que aparecieras.

River empezaba a tener un máster en anticipar aquellos momentos, porque el capitán de la pandilla de Umi llegó dispuesto a responder a la provocación, violencia con violencia. Así que se levantó y en un par de zancadas se colocó frente a Theo a modo de escudo.

Y así era como había terminado cayendo en la trampa.

Cuando Theo le insinuó que un día lo daría todo por él, no creyó que fuera posible. River sonrió al recordarlo. Al final, Theo siempre conseguía todo lo que se proponía, era admirable.

Gin le taladró con una expresión realmente fea.

—¿Desde cuándo necesitas guardaespaldas? —ladró el pescador.

—Eso es lo mejor: no lo necesito —se burló Theo. Era un bastardo; se estaba divirtiendo de lo lindo.

Gin relajó la postura después de hacer una rápida comprobación de cómo estaban sus secuaces. Encendió un cigarrillo, River esnifó tan delicioso olor.

—Ahora en serio, ¿qué quieres?

Theo enarcó una ceja de manera canalla.

—¿No te lo imaginas?

—Es imposible seguirle el ritmo a tu retorcida mente.

—Quiero ver a Jax.

Aquella petición sorprendió incluso a River, que en ningún momento se había planteado qué diablos tenía que hacer Theo en el puerto a esas horas de la noche. Solo lo había seguido. Gin soltó una risotada y pasó la mano por su cabeza rapada. Dio una larga calada y esta vez dobló el cuerpo en dirección a Theo, donde escupió el humo.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—No lo sé —reconoció, abanicando las manos para disipar el humo—, pero sé que está aquí.

Cómo había llegado a esa conclusión era un misterio, pero tenía razón. Gin, con una sonrisa irónica, negó con la cabeza varias veces mientras se reía. Al final, el cigarrillo se le cayó de los labios y se apagó en un charco. Tras contener su inapropiado ataque de risa, les hizo un gesto para que lo siguieran.

El barrio portuario era una extensión del de Hinkon, aunque las fachadas se veían más estropeadas por el desgaste del salitre. El capitán de los Umi vivía en la última planta de una vieja casa familiar.

—Qué *vintage*, tiene hasta aldaba —soltó Theo al llegar.

A simple vista el piso no era mucho más grande que el que compartían, aunque el techo abuhardillado y las vistas a la playa le conferían un encanto especial.

—¡*Wow*! Joder, tío, estás hecho una mierda —estalló Theo nada más entrar.

River se adelantó para poder mirar dentro. Jax estaba tumbado en el sofá, y tal como había advertido Theo, de una forma tan directa y cruel, tenía muy mal aspecto. Llevaba el brazo vendado y tenía distintos apósitos en la cabeza. Su rostro mostraba más tonos de púrpura que piel, y para completar el cuadro, vestía ropa prestada que a todas luces le quedaba pequeña.

—Pero qué… —balbuceó; el corte del labio debía de doler.

—En serio, tío, das puta pena.

—Theo… —murmuró River, para intentar que se cortara un poco.

—Desde cuándo vosotros… —comenzó Jax, mirando a Theo y Gin alternativamente.

Gin sacó una lata de refresco del frigorífico, pero no les ofreció. Se sentó en una de las sillas frente a la mesa y recogió los pies encima, dispuesto a disfrutar del espectáculo y sin intención de intervenir.

—Oh, no es lo que parece —soltó Theo, divertido. Luego buscó un sitio en el sofá y se sentó —. Solo pasaba por aquí y se me ocurrió venir a verte.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—¿Quieres la respuesta amable o la cruda realidad? No tienes a nadie —dijo, sin esperar respuesta.

La expresión de Jax se oscureció. Se escuchó una carcajada al otro lado del salón, donde Gin seguía con su refresco. River pensó en mediar por el pobre chico, pero por más que pidiera a Theo que intentara ser más empático, no lo conseguiría.

—Como decía, pasaba por aquí después de estar con Noé…

Los oscuros ojos de Jax reflejaron rabia, pero aunque quisiera, era incapaz de iniciar una pelea, así que River ni se molestó en moverse. Apoyado en el marco de la puerta observaba la situación. Theo estaba furioso con Jax. Sentía un fuerte apego por Noé y quería protegerlo de más sufrimiento, quizá porque veía en él un reflejo de su propia historia.

No dejó que el otro hablara, Theo era especialista en monopolizar una conversación, tal vez porque le importaba una mierda lo que el resto del mundo tuviera que decir.

—Espera, adivino qué quieres preguntarme: ¿si está bien? Bueno, podrías ir a comprobarlo por ti mismo.

—No puedo.

—No quieres —atacó Theo—. ¿Sabes el daño que has causado, Jax? Milo está furioso, Noé está destrozado, y tú... Tú solo te has escondido. Tus acciones tienen consecuencias, y es hora de que empieces a lidiar con ellas. Noé merece más que alguien que simplemente se rinde.

—No me he rendido, solo…

—Me importan una mierda tus excusas.

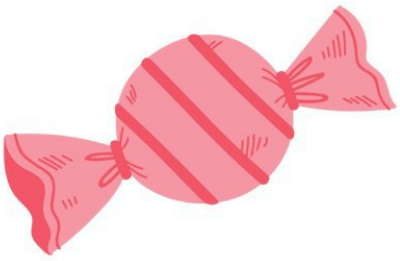
Theo se levantó del destartalado sofá, con la tensión aún palpable en el aire. Acababa de golpear tan fuerte a Jax que este fue incapaz de articular palabra. Antes de irse, se acercó a Gin y le susurró algo al oído. Después buscó el contacto visual, asegurándose de que el mensaje quedaba claro.

Al salir, era bien entrada la noche. El cielo se había despejado y allí, en el puerto, podían contemplarse un sinfín de estrellas. Era bonito. River levantó la cabeza y se quedó absorto en el vasto firmamento.

Al descender la mirada, Theo lo observaba con una dulce sonrisa que se le contagió. Cuando sonreía de aquel modo, todavía quedaba una ligera ternura infantil reflejada en su rostro.

—¿Vamos? —dijo, con voz alegre—. Tengo hambre, ¡yo también quiero un bocadillo!

River soltó una carcajada, lanzó una última mirada al cielo estrellado y se encaminaron juntos de regreso al apartamento.



CAPÍTULO CATORCE



THEO

Se sentía exhausto y solo pensaba en meterse en la cama —suelo—. Nada más traspasar la puerta se quitó los pantalones y la americana para acto seguido dejarse caer sobre las mantas. Cerró los ojos y lanzó un suspiro lastimero que se estrelló en la almohada. La emoción por lo de su padre, la tristeza de Noé, la pelea —paliza— a los chicos de Umi y la fuerte contención por no partirle la cara a Jax… No quería saber nada de nadie en las siguientes dos vidas.

—Theo…

—Apagado o fuera de cobertura.

Ni se molestó en levantar la cabeza, dejó que su voz se perdiera entre los pliegues de las telas que lo envolvían.

—Creo… Yo… Oye, escucha.

Siguió ignorándolo, solo quería dormir.

—¡Joder! —exclamó River, y le dio una patada a través de las colchas con la que ya formaba un capullo.

—¿Qué, qué, qué?

Al levantar la cabeza se fijó en que River estaba sentado en la cama con la atención clavada en su dirección.

—Creo que podrías dormir aquí, en la cama.

Los ojos de Theo se abrieron sobremanera.

—¿Y tú?

River se pasó la mano por la cara, como si arrastrara la incomodidad que, sin duda, sentía.

—También.

Theo se incorporó de golpe y se quedó sentado en el suelo, con el revoltijo de sábanas y mantas haciendo un nido.

—¿Quieres que durmamos juntos?

—Quiero intentarlo.

—¿Por qué?

—¿No quieres?

—Claro que quiero dormir en una cama. Solo que me gustaría saber qué tramas.

—Ponerme a prueba.

—Oh, así que solo me utilizas.

—No. Bueno, sí.

Theo dibujó una sonrisa nada sincera. No lo pensó ni dos segundos antes de lanzarse sobre el colchón. Sus huesos se lo agradecerían. Vestido todavía con la camisa, ya que le daba flojera cambiarse, se acurrucó contra la pared, cediendo un gran espacio a River.

El colchón se hundió con el peso del otro. Theo mantuvo los ojos cerrados, y pronto escuchó la respiración, algo pesada, de River a su lado.

—¿Estarás bien? —quiso saber.

—Creo. Suerte que mañana no hay clases, no voy a pegar ojo en toda la noche.

Y tenía razón.

Las horas pasaron en una vigilia incómoda. Ninguno logró dormir bien. Al despertar, Theo se sintió extraño; no notó la calidez de tener a alguien junto a él, sino la frialdad de la ausencia que lo recibió. Se incorporó para buscar al otro y lo encontró durmiendo en el mismo lugar que él había ocupado todas las noches anteriores, desde que se «trasladó» a ese piso.

—Lo siento —dijo River, mirándolo desde el suelo.

—Lo has intentado —lo tranquilizó Theo, con una sonrisa que intentó que pareciera sincera.

River estaba abatido por el fracaso y también algo compungido, aun así, se preocupó por él:

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

—Empiezo a ser inmune a tus rechazos.

No lo dijo con mala intención, pero pudo notar como aquel comentario hería a River. Incluso le pareció que lo siguiente que haría el chico sería disculparse, así que quiso evitarlo.

—Voy a ver a Milo, ¿cuáles son tus planes?

Saltó de la cama para acercarse a la zona de la cocina a preparar café.

—Espera, ¿Milo? ¿Por qué?

—Tsk... —Theo luchaba con el dichoso depósito de café—. La seguridad de los cargamentos ha aumentado. Dudo que Gin pueda llegar hasta allí, y por sí mismo es incapaz de… —River le quitó la cafetera de entre las manos y se la abrió—. ... Pedir ayuda.

—¿Y vas a hacerlo tú por él?

—Solo voy a insinuarle lo que pasa y dejaré que su honor de «chico de barrio» haga el resto.

—No me cansaré de repetirlo: eres un manipulador de mierda.

—Me halagas —dijo Theo con sinceridad.

Una taza y mucho silencio después, Theo salió del pequeño apartamento.

Tras las lluvias, el sol lucía en todo lo alto y hasta podría considerarse que hacía calor.

River no estaba convencido de meter a Milo en aquello, pero para Theo era la jugada perfecta. Hinkon tenía muchos conflictos por temas de drogas y trapicheos diversos en sus calles, solo les daba la oportunidad de atacar a la fuente.

Se sentó en la terraza de una cafetería en una zona fronteriza entre el barrio alto, donde él había tenido la desgracia de nacer, y el asqueroso barrio de Hinkon. No pasó mucho rato hasta que lo vio aparecer. A su metro noventa y cara de pocos amigos se le sumaban diferentes arañazos y moretones de su pelea con Jax, y un horrendo chándal gris que le quedaba fatal, sobre todo porque lo combinaba con unas botas militares negras. Milo podría ser considerado toda una belleza si no fuera por su afán de vestir como un pordiosero.

Al llegar a su altura, el capitán de Hinkon arrastró la silla de malas maneras y se dejó caer en ella, taladrándole con la mirada. Por un segundo, Theo se sintió intimidado. La frialdad de sus ojos y la dureza de su expresión eran aterradoras.

—¿Querías verme? —ladró.

—No. Quería hablar contigo, verte es una consecuencia desafortunada.

Milo se crispó.

—Que te jodan.

—¿Me invitas a un café? —pidió Theo, con una cándida inocencia.

—¿Qué? ¡No!

—Tsk… Siempre tan tacaños. Está bien, yo pago.

Milo hizo amago de levantarse e irse. Tenía poca paciencia, estaba claro.

—Vale, vale, vale… Qué poco sentido del humor.

—No tengo tiempo que perder contigo. ¿Qué quieres? —repitió, marcando mucho la pregunta.

—Primero de todo, quería decirte que has sido un auténtico cabrón con tu hermano —dijo, sin miedo a morir.

Los ojos azules que lo observaban centellearon de pura rabia. Incluso la vena en su frente, más visible por su cabeza afeitada, palpitaba intensamente. Era un tema sensible, pero Theo no quería perder la oportunidad de meter cucharada. Después de todo, no había dicho nada que no pensase.

Antes de que Milo pudiera arrancarle la cabeza, la chica de la cafetería salió para pedirles nota.

—Un *mocha latte* —pidió Theo, y miró a Milo. Tenía los dientes tan apretados que le resaltaba la mandíbula—. Tráele otro para él, necesita endulzar su vida.

—Lo que necesito es borrar esa sonrisa de gilipollas de tu cara —balbuceó, cuando la camarera ya se había ido—. Dime qué hago aquí.

—Llevo un par de meses pasándole información a Gin —soltó. Echó el cuerpo contra el respaldo, relajado—. Sobre los cargueros que llevan sorpresa, ya sabes a lo que me refiero.

Milo lo observó de manera analítica, como si sus ojos fuesen una máquina de la verdad. El resultado debió de ser positivo, porque su expresión si bien no se relajó, al menos ya no parecía dispuesto a saltar de la silla.

—Te escucho.

La chica llegó con los pedidos y los dejó sobre la mesa. Theo extendió la mano, invitando a Milo a probar esa maravilla. El chico dudó, pero al final se inclinó hacia adelante para cogerlo.

—Bueno, ¿verdad? —Milo asintió. Después fue Theo quien se puso serio—. La seguridad en el puerto ha aumentado —le explicó—. Después de que les hayan jodido parte de los últimos envíos están muy cabreados.

—¿Por qué me cuentas esto a mí?

—No lo sé. —Theo se dejó endulzar por la bebida—. Pero si decides hacer algo con esta información, ten cuidado. Esos tíos no están de broma. —Theo deslizó sobre la mesa un papel con los datos de embarcación y contenedor, así como día y hora—. Lo que te voy a decir ahora, Gin no lo sabe. Es la última vez que puedo ayudar con este tema. El negocio va a cambiar de manos y ya no tendré acceso a la información, pero algo se me ocurrirá para echar un cable.

—¿Por qué lo haces? ¿Qué sacas tú de todo esto?

—Nada. —Dio un largo trago a la bebida, apurando hasta que la pajita emitió un sonido al aspirar el fondo—. Tal vez no soy la escoria que crees que soy. En el fondo, yo también soy un buen tío.

—Permíteme dudarlo.

—Al menos yo no le pegaría a mi hermano por ser gay —soltó.

Justo cuando Milo extendió la mano para agarrarlo, Theo se movió con rapidez, esquivándolo y poniendo un par de metros de distancia entre ambos. La calle, bulliciosa a esa hora de la mañana, no les prestó atención. Theo esbozó una sonrisa socarrona, dejó un billete sobre la mesa y se marchó con paso decidido, dejando a Milo solo y cabreado.

RIVER

Seguir el ritmo de la perversa mente de Theo era agotador.

River no era capaz de entenderlo. En el pasado, su venganza se presentó de manera imprevista, vio la oportunidad y la aprovechó. Descargó la furia, el horror, la frustración y las toneladas de miedo acumuladas por años de abusos contra la persona que los había perpetrado. Si la policía no le hubiera detenido, lo habría matado.

Theo, sin embargo, cocía a fuego lento todos aquellos sentimientos oscuros que albergaba en su interior. Era capaz de mirar a ese hombre a la cara, sonreírle y engañarle, mientras que bajo las sombras urdía todo un complot para destrozarle.

Daba verdadero terror.

Nunca había conocido a nadie como él. River se movía, como muchos, en un mundo explosivo, ojo por ojo a base de guantazos. Theo estaba a otro nivel y, por qué no reconocerlo, lo tenía fascinado.

Enamorado.

River salió de la ducha y se sirvió otra taza de café. El piso era tan pequeño que en menos de cinco minutos lo tenía recogido, pero empezaba a ser insuficiente para dos, y su sueldo no daba para algo mejor. Era un tanto surrealista estar viviendo con el heredero de una gran fortuna y tener que hacer malabares para llegar a final de mes. Pero no quería desprenderse de esa pequeña parte de orgullo que le daba ser capaz de valerse por sí mismo. Aunque, a veces, una ayuda no le vendría mal. Sobre todo por el pozo sin fondo que resultaba ser el estómago de Theo. Alimentaba a base de dulces y chucherías toda su maldad.

Las horas solo eran aburridas, sin clases y sin trabajo no tenía nada que hacer. Se sentó en la cama pensativo, ¿no había ninguna otra actividad en su vida además de las peleas? La respuesta era no. No le gustaba leer, no tenía nada de arte para dibujar y el deporte le aburría. Lo único que aplacó sus horas en el correccional fue la música, pero desde que vivía acompañado ya no tenía que llenar el silencio con ella.

A media tarde las paredes del piso se le estaban por venir encima. Decidió salir. Compraría algo para preparar la cena y buscaría a Theo. Justo cuando se estaba poniendo las deportivas, el ruido tras la puerta lo sorprendió. Fue un golpe seco, como si alguien se hubiera caído sobre la madera. River se levantó de un bote para abrirla, pensando encontrar a Theo al otro lado.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, sorprendido.

—La cul-pa de todo es tuuya —lo acusó el otro que, sin ser invitado, se metió en su piso—. ¿Qui-én cojones ereeess? ¿De dónde has salido?

Borracho y cabreado, una muy mala combinación. River observó a Taz, tambaleándose como una peonza —y si se paraba a pensarlo, hasta su cuerpo parecía una—. Justo cuando estaba a punto de caer sobre la cama, River lo empujó; se desplomó contra la mesita que usaban para comer.

—¡Auch, mierda! —se quejó, con la cara aplastada contra la madera.

Era divertido. River observó sus esfuerzos por levantarse y, una vez conseguido, para lograr mantenerse en pie. Taz lo miró con odio contenido y lo señaló con el dedo. Si fuese un puñal, River pensó que no dudaría en clavárselo.

—Lle-vo… Dos pu-tosss… años… ¿Y tú? —Taz habló con las palabras pegadas por el alcohol—. ¿Quién e-eres? Él… ¡Yo!

—Tú deberías ser el segundo al mando —lo ayudó River, no quería esperar a que terminara.

—¡Eso!

—¿Estás celoso?

—¡Claro!

—Y quieres matarme.

—Ssssssí.

River soltó una risotada.

—Deberías estar menos borracho para intentarlo.

La mirada de Taz era afilada como una daga. Con un ardiente espíritu de lucha intentó golpearlo, pero no lo alcanzó.

—Te odio.

—Supéralo.

Justo en aquel momento la puerta se abrió. Los ojos de Theo mostraron la sorpresa al ver a Taz en el apartamento. Abrió la boca y la cerró, tal vez meditando qué decir.

—¿Qué? ¿Por… qué? —balbuceó Taz, mirando al recién llegado.

—Vivo aquí —respondió Theo con naturalidad.

Si hubiese sido posible, River juraría que escuchó las neuronas de Taz cortocircuitar. El chico pestañeó repetidas veces, quizá pensó que el alcohol le jugaba una mala pasada. Theo entró y se quitó los zapatos para después dirigirse a la encimera de la cocina y dejar la comida que llevaba. Taz lo siguió con la mirada, incrédulo.

El capitán de Tomi regresó al salón y se sentó al borde de la cama, dejando a los otros dos de pie y algo desconcertados. La mirada de Theo se endureció. Arrugó la nariz por el pestazo a alcohol. River lo entendió y abrió la ventana.

—He tenido un día agotador —anunció Theo—. Estoy cansado, así que… largo.

—Se... Señor…, yo… no…

—Nos veremos mañana, cuando se te pase la borrachera. Espero que vengas arrastrándote a pedir perdón.

—Pe-Ppero… ¿Por qué? —inquirió Taz, desesperado—. ¿Él? ¿Por qué n-n-no puedo ser yo?

El joven intentaba entender la naturaleza de esa extraña relación. River se sorprendió a sí mismo muy interesado en la respuesta, pues a él también le costaba asimilarlo. ¿Por qué alguien como Theo querría estar con él? El rubio sonrió de medio lado antes de decir:

—La verdad, es un misterio hasta para mí. A veces creo que solo me gusta complicarme la vida.

Aprovechando el momento de desconcierto, River empujó a Taz hasta la entrada, después, lo echó del apartamento; no sin antes advertirle de que nunca volviera a molestar y que, si intentaba algo con él, no tendría la menor piedad.

Cerró de un portazo.

Theo estaba recostado en el colchón, con los ojos cerrados y una sonrisa divertida en la cara.

—Nunca os entenderé —confesó River, mientras examinaba la bolsa de comida que Theo

había dejado sobre la encimera—. Para los chicos de Hinkon o Umi, sus motivos son claros. La violencia es parte de su vida diaria, la conocen desde que nacen. Se ven empujados a luchar para mantener sus territorios, para defender lo poco que tienen, ¿pero ellos…?

En aquella pregunta marcó una clara diferenciación entre Theo y el resto de su pandilla. Para River, las motivaciones de Theo también estaban claras. El rubio sonrió con un aire de superioridad y dejó escapar un suspiro.

—Aburrimiento, desidia y, a veces, simplemente por el placer de la confrontación —respondió, incorporándose.

River levantó una ceja, no muy convencido.

—¿En serio? ¿Todo se reduce a eso?

Theo se levantó de manera cansada, se acercó a él y le arrebató la bolsa para dejarla sobre la mesa.

—La verdad es que en los barrios ricos la vida puede ser bastante monótona —dijo mientras sacaba un par de hamburguesas—. Muchos de ellos no tienen problemas reales, así que buscan emociones fuertes para llenar el vacío. La violencia es también una forma de demostrar que pueden hacer más de lo que su acomodada vida les permite.

—Se revelan por tenerlo todo. Es absurdo. —River no pudo evitar la rabia que aquello le producía.

—Tal vez. —Theo dio un primer bocado y sus ojos se iluminaron de felicidad; le encantaba comer—. Puedes verlo como un medio para sentirse vivos en un mundo en que lo tienen todo sin esfuerzo.

River se sentó a la mesa y comenzó a masticar, meditando sobre cómo el vacío de una vida sin complicaciones podía llevar a alguien a buscar emociones en el caos, cuando para otros era simple supervivencia.

—Explorar los límites de nuestros propios miedos.

River levantó la mirada sorprendido con aquellas últimas palabras. Tragó con dificultad. Era justo lo que él estaba intentando, quería buscar cuál era su límite y traspasarlo, dejar atrás todos sus temores y ser capaz de lanzarse al vacío sin pensar.

—¿Qué hay entre tú y Taz?

—¿Aparte del hecho de que está enamorado de mí? Nada. No es mi tipo —bromeó Theo, que ya se había zampado más de media hamburguesa.

—Y cuál es… ¿Cuál es tu tipo? —se atrevió a preguntar River, con un tono apenas audible y sus mejillas sonrojándose de vergüenza.

Theo levantó una ceja, su expresión cambió de sorpresa a una sonrisa traviesa.

—¿Quieres que responda que tú? —inquirió, con un brillo juguetón en sus ojos.

River negó con la cabeza repetidas veces. No era lo que pretendía, aunque sí lo que le gustaría escuchar.

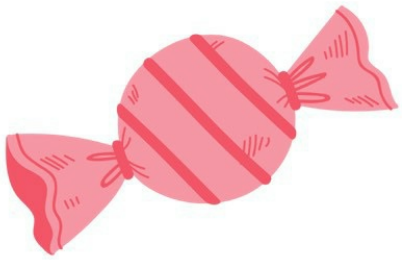
—Me gustan los tíos que no tienen miedo de faltarme al respeto en la cama —soltó, y su mirada se oscureció. Tomó un trago del refresco y no añadió más.

River sintió un nudo en el estómago. La crudeza de las palabras de Theo contrastaba con el anhelo que había en su propio corazón; jamás sería capaz de aquello. Miró por la ventana, donde el atardecer teñía el cielo de tonos cálidos.

—Aunque nunca he probado eso de que me quieran y me toquen dulcemente. A lo mejor también me gusta. —Theo dejó escapar una risa leve, casi como una revelación. Su mirada se suavizó cuando la posó en River.

El comentario lo dejó en silencio. Sin pensarlo, River alargó la mano hacia el otro, un gesto simple pero cargado de significado. Sus dedos rozaron los del chico, buscando un contacto que se sentía a la vez inusual y necesario. Theo sonrió, con una mezcla de ternura y coquetería iluminando su rostro. Tomó la mano de River con una firmeza suave, como si temiera romper algo precioso.

River sonrió, sintiendo por primera vez en mucho tiempo una chispa de esperanza.



CAPÍTULO QUINCE



THEO

No era el resultado que esperaba.

O tal vez sí. Mandar a cuatro niñatos a hacer un trabajo que ni la policía era capaz… Sí, en el fondo, aquel era un resultado que cabía esperar.

Los rumores de la batalla campal en el puerto corrieron por el instituto Tomi como la pólvora. A cada nueva versión, el narrador añadía un poco de cosecha propia y pronto ya nadie sabía qué era o no real.

Salvo Theo.

Ni los palitos de chocolate eran capaces de aplacar su mal humor. Sentado en el jardín lateral del edificio central del instituto, perdió la mirada en las nubes y la mente en repasar todo lo ocurrido pero, sobre todo, en lo que faltaba por pasar.

Se había liado una buena en el puerto.

Que hubieran detenido a Jax podía llegar a ser un problema si su padre lo relacionaba con él. Por suerte Jax no debería de estar demasiado al tanto de los detalles y, en el fondo, era un tío del cual te podías fiar. Llevaba la palabra lealtad escrita en la cara. Pero también era verdad que lo odiaba por el rollito que se traía con Noé. Una sonrisa lastimera se dibujó en su rostro.

—Theo.

Arrancó la mirada del cielo y la descendió en la tierra, a ese metro y medio que, seguro, tenía una fuerte resaca. Lo intuyó por su mala cara.

—Si vienes a disculparte, ya te dije que tendrías que hacerlo arrastrándote, y te veo de pie.

El chico dudó un poco y miró a su alrededor. Al final hincó una rodilla al suelo, inmediatamente la otra siguió. Agachó la cabeza y toda su actitud, que ya de por sí no era muy beligerante, se rindió.

—Lamento mucho lo ocurrido.

Verlo postrado a sus pies le gustó.

—Así es como deberían estar todos —murmuró.

—Menudo gilipollas estás hecho.

River apareció a su lado y acompañó aquella frase de una sonora colleja. Theo alzó la mirada cabreado, al tiempo que llevó la mano a la zona golpeada. Cualquier otro, estaría muerto. River miró de nuevo en dirección a Taz, que seguía arrodillado y con temor a alzar la mirada.

—Tsk, eres un aguafiestas —se quejó Theo—. Anda, levanta —ordenó a Taz—. Vuelve a presentarte en mi casa…

River tosió.

—En su casa, y será lo último que hagas.

—Sí, lo entiendo.

—¿Sabes algo más de Hinkon o de Umi?

La mirada de Taz resplandeció. No era bueno peleando, de hecho, no era bueno en casi nada, salvo en reunir información.

—Gin y Aiden han regresado a sus casas y, por lo que parece, vida normal, como si la cosa no fuera con ellos.

—¿Y Milo? —se interesó Theo.

Aquello sí fue un duro golpe que le costó encajar. Theo era un sinvergüenza y estaba de vuelta de todo, pero en el fondo, no quería que durante su juego alguien resultara herido, al menos no de gravedad.

—Sigue en el hospital —confirmó Taz—. A Jax lo han detenido, pero aún no están claros los cargos. Uno de los chicos de Hinkon permanece ahí con él, aunque no le han dejado verlo.

—Perfecto. Si consigues más información, me lo dices en el puto segundo, ¿estamos?

El chico asintió.

Theo observó cómo se perdía a gran velocidad por la esquina del edificio.

Estaba agotado. Se desperezó, estirando los brazos y arqueando la espalda. No podía dormir bien, casi prefería volver al suelo antes que seguir en el colchón junto a River, sin poder siquiera rozarlo, sin saber si al despertar él seguiría ahí o estaría descompuesto en un rincón. Era un maldito sinsentido que lo estaba destrozando.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó River, que se sentó a su lado.

—¿Por qué últimamente comes tanto chicle? —inquirió Theo, extrañado.

—Estoy dejando de fumar —confesó.

Theo se giró, sorprendido, analizó la situación y soltó una tremenda carcajada. El otro lo fulminó con la mirada, pero ninguno de los dos se atrevió a decir más. Había quedado suficientemente claro. River escupió el chicle y después le robó uno de los palitos chocolateados.

—Voy a intentar echarle una mano a Jax —retomó Theo, mordisqueando el suyo—. Con Milo no puedo hacer nada, no soy Dios.

—Aunque a veces te lo crees.

—¿Me estás echando la culpa?

Su tono se volvió cortante. River negó con la cabeza, soltando un suspiro.

—No. La verdad es que no.

—Solo les presenté una oportunidad, no he obligado a nadie a hacer nada —se autoconvenció.

—Pero te sientes mal. —Las palabras de River llegaron cargadas de convicción.

—¿En serio lo crees?

—Lo sé.

Theo negó con la cabeza y se levantó. Tendió la caja de *snacks* en su dirección ofreciéndole lo que quedaba.

—Me voy.

—¿A dónde?

—¡Ja! A ti te lo voy a decir… Yo también tengo lugares secretos.

¿Se sentía mal? Claro que lo hacía, y no solo porque sus planes corrieran el riesgo de ser truncados. Le había cogido mucho cariño a Noé y sabía que aquella situación sería difícil para él, con su hermano en el hospital y su novio detenido.

En aquellos años maquinando en las sombras había hecho grandes aliados, o mejor sería decir, socios comerciales con los que compartía un objetivo en común. Uno de ellos, y el más valioso de todos, era Mike.

El abogado llevaba dos décadas al lado de su padre, pero su lealtad era tan endeble como una nube de algodón. No le costó demasiado tentarlo, porque lo que le ofrecía no era una porción, sino todo el pastel. Alguien sin escrúpulos como él, amante del dinero por encima de cualquier cosa, no pudo resistirse.

Las pisadas de Theo sobre la gravilla resonaban apresuradas. A ambos lados del camino, frondosos árboles bloqueaban la luz del sol con su espesor. No tardó en divisar el viejo invernadero, una estructura de hierro y cristal que se erguía como un gigante dormido entre el verdor. Las ventanas, empañadas y cubiertas de musgo, dejaban pasar la luz de manera difusa, creando un juego de sombras y luces que confería al lugar un aspecto mágico y algo olvidado.

—Necesito que hagas algo por mí —soltó, nada más entrar.

Solían reunirse en el jardín botánico, al otro lado de la ciudad; lejos de miradas indiscretas y sin el riesgo de ser descubiertos. Era el sitio donde Mike lo llevó la primera vez, antes incluso de tener negocios conjuntos, cuando el único interés del abogado era acostarse con él.

—Creía que ya estaba todo zanjado.

—Lo está, solo es una cláusula añadida.

—O un favor personal.

—No existe nada como eso entre tú y yo, solo son negocios.

Theo se sentó en uno de los bancos de piedra que rodeaban el estanque con nenúfares y peces *koi*. Le gustaba el lugar, aunque le traía malos recuerdos.

—Theo, empiezas a actuar de manera demasiado emocional —lo acusó el hombre—. Era mejor cuando no dejabas involucrar tus sentimientos.

—Vas a hacerte rico con esto —soltó Theo, mirándolo con desdén—. Yo hago el trabajo sucio y tú te quedas con todo —lo acusó—. Desde el principio ha sido obvio que eres el gran beneficiario de todo esto. Creo que el premio bien merece un poco más de esfuerzo.

El abogado sonrió de medio lado, sin inmutarse.

—Siempre me lo he preguntado: ¿en serio te conformas con tan poco? ¿Solo con verlo caer?

Theo asintió, su mirada era helada.

—No quiero nada de él. Ni su dinero ni su negocio. Solo quiero verlo destruido. Todo será tuyo. Yo no voy a interferir nunca más. Esto termina aquí. Después desapareceré.

—Está bien, Theo, ¿qué necesitas que haga? —preguntó, y de manera distraída el hombre dejó la mano sobre su muslo.

Theo descendió la mirada. Aquel contacto contra su voluntad, que un tiempo atrás no le habría molestado, lo hizo asquearse de sí mismo. Se levantó del banco y caminó un par de pasos, recobrando el aplomo que no debía perder.

—El chico que detuvieron ayer en el puerto, quiero que lo representes. Haz que salga de esto y, a poder ser, en el menor tiempo posible. ¿Todavía recuerdas que eres abogado?

Mike soltó una risotada y asintió.

—Sabes que esto lo retrasará todo, ¿verdad?

—Tú haz lo que te pido.

El abogado asintió. Se levantó del banco y se sacudió el polvo de los pantalones, dispuesto a marcharse.

—Una cosa más. —Theo lo detuvo—. No pueden saber que vas de mi parte, inventa cualquier pretexto para prestarles ayuda.

—¿Y el dinero?

—Acepta lo poco que te ofrezcan y haz que sientan que es un gran pago.

No movería ficha hasta que todo estuviera resuelto. Una vez que Jax saliera de la cárcel, sería el momento de dar el golpe final. Durante todo este tiempo, había reunido pruebas suficientes para poner a su padre contra las cuerdas, y el golpe de gracia llegaría con la filtración de documentos que lo incriminarían de manera directa y personal. Cuando intentara echar mano de sus activos, no podría; él mismo había transferido todo a nombre de Theo a través de un fideicomiso.

Mike se quedaría con el negocio, y él tomaría el resto.

Theo se levantó y salió del invernadero, sintiendo que la espera, aunque larga, valdría la pena. Después de dos años, ¿qué eran unos días más?

RIVER

Su vida era muy diferente a como un día pensó que sería, y aquello era gracias a que Theo había entrado en ella.

Los lazos emocionales eran algo que tenía adormecido, desde la primera vez que la mano de su padrastro se metió dentro de sus pantalones. Anestesió sus sentimientos para evitar el dolor. Aunque no fue fácil desprenderse de ellos, le resultaba aún más difícil recuperarlos. Sentir y pensar con claridad. Tal vez era porque intentar unir dos corazones tan destrozados era, simplemente, una locura. Ambos tenían las manos llenas de sueños rotos que intentaban hacer encajar.

Pero no lo lograría si no dejaba atrás sus miedos, si no superaba su aversión a la proximidad con Theo.

Llevaba dos noches sin dormir, viendo pasar las horas, acostado al lado del otro, luchando contra el instinto de escapar. Con el cuerpo empapado en sudor y las tripas revueltas. Mientras, a su lado, Theo intentaba no hacer el más mínimo movimiento, trazando una frontera sin permitirse traspasarla, a pesar de que era un tío poco acostumbrado a ponerse límites, mucho menos a respetarlos. Aquella contención solo le demostraba cuánto le importaba, y él sentía la necesidad de corresponder haciendo su propio sacrificio.

River estaba sentado en el borde de la cama, esperando a que volviera.

Se había largado horas atrás, sin decirle a dónde iba, aunque estaba claro que estaba relacionado con lo que había pasado en el puerto. Cuando escuchó ruido tras la puerta se levantó, pero se sintió tan estúpido que volvió a sentarse. Parecía un perro emocionado por el regreso de su dueño.

—¡Joder! —gruñó Theo nada más entrar—. En serio, tenemos que mudarnos, uno de los peldaños se ha roto nada más pisarlo, ¡casi me mato!

Soltó la bolsa y tiró de la corbata para aflojarla. River miró ese ritual. Lo primero que hacía al regresar era acercarse a la nevera y tomar algún refresco mientras maldecía; no importaba qué, la cuestión era quejarse.

—Voy a darme una ducha —anunció, después de un largo trago de té helado.

Dejó la botella sobre la encimera y sus dedos se apresuraron a desabrochar cada botón de la camisa. Como si se diera cuenta de algo, encaminó sus pasos al baño, para seguir con ese proceso en el interior.

River se levantó para detenerlo. Todavía no tenía claro cómo hacerlo, pero necesitaba enfrentar sus miedos. Quería mirarlo, ver su cuerpo.

—Desnúdate aquí —pidió, con voz temblorosa.

Theo se giró extrañado.

—¿Quieres verme desnudo?

River asintió con la cabeza, consciente de que si decía algo se pondría en evidencia. El rubio soltó una risotada divertida. Quizá para él quitarse la ropa frente a alguien era normal, River no quería pensar en ello, pero le era imposible no hacerlo, no teniendo en cuenta las circunstancias de cómo se conocieron.

La camisa cayó al suelo.

Theo tenía un cuerpo bonito, delgado pero con músculos marcados, y su piel blanca estaba cubierta por una pelusilla invisible. River lo observó detenidamente, centrándose en cada detalle; hasta que al llegar a su rostro se encontró con esa expresión tan típica en Theo, sonrisa ladeada y una mirada cargada de intenciones.

Insultantemente guapo y prepotente.

—Ahora tú —pidió el chico.

—¿Qué?

—También quiero verte.

No era como lo tenía pensado, de hecho, no había pensado en nada; solo se dejaba llevar. River dudó un poco, pero al final accedió. Se quitó la sudadera y, después, la camiseta; dudó un poco hasta tirar ambas prendas sobre la cama. No sabía qué hacer, y sus manos, por inercia, se movieron para cubrir su pecho. Sintió la mirada de Theo repasándolo de arriba abajo, y enrojeció.

Theo alargó la mano y, sin llegar a tocarlo, algo que agradeció, señaló las cicatrices de cortes en sus antebrazos.

—A los dieciséis, no podía soportarlo más y me rendí.

Theo no hizo ningún comentario.

En ese minúsculo salón, ambos jóvenes se quedaron el uno frente al otro. Nada se movió, hasta que las manos de Theo descendieron al broche del pantalón y, con gran agilidad, hizo que descendiera por sus largas piernas.

Un sudor gélido empapó a River ante tal visión. Theo estaba de pie, sosteniéndole la mirada, tan solo cubierto con la ropa interior que era totalmente insuficiente para esconder su erección. Se fijó entonces en que su piel había tomado un ligero color rosado y sus ojos brillaban con excitación. Sintió como el corazón se le aceleraba y que le costaba hasta respirar. No era por el cuerpo desnudo en sí, era por la situación, por lo que sentía por ese chico, por las ganas locas que tenía de alargar la mano y tocarlo, y por el miedo que lo atenazaba solo de imaginarlo.

Quiso corresponder, estaba dispuesto a ello, sin embargo, cuando sus dedos se dirigieron al botón del vaquero, se dio cuenta del fuerte temblor de sus manos.

River sintió cómo el pánico se apoderaba de él de manera implacable, como una tormenta que no podía controlar. La habitación comenzó a empequeñecerse a su alrededor, atrapándolo sin escapatoria. Su respiración era entrecortada, y su corazón latía desbocado contra su pecho. La

vista se le nubló. Los bordes de Theo parecían desdibujarse en una niebla inquietante. El sudor frío le resbalaba por la frente. En su mente, una maraña de pensamientos aterradores amplificaron cada pequeño temor hasta que todos se convirtieron en una ola inmensa de desesperación. «No puedo, no puedo, no puedo».

—Tranquilo. —La voz de Theo rompió a duras penas la espiral en la que se vio inmerso. El sonido llegó a él como a través de un túnel lejano.

Notó un ligero tirón y cómo lo dirigió a la cama; de pronto algo cubría su cuerpo. Theo se arrodilló frente a él, ni demasiado cerca, pero tampoco lejos. Sus ojos grises lo miraban con tristeza.

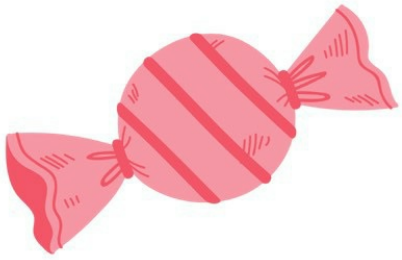
—No sé por qué pierdes el tiempo conmigo —lamentó River, sintiendo un profundo desprecio por sí mismo.

—No lo sé, quizá es que me sobra —bromeó el otro—. ¿Estás mejor? ¿Necesitas agua? —River negó con la cabeza.

Theo se incorporó y se alejó un par de pasos. River reaccionó a aquel acto levantándose de pronto, lleno de un nuevo terror.

—¿Dónde vas? —inquirió, asustado.

—Solo voy a la ducha —dijo Theo, con paciencia—. Necesito hacerme una paja.



CAPÍTULO DIECISÉIS



THEO

Admiraba a River por intentarlo, pero el dolor de pelotas que tenía no era ni medio normal. Por eso no tenía una buena mañana, de hecho, arrastraba un mal humor espantoso que empeoró cuando sus ojos se posaron sobre la figura que ocupaba su escritorio. Por un segundo, no supo si reír o llorar.

Después de esa noche de vigilia, levantarse le resultaba complicado. Pero el mundo a su alrededor seguía girando, aunque no quisiera. Al llegar al instituto ya había notado cierto revuelo, algo no iba bien, pero no fue hasta llegar a su clase que lo vio. Ahí estaba, con sus sucias y raídas zapatillas deportivas sobre su mesa. En el fondo, sabía que en algún momento pediría su más que merecida explicación. Lo que no imaginó fue que Noé estuviera tan rematadamente loco de presentarse en su instituto.

Sin duda, en la historia de Noé, él era el villano.

Theo dio un par de pasos decididos en su dirección, una decena de pares de ojos los observaban. Pirañas sedientas de sangre. Le dio un manotazo para hacerle descender los pies y, con una sola orden, todos los estudiantes de Tomi desaparecieron.

Theo y Noé quedaron solos en el aula.

En los azules ojos del pequeño de los Hinkon se aferraba una profunda tristeza. Parecía agotado, física y mentalmente. Quizá Noé no podía notarlo, pero sus párpados estaban hinchados y rojos por el llanto, y su piel mucho más pálida de lo habitual.

Theo no sabía hasta qué punto de detalles conocía su quizá ya no tan amigo, pero aunque Noé conociera toda la verdad, nunca le perdonaría. Era lógico pensar que lo culpaba de todo, de que su hermano estuviera en el hospital y Jax, detenido.

Theo aguantó su dura mirada y no se movió ni cuando Noé le arrojó a la cara un puñado de billetes. Maldito Mike, había gastado todas sus dotes interpretativas fingiendo alrededor de su padre y no había sabido engañar a un puñado de niñatos. Theo desvió un instante la mirada hacia el dinero que revoloteaba a sus pies y se le partió el corazón al saber que Noé había necesitado vender su moto para pagarlo.

Así terminaba lo que, durante unos meses, Theo consideró una bonita amistad.

Intercambiaron un par de duras palabras, la voz de Noé, a pesar de querer aparentar ruda, se rompía con cada una de ellas. La puerta se abrió, ninguna persona cuerda se atrevería a entrar en

esa aula, salvo River. Theo lo observó por el rabillo del ojo y sintió algo parecido al alivio de tenerlo al lado. Mantener a River cerca empezaba a ser una peligrosa necesidad.

Una vez dicho todo, Noé dio media vuelta para marcharse. Estaba a punto de abandonar el aula, así que Theo no tuvo mucho tiempo para pensar, cuando rompió en una estruendosa carcajada.

—¿Y ya está? —le gritó—. ¿No vas a decir nada más? ¿Eres tan cobarde que no me lo echarás en cara? —imprimió a cada palabra la arrogancia que todo el mundo decía que lo caracterizaba—. No sabes lo fácil que ha sido jugar con todos vosotros —añadió con extrema crueldad, pero necesitaba que Noé reaccionara.

No se hizo esperar. Theo sabía que Noé era rápido y muy bueno peleando, pero jamás imaginó cuánto. Sin que ni siquiera River pudiera hacer nada para evitarlo, Noé estalló de pronto. Sintió la brutalidad de la patada, impactando en su pecho con una fuerza despiadada que lo envió volando a través del aula. El choque contra la montaña de mesas y sillas resonó con un estrépito metálico.

Dolió.

Theo quedó tumbado en medio del caos, con el sabor a sangre inundando su boca. Sus ojos grises se alzaron lentamente hacia Noé, el impulso violento parecía haberlo calmado.

—Felicidades. —Theo sintió un gran dolor al hablar, aun así, no abandonó su sarcasmo mordaz—. ¿Sabes?, debo admitir que me encanta cuando me tiran al suelo. Aunque no te hagas ilusiones, Noé; en nuestra próxima cita puede que no me encuentres de tan buen humor.

—Eres un bastardo —escupió el chico, con tanta rabia que sus palabras dolieron casi tanto como su patada.

Después, simplemente, se marchó.

A la salida del chico del aula lo siguió un sonoro portazo.

—¿Por qué has dejado que te golpeara? —preguntó River, tendiéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿No lo has visto? Parecía una maldita olla a presión a punto de estallar —explicó Theo mientras recolocaba una de las sillas, pero se cansó; ordenaría a los chicos que recogieran todo —. Es mejor que estalle contra algo que contra sí mismo —añadió.

Aceptó el pañuelo que River tendía en su dirección y se limpió la sangre que goteaba de la comisura de sus labios. Tomó una profunda respiración, evaluando el nivel de dolor. Esperaba no tener nada roto; no se lo podía permitir, no estando tan cerca del final.

—¿Te duele? —le preguntó River, y puso su mano contra el pecho.

Aquel contacto ardió. La distancia entre ambos parecía acortarse, tal vez lo hacía a una velocidad ridícula, pero Theo había aprendido a esperar.

—Pega fuerte —respondió, con media sonrisa.

Un destello de rabia enturbió la oscura mirada de su compañero. Theo alzó la mano con la intención de acariciar la mejilla de River, pero se detuvo en el último instante, sin llegar a tocarlo. Reprimió ese impulso que cada vez crecía más fuerte en su interior: el deseo de abrazarlo, de hacerle saber que estaba ahí para él, y que necesitaba que River también estuviera presente.

—¿Por qué haces todo esto por Noé? Está claro que nunca te lo agradecerá.

—No lo sé —dijo, con un hilo de voz—. Puede que me haya encariñado con él; porque un día lo envidié por no sentir nada, pero ahora me da mucha pena —reconoció—. Nunca podrá sentir el tacto de una mano sobre la suya —explicó y llevó la mano junto a la de River y, esta

vez, no se contuvo y la agarró—, o el aliento de alguien susurrándole un te quiero al oído —siguió, acercándose a River, musitando la última palabra contra la piel de su cuello, más cerca de lo que nunca se había permitido estar—, o el cálido toque de unos labios presionando los suyos.

Habló tan pegado que sus alientos se mezclaron. Theo esperó ansioso la reacción del otro antes de reducir la distancia y besarlo. Por primera vez, River no se alejó.

Solo fue un roce, tan ligero y cálido como un débil rayo de sol, pero que consiguió fundir la escarcha de la fría y oscura mirada de River.

—Te he besado —dijo, a escasos milímetros de su boca—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. —Su rostro estaba sorprendente sereno, aunque estuviera mintiendo.

Theo dejó caer la frente contra el pecho del otro, donde retumbaba de manera acelerada su corazón. Con las manos todavía enlazadas se quedó ahí, ahogando un sollozo que se negaba a dejar salir.

—Theo… —la voz de River se alzó por encima de su coronilla—. Gracias.

Theo no pudo evitar sonreír, sintiendo una leve picazón interna que quiso interpretar como felicidad.

RIVER

¿Podía considerarse aquello un beso?

Sus labios se juntaron lo que no llegó ni a un segundo. Fue un toque ligero como una pluma, incómodo como un incendio forestal.

Su primer instinto fue retroceder, pero en lugar de hacerlo, cerró los ojos y se dejó llevar, tratando de controlar el temblor de sus manos para no herir a Theo. Su mente estaba en caos, luchando contra los oscuros recuerdos que siempre surgían en estos momentos íntimos, aunque también experimentó una calidez nueva, algo que no había sentido en mucho tiempo y que con Theo comenzaba a ser de lo más habitual.

Sin embargo, antes siquiera de poder asimilarlo, el mundo a su alrededor se reactivó y el momento para ellos llegó a su fin.

El resto de la mañana transcurrió como una sucesión de fotogramas a la que River no prestó atención. Anclado en aquella aula, en los labios de Theo, en la sensación de que había conseguido dar un paso importante. Que, aunque fuese lento, lograba avanzar, y todo era gracias a que ya no estaba solo y tenía a alguien por quien luchar.

—Oye, en serio, ¿estás bien?

Las clases habían terminado y caminaban de regreso al apartamento. También le había dado muchas vueltas a las palabras de Theo, y entendía por qué hacía lo que hacía por Noé. No era lástima, aunque él lo pensara. En el fondo, Theo veía en Noé un reflejo de sí mismo. Porque había sufrido tanto que se endureció al punto de insensibilizarse, dejando de sentir cualquier emoción. Sin embargo, había encontrado una salida, un camino hacia la recuperación. Empezando a desenterrar sus sentimientos, a dejar que las emociones fluyeran de nuevo, aunque fuera solo un poco. Quizá no era lo mismo, pero River pensó en aquella extraña conexión entre ambos. Mientras Theo no se permitió sentir de manera emocional, aunque sí carnal; Noé era todo lo contrario. Sentía un profundo amor y lo desplegaba a su alrededor como un aura dorada, pero no era capaz de experimentarlo de manera física.

—¿Qué piensas? —insistió el rubio, zampándose un paquete de galletas—. ¿En el beso?

—Sí… ¡No! Bueno, en parte.

Theo soltó una risotada a la que River se unió. Era torpe emocionalmente, no podía negarlo, aunque el chico a su lado no era mucho mejor

—Estaba pensando en lo que has dicho de Noé. —River cogió una de las galletas—. Tal vez vaya al puerto, no tiene a nadie más a quien recurrir.

—¡Que se pare el mundo! —exclamó, burlón—. River, en el fondo, tú también eres un blandito.

No lo negó. Estaba más que claro. Ninguno de los dos era tan malo y duro como querían aparentar.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Visitar a Gin? —Theo sonrió con maldad.

Le encantaba buscar pelea, y River se dejaba contagiar por eso a pesar de que en aquel momento no le apetecía lo más mínimo. De hecho, se moría de ganas de llegar a casa y tantear hasta donde era capaz de llegar. Una vez asomado a la ventana, quería ver hasta dónde alcanzaban las vistas.

Habría tiempo. No importaba alargarlo un poco más.

Cuando el sol lucía en lo alto y el cielo estaba despejado, el puerto no parecía tan mal lugar, podría considerarse hasta un bonito sitio al que ir a pasear. River nunca había vivido tan cerca del océano, y desde que se había mudado allí tampoco había tenido demasiado tiempo para disfrutarlo. Así que perdió la mirada en el azul del agua de ese mar en calma. A su lado, Theo llevaba un buen rato quejándose del calor, de lo incómodo que estaba y del terrible olor y de que no habría manera de quitarlo de la ropa, uniforme que, a decir verdad, destacaba demasiado en aquel sitio.

Así que fue bastante sencillo que su presencia en el territorio de Umi llegara a oídos de quien tenía que llegar. Poco rato después, mientras compartían las últimas galletas disfrutando de las vistas, el sonido de las pisadas tras ellos los interrumpió.

Tras lo ocurrido los ánimos estaban muy caldeados, la desconfianza se palpaba en gestos y miradas y, seguramente, fue el motivo por el que Gin se presentó acompañado de unos cuantos de su pandilla.

De iniciarse una pelea estaban en clara desventaja, algo que, sin duda, Theo valoraba de manera positiva. En el fondo, como había bromeado con Noé unas horas atrás, le encantaba que le tumbaran. Vivía por y para la adrenalina acumulada en una buena pelea, y River se había dado cuenta de que era igual.

Durante mucho tiempo encadenó aquellos impulsos, pero ya no quería luchar más contra sus demonios, porque eran mucho más fuertes estando del mismo lado.

—No me cansaré nunca de repetirlo… ¿Qué cojones haces aquí, Theo?

Gin parecía cansado. Tal vez todos se sentían culpables por lo ocurrido. Aunque no se permitieran demostrar flaqueza ante nadie, no podían esconderlo de sí mismos. Hasta Aiden, parado justo a su lado, tenía mala cara.

—Joder… En serio, ¿todas las veces lo mismo? En mi mundo se saluda con un «hola».

—Suelta lo que has venido a decir y vete, no estoy de humor ni tengo tiempo que perder contigo.

Theo hizo un gesto a Gin para que se acercara, algo que el líder de Umi no pensaba hacer, así que fue el propio Theo quien recortó la distancia que los separaba y, con cautela y sin realizar ningún movimiento exagerado, se acercó para susurrarle al oído:

—He visto a Noé, y tengo algo que pedirte.

Mencionar a ese chico era como tener un pase diplomático en cualquier lugar. River empezaba a verlo como un salvoconducto, ya que todos se desvivían por el hermano pequeño de Milo.

Gin hizo una señal y sus chicos se retiraron, no así Aiden, que permaneció a su lado. Tal vez aquel fuese el más duro y frío de todos, pues en las pocas veces que lo había visto, no parecía albergar simpatía por nadie, ni por Noé.

—Tú dirás.

—Lo he cabreado.

Gin mantuvo un instante de silencio antes de soltar una carcajada.

—Vaya sorpresa. ¿Y cuándo no lo haces? —Theo se encogió de hombros—. ¿Para qué me necesitas?

—Porque me debes más de una, y hoy he venido a cobrar. —La expresión de Gin cambió; de pronto, se puso muy serio—. Si Noé viene a pedirte ayuda, sea lo que sea, vas a dárselo.

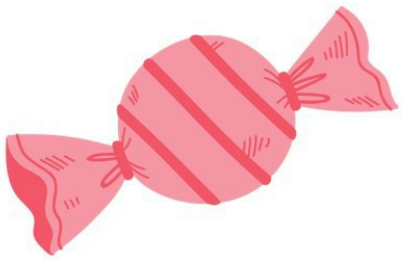
River sentía una profunda admiración por Theo, especialmente cuando asumía ese aire de autoridad absoluta, como si cada palabra suya fuera un dogma que todos debían seguir. El poder le quedaba de maravilla, o quizás era simplemente que había perdido la poca cordura que le quedaba, y a aquellas alturas era incapaz de encontrarle un solo defecto, haciéndolo perfecto a sus ojos.

—¿Por qué piensas que vendrá?

—Porque no tiene a nadie más.

—No entiendo por qué te tomas tantas molestias con él, pero me parece un precio muy bajo a pagar. Además, a mí Noé también me cae bien.

Theo esbozó una sonrisa y se giró en su dirección. River lo entendió: ya habían terminado con lo que habían ido a hacer, era hora de regresar a casa. Y sintió un aleteo extraño en la boca del estómago, quizá anticipación de lo que podía pasar al llegar.



CAPÍTULO DIECISIETE



THEO

Siempre pensó que la venganza sería su mayor satisfacción, nunca dudó que así fuera. En su cabeza lo imaginó una y otra vez, reproduciendo cómo sería aquel glorioso momento, solo de pensarlo, le invadía un gran deleite. Pero en el momento de la verdad, no fue así o, tal vez, no como esperaba.

Su padre lo había llamado un par de horas atrás. Theo no se dio prisa en aparecer y, cuando lo hizo, aquello ya era un caos. La oficina estaba patas arriba, y su padre al borde de un ataque de nervios. Los empleados corrían de un lado a otro, intentando abarcar cada orden que les gritaban sus superiores. Destruir documentación, ficheros… Era todo cuanto había imaginado, pero nada.

Theo se golpeó el pecho, intentando forzar a sus emociones a aflorar. No ocurrió. Se sentía completamente hueco por dentro.

Caminó por los largos pasillos, mirando de un lado a otro. Bueno, quizá no estaba en éxtasis, pero no podía negar que era bastante divertido. Se sentó en la mesa que había ocupado las últimas semanas.

Al principio, pensó que no sería capaz de soportarlo. Además, el trabajo era increíblemente monótono y algunas tardes no hacía más que ahogarse en una rutina interminable de papeleo. Sin embargo, a medida que pasaron las semanas, comenzaron a confiarle tareas más importantes y, poco a poco, fue ganándose la confianza de todos, incluso la de su padre. El muy idiota acabó viéndolo como una pieza clave en el entramado empresarial, confiándole tareas que, antes de todo esto, ni siquiera habría considerado darle.

Quizá como padre no valiera una mierda, pero como empresario sí había sabido ver su valor.

—¡Por fin estás aquí! —Su padre entró y cerró la puerta tras él—. ¿Dónde te habías metido?

Los gestos de sus manos delataron su nerviosismo. Retiró la silla y valoró sentarse. Al final, permaneció de pie aguardando una respuesta que, por otro lado, era absurdo darle.

—Sigo siendo un estudiante de último año, ¿recuerdas? Estaba en el instituto.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Al final su padre tomó asiento. Encendió un cigarrillo, dio un par de rápidas caladas y lo apagó de nuevo.

—Alguien ha filtrado documentos a la policía. —Su padre se aflojó el nudo de la corbata; estaba sudado—. Tengo a alguien dentro, me han advertido de una redada.

—Pues estás jodido.

Theo se echó atrás en la silla, disfrutando del momento, solo echaba en falta un gran bol de palomitas. El hombre no pareció darse cuenta de la indiferencia de su hijo, se levantó de nuevo y se acercó a la ventana que daba al pasillo. Con dos dedos apartó las lamas de las cortinas para observar el frenético caos formado fuera.

—Ya se han eliminado todos los documentos financieros que muestran lavado de dinero —explicó, y regresó frente a la mesa, donde se apoyó con ambas manos.

—¿Qué pasa con los registros de transacciones ilegales y los contratos falsificados? —preguntó Theo, echando el cuerpo adelante. Luego clavó los codos en la mesa, como si estuviera meditando—. Piensa también en toda la correspondencia que has mantenido y que ahora puede incriminarse.

—¡Estoy en ello! —gritó el hombre.

En el bolsillo de su pantalón, el móvil vibró. Su padre comprobó el entrante de la llamada y colgó.

Theo soltó una sonrisita y asintió con la cabeza. La tranquilidad con la que actuaba y hablaba contrastaba con el histerismo emergente a su alrededor. La puerta se abrió y un hombre entró para hablar con su padre, sus ojos se abrieron y su expresión se volvió todavía más fea.

—Está bien. Voy. —Se giró, pero antes de salir, volvió a dirigirse a su hijo—: Theo, necesito que vendas algunas de nuestras acciones inmediatamente. —Se pasó la mano por la frente, arrastrando el sudor—. Necesitamos dinero líquido antes de que la policía llegue.

—Oh. Ya, sobre eso… creo que… No.

Theo se levantó ante la mirada estupefacta del hombre. Este movió la cabeza de lado a lado, como si intentara desentumecerse los oídos, convencido de que no había escuchado con claridad. Luego, lanzó una muda pregunta, encontrándose con el fulgor decidido en los ojos de su hijo, mientras los suyos mismos se apagaban lentamente.

—¿Qué has dicho?

—¿Tengo que repetirlo? He dicho que no quiero.

Si fuera posible, Theo juraría que escuchó como algo se rompía en el interior de su cráneo.

—No lo entiendes —dijo, volviendo al tono condescendiente de antaño.

—Sí, lo entiendo perfectamente.

—Es… la única manera de… salvarme —balbuceó, con la confusión trepando por cada una de las palabras.

Su padre no era estúpido, o no del todo. En esos escasos minutos su mente ya habría hilado lo que pasaba. Era mejor así, Theo era demasiado perezoso para tener que explicarlo. Aunque, ¿por qué no?

Theo avanzó con una sonrisa fría, disfrutando de cómo su enemigo se tambaleaba al borde del abismo. No había compasión en sus ojos, solo una diversión sutil mientras veía cómo el viejo se esforzaba por no desmoronarse. Theo se quedó allí, imperturbable, viendo como el otro luchaba por mantener una postura digna en medio de todo aquel desastre.

—Todo está a mi nombre, ¿recuerdas? Tú mismo me hiciste firmar los documentos.

—No puede ser, no puedes… ¿Cómo?

El padre de Theo perdió los nervios en un instante, su rostro se tornó rojo de rabia y se precipitó en su dirección con un grito ahogado. Theo recordó la primera vez, tampoco hacía tanto tiempo de aquella tarde, aunque todo había cambiado. Se lanzó con intención de golpearle, pero Theo, con una calma implacable, lo esquivó y le sujetó el brazo.

—La verdad, padre, es que podría haberlo hecho solo, pero he preferido cubrirme las espaldas.

Justo en aquel momento, la puerta se abrió una segunda vez. Theo empujó al hombre, que se tambaleó hasta sujetarse en la mesa. Mike entró, dedicando a los presentes una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ya le has dado la noticia?

Theo se unió a la diversión, soltando una carcajada.

—Te dejo a ti los detalles —soltó, de manera perezosa.

Theo cogió un par de carpetas, con algunos documentos que había guardado para sí, dispuesto a marcharse. La verdad, no le apetecía más estar ahí. Aunque, antes de irse, se acercó a su padre, incapaz de reaccionar todavía, asimilando la información, la certeza de aquella traición de su propio hijo y su abogado.

—Debe de parecerte interesante todo lo que ha conseguido un maldito maricón de mierda, ¿verdad? —susurró con una voz neutra, sin dejar filtrar ninguna emoción—. Disfruta de la cárcel.

—¿No te quedas? Ahora viene lo divertido —preguntó Mike, extrañado.

Theo miró a su alrededor, ahora sin fijarse en la figura decrépita que parecía empequeñecerse en medio de la habitación.

—¿Sabes?, me esperaba más —confesó Theo, desilusionado.

Tanto tiempo esperando y, al final, en lo único que pensaba era en ir a casa para estar con River.

RIVER

El tutor del grupo, con su sonrisa sempiterna y su acento marcado, lo había felicitado por sus pequeños pasos.

Pequeños pasos.

Lo eran.

Quizá era una gilipollez para muchos, pero para él, que estaba al borde de un acantilado, cualquier mínima distancia para no caerse al fondo era buena. River terminó el último trago de café y cogió la cazadora para marcharse. Había escuchado a cada uno de los compañeros de aquella tarde. Por lo general, simplemente se sentaba ahí y dejaba que el tiempo muriera, pero en las últimas sesiones había prestado atención.

Al igual que él, todos los que estaban allí luchaban para superar sus malos momentos. Infancia robada, le llamaban, y tal vez era verdad. A cada uno de ellos les habían arrebatado algo. A River, la posibilidad de estar con la persona que amaba. Había inventado un montón de mentiras a la medida de sus necesidades, pero a esas alturas era imposible pensar en Theo de otra forma que no fuera con aquella palabra, la puta palabra maldita: amor.

Quería a Theo. Le gustaba todo de esa persona. Su cuerpo, su corazón, sus cicatrices y la devastación que se escurría de sus ojos. Le gustaba que estuviera tan roto como él, porque solo ellos tendrían la paciencia suficiente para ir dando cada puntada a su alma hecha pedazos.

Por eso, al salir y cruzar la mirada con Theo, no se mostró sorprendido, sino feliz de tenerlo a su lado. Ni se molestó en cuestionarse cómo sabía dónde estaba; su lugar secreto, tal vez nunca lo fue, solo que Theo respetó su intimidad.

—¡Sorpresa! —gritó el rubio al verlo aparecer—. ¡Joder! ¡Espera! ¡No te muevas! ¿Qué es esto que tienes en la cara? —exclamó, haciendo aspavientos con los brazos.

Confundido, River alzó las manos para palparse, hasta que la risotada del rubio le hizo comprender que le estaba tomando el pelo.

—Se le llama sonrisa, acostúmbrate a ella —advirtió River.

—Creo que podré hacerlo.

Nunca había visto la felicidad como algo alcanzable. Siempre la consideró un sueño bonito, pero un sueño, al fin y al cabo, y él había perdido la capacidad de soñar. Sin embargo, después de conocer a Theo, lo que antes parecía lejano ahora se sentía al alcance de la mano. Sería bonito, pensó, poder hacer esos sueños realidad juntos.

Caminaron de manera tranquila, el uno al lado del otro, hablando de todo y de nada, como las dos personas normales que fingían que eran y que, tal vez, alcanzarían a ser. River observó de reojo al chico a su lado, su cabello rubio y largo danzaba al compás de sus saltitos. Parecía contento, y lo estuvo más cuando compró un paquete de pepitas de chocolate.

Cuando estaban cerca del apartamento inconscientemente aceleró el paso, tenía ganas de llegar. Se giró para encarar al otro, tenía algo importante que decirle, pero Theo se adelantó:

—Lo he conseguido —soltó, como si nada.

River detuvo sus pasos en seco y lo miró.

—¡Joder! Deberías estar dando botes de alegría.

—Lo estoy —dijo Theo, con media sonrisa—. Es que, no sé, no ha sido como me esperaba.

—¿Por qué?

Theo se encogió de hombros como respuesta. River se acercó, dudó un instante, pero, al final, alargó la mano para tomar la de Theo y tirar de él hasta que estuvieron bastante cerca.

—¿La venganza no te ha llenado como esperabas? ¿O es que ahora hay algo más importante, algo que tiene que ver con nosotros?

Theo le lanzó una rápida mirada cargada de picardía, como si le animara a seguir hablando. Tal vez iba por buen camino en sus deducciones. Así que River se envalentonó y, a pesar de todas las reticencias y de que, quizá, no lo conseguiría, se acercó a Theo.

—Cuando entremos en casa —le susurró—, quiero que nos besemos.

Los grises ojos de Theo parpadearon a gran velocidad. River aprovechó la distracción para comenzar a subir las escaleras.

—Espera, espera, espera… ¿Qué? —Corrió para alcanzarlo—. Ah, mierda, ¿y si no quiero esperar?

Uno de los grandes defectos de Theo era la impaciencia. Lo quería todo y lo necesitaba a la voz de ya. River se dejó empujar sin oponer demasiada resistencia y hasta le concedió el capricho de dejarse acorralar contra la pared. La mirada de Theo estaba empañada por el intenso brillo del deseo, reflejo del suyo propio. River tragó con dificultad, sintiendo como la distancia entre ellos era cada vez menor. Sus intenciones eran claras y ardientes y River quería dejarse abrasar por ellas.

—Entremos en casa —pidió, con un hilo de voz.

—Mi contención está al límite.

Lo sabía, era plenamente consciente de ello. River, enmarcando el rostro del chico con las manos, lo empujó hacia atrás para apartarlo. Respondió con un puchero, pero no montó una rabieta, sino que lo siguió de manera obediente por el último tramo de escaleras.

River estaba ansioso y, cuando cerró la puerta, temió ser golpeado por la impaciencia del

otro, pero no ocurrió, sino que se encontró con un Theo calmado y sereno, aunque con la mirada febril y el rostro empapado en sudor. El chico se pasó la lengua por los labios y soltó un ligero suspiro, tratando de calmarse. River le dedicó una sonrisa entre la timidez y el nerviosismo.

—¿Deberíamos ducharnos?

—Qué fantasma, ¿hasta dónde pretendes llegar?

Aquella era una buena pregunta y River tenía muy clara la respuesta:

—Lo más lejos que pueda.

Con un gesto rápido, Theo se deshizo de la americana y aflojó el nudo de la corbata.

—Me encanta cómo suena esto.

River también lo hizo. Comenzó a quitarse la ropa y fue un paso más allá, quedándose con la parte superior expuesta.

Cuando no llevaba ropa se sentía frágil, no era solo por la desnudez, sino por todas las heridas, visibles o no, que dejaba expuestas.

Theo se tumbó en la cama y palmeó a su lado en el colchón. River no lo dudó y lo siguió, acostándose justo al lado.

Estaba tenso, apretaba los dientes y respiraba con pesadez. En su mente, un «relájate» se repetía como un mantra, aunque sabía lo difícil que sería para él. Cuando sintió la yema de los dedos de Theo sobre su abdomen, su cuerpo se puso rígido.

—No voy a hacer nada para lo que no estés preparado.

—Lo sé, confío ciegamente en ti.

Theo soltó una risotada nasal, tal vez era la primera vez que alguien le decía algo como aquello, pero River sabía que, con él, se podía abandonar. Necesitaba un consuelo para tanto dolor acumulado y sabía que llegaría de la mano de Theo, y la intimidad que estaban a punto de crear.

La caricia de Theo se movió de manera ascendente, subiendo por sus costillas, y se detuvo cerca de su hombro; con una ligera presión en la barbilla, Theo le instó a ladear la cabeza. A pesar de tener los ojos cerrados, River intuía la cercanía, notaba el calor y su respiración.

—Voy a besarte —anunció.

No lo veía, pero la voz de Theo sonaba encendida.

El primer roce fue como finas gotas de lluvia, ligeras y sin apenas mojar. Sus labios permanecieron juntos, pero Theo no se movió, solo se quedó ahí, sin hacer nada más. River se concentró en el aliento que cosquilleaba sobre su nariz y, poco a poco, su agitada respiración se fue calmando, acompasándose a la del otro. Fue entonces cuando notó la ligera humedad abriéndose paso entre sus labios, instándole a abrir la boca.

Fue un beso lento, tierno, sin ningún tipo de prisa, porque la paciencia era la base de aquella relación.

No era su primer beso, pero, sin duda, borró todos los demás.

Cuando su cuerpo empezó a reaccionar, River apretó los puños con fuerza, hasta que la piel de sus nudillos palideció. No quería que terminara, necesitaba más. Al final, movido por la ansiedad, River se lanzó adelante, aferrándose al cuello de Theo que, sorprendido, perdió punto de apoyo para acabar contra el colchón. River lo besó, lo hizo con ansia y necesidad, lo hizo para apurar los últimos segundos de cordura que le quedaban. Sus dientes chocaron y cuando el sabor a óxido llegó a su paladar, se apartó de manera apresurada.

—Lo siento —murmuró, avergonzado.

—Joder, qué intenso —dijo Theo, arrastrando con el dorso de la mano los restos de sangre

sobre sus labios.

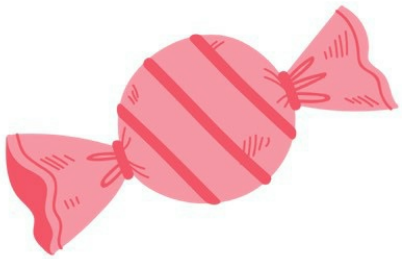
River se levantó para aumentar la distancia entre los dos. Todo él temblaba, como una hoja a punto de caer del árbol en otoño, y con una sensación tan triste como aquella. Pero Theo no parecía ni enfadado ni molesto. Se levantó del colchón y terminó de quitarse la camisa para dejar también su pecho al descubierto. Cuando se le acercó, River reculó, hasta que su espalda golpeó contra la pared y no tuvo donde escapar.

Levantó las manos para detenerlo, pero Theo lo ignoró y al final lo atrapó entre sus brazos. La mente de River no discurría con claridad, sus oídos zumbaban, y creyó que pronto caería inconsciente al suelo. De pronto, sintió aquella calidez, la suavidad del cuerpo de Theo y lo acelerado que el chico también tenía el corazón.

—¿Ves? —le susurró, pegado a su oído—. Yo también estoy nervioso. También tengo miedo, para mí esto también es una primera vez.

Theo se acomodó en el hueco de su cuello, clavando la nariz contra su piel y respirando profundamente, como si quisiera aspirar su aroma.

—¿Intentamos dormir abrazados? —propuso Theo, restregando su frente contra el cuello de River.



CAPÍTULO DIECIOCHO



THEO

Siempre supo que estaba solo, jodido y solo. Pero al conocer a River, alguien tan perdido y roto como él, compartir la miseria entre dos le hizo pensar que el mundo podría mejorar un poco.

Theo parpadeó un par de veces antes de abrir los ojos y, por primera vez, encontró compañía en ese colchón.

—Buenos días —balbuceó, entre bostezos—. ¿Has podido dormir?

River negó con la cabeza, no obstante, no parecía cansado o molesto, se le veía feliz, con una sonrisa en los labios, algo que hasta el momento había sido caro de ver y que, en las últimas horas, no se cansaba de contemplar.

—¿Sabes que haces un ruido muy gracioso con la nariz?

Theo se giró de medio lado, para quedar de frente con el otro, alargó la mano, con un poco de miedo, pero al final la dejó sobre la cadera de River.

—No lo sabía —dijo, esperando la reacción del chico.

El cuerpo de River tiritó, aquel contacto le daba ansiedad, sin embargo, Theo pudo ver el gran esfuerzo y su fuerte lucha para sobreponerse a ello, así que no retiró la mano, y aunque se moría de ganas de moverla para acariciarlo, tampoco lo hizo.

—Entonces, ¿ronco? —le preguntó para captar su atención, que se estaba adentrando en una zona peligrosa, muy cerca del punto de no retorno. River se sacudió un poco y se enfocó en él.

—No, no es un ronquido, es más como un silbido.

Theo sonrió complacido al ver que se había recuperado y valoró mucho el esfuerzo por aparentar serenidad, aunque estaba lejos de sentirla.

—El móvil te ha sonado un par de veces, pero no quería despertarte.

Theo soltó un soplido y, aunque lo que más le apetecía en el mundo entero era quedarse tirado en aquella cama, se levantó. Revisó con rapidez los mensajes y soltó un nuevo suspiro, más largo que el anterior.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó River, sentado en la cama.

—Eso depende de ti —propuso, de manera juguetona y con claro doble sentido.

—No seas gilipollas.

Theo soltó una carcajada. Se fue al pequeño y destartalado armario que compartían y cogió una camiseta. Desde hacía ya unos días no miraba de quién de los dos era, simplemente se ponía

la que estuviera arriba de todo el montón.

—Primero de todo, me voy a tomar un café —empezó.

—Eso no lo perdonas —bromeó River. Y como si lo hubiera anticipado, ya se había levantado y tenía la cafetera en la mano.

Aquel gesto, tan absurdo, logró que Theo sintiera calor en sus entrañas. Nunca había experimentado tanta ternura y, de un tiempo a esta parte, no se cansaba de ella.

—Oye, ¿quieres venir conmigo? —propuso Theo—. Bueno, solo... si no tienes nada que hacer. Voy a ir a ver a Mike, quiero saber cómo terminó todo en la oficina, y después tengo que pasarme por… —Theo dudó, no sabía cómo llamarlo, lo pensó mucho y no encontró un nombre específico para lo que significaba aquella enorme mansión para él.

—¿Por casa de tu padre?

Theo asintió. Aunque tampoco era correcto. Prefería pensar solo en los años felices, con su madre, aunque se hubiera marchado demasiado pronto y, en el fondo, aquella casa le trajera los peores recuerdos de ella.

—Es la primera vez que me pides que te acompañe.

—Él ya no está —respondió.

Theo se sentó en la cama para ponerse los calcetines y River lo hizo a su lado, mirándole de manera insistente.

—¿Tenías miedo?

—Si no me salía bien, no quería que te usara para hacerme daño.

Se giró y tomó una de las manos de River, bajó un poco la cabeza y depositó un pequeño beso sobre los nudillos. Las tenía muy calientes.

—Joder, ¿cómo puedes ser tan diferente dentro de esta habitación? —susurró River, de manera dulce.

—¿Te molesta?

—No, me encanta. Conocer tu verdadero yo me hace sentir especial.

—Lo eres.

Theo se acercó lentamente, dándole tiempo a River para reaccionar si no estaba cómodo. Pero no se movió, así que Theo terminó besándolo, despacio, sin prisa. Apretó su mano y se dejó el alma en ese beso.

—¿Estás bien?

River asintió, aunque con la respiración entrecortada.

—Algún día, espero poder lograr que te olvides de preguntar eso cada vez que me besas.

—Entonces, voy a besarte mucho, para que te acostumbres rápido —soltó, volviendo a unir sus labios.

—Theo —murmuró River—. Te quiero.

Theo alargó la mano para enredarla en el enmarañado cabello desigual de River, lo acercó de manera lenta y volvió a buscar sus labios con ternura.

—Yo también te quiero.

RIVER

Podía hacerlo. Las últimas veinticuatro horas habían sido cruciales. Había pasado de verlo imposible a poco probable, y en aquel momento pensaba que tal vez sí podría cambiar las cosas.

Porque lo deseaba y se estaba esforzando en ello. Igual que Theo se había esforzado en su venganza, en superar el dolor y en enterrar a sus fantasmas. Cada uno soportaba el peso de su propia carga y buscaba la manera de liberarse.

Por eso se sentía tan a gusto con él, porque, aunque eran diferentes, partían de un dolor muy parecido.

Así que salieron juntos del apartamento. River estaba dispuesto a dejarse envolver por todas las aristas que conformaban la totalidad de Theo. Porque conocía partes de él que nadie había visto, pero había otras tantas en las que, por algún motivo, Theo había preferido dejarlo al margen. Aunque compartió con él sus planes, era muy distinto verlo de primera mano, y ser testigo de la frialdad de sus acciones y la magnitud de las consecuencias. En aquel ambiente, mientras terminaba de ultimar los detalles que hundirían de manera definitiva a su padre, River fue testigo del desprecio en cada mirada. El hermetismo de cada gesto y cómo calculaba cada palabra.

Después de que finiquitara todos aquellos temas más legales, quedaba un lugar al que ir.

River se quedó boquiabierto al ver la mansión. El edificio era enorme y lujoso, con una fachada decorada con detalles dorados y grandes ventanas que parecían brillar con el sol. Los jardines eran espectaculares, con un césped perfectamente cuidado, caminos de piedra y fuentes rodeadas de coloridas flores que no supo identificar. Pero, cuando cruzó la puerta principal, el interior lo dejó sin aliento: techos altos, frescos en las paredes y una decoración tan elegante que parecía sacada de un cuento.

De pronto, le invadió una tremenda angustia al pensar en lo mal que debía de estar Theo en ese palacio dorado para preferir el suelo de su destartalado apartamento. Si se detenía a pensarlo, era triste, y muy doloroso.

Entre tanto lujo se sentía fuera de lugar, en cambio, Theo encajaba a la perfección con tanta belleza; desde los suelos pasando por paredes y techos, así como la cuidada decoración. Era un lugar de ensueño, aunque, para Theo, era mejor hablar de pesadillas. River no pudo evitar lanzarle una fugaz mirada a la majestuosa escalinata, y se le puso el vello de punta al pensar en cómo debió de sentirse el chico al regresar y encontrarse…

—¡¡Detente!! ¡No puedes hacer esto!

La femenina voz se alzó por encima del ajetreo de hombres enfundados en petos de trabajo que se apresuraban a sacar de la casa lo que Theo iba señalando. Aquella debía de ser Cloe, la mujer de su padre, Theo le había hablado de ella, pero era peor de lo que imaginaba. Sus ojos estaban rojos de rabia, de hecho, toda ella parecía a punto de explotar. Se acercó de manera apresurada, lanzando gritos a los trabajadores de la mudanza, hasta que llegó frente a Theo, alzó la mano y lo abofeteó.

River no se movió, no quería comprometer a Theo, pero aquella bofetada le dolió más que si fuese su mejilla la que hubiera sido golpeada. Apretó las manos con fuerza y hasta se mordió la lengua, para no estallar.

Sin embargo, Theo no parecía molesto, de hecho, después de acariciarse la zona enrojecida, soltó una carcajada que trepó por las altas paredes.

—Te lo advertí.

—Maldito niñato, ¿crees que vas a salirte con la tuya?

—Espero que no hayas olvidado el vertedero del que te sacó mi padre, porque allí es donde vas a volver.

—No voy a dejarte, no puedes quedarte con todo.

—Incorrecto —soltó Theo, y de pronto su semblante se tornó muy serio—. No me voy a quedar con nada. Me repugna pensar que tus sucias manos han mancillado cada rincón.

Cloe volvió a levantar la mano, pero esta vez Theo no permitió que lo golpeara. La agarró de la muñeca con tanta fuerza que River temió que fuera a partírsela.

—Esto no ha terminado —lo amenazó ella.

—Para ti, sí.

River se había mantenido al margen, sufriendo con aquel duro intercambio, porque era consciente de todo lo que Theo guardaba en su interior. Entonces, ella se giró, reparando en su muda presencia. Tenía un rostro que se podía considerar bonito, si no fuera porque la cólera lo desfiguraba. Tal vez, al no poder contra Theo, se dirigió a él con los ojos inyectados en sangre, como una serpiente venenosa a punto de atacar.

—Así que tú eres la put...

Antes de que pudiera terminar la frase, una voz profunda y masculina la interrumpió.

—¡Atrévete! —vociferó Theo.

Ella se giró, dispuesta a encararlo. Theo estaba ladeado, así que River no alcanzó a ver su expresión, pero la mujer enmudeció, hasta su rostro se quedó pálido, con la palabra en la punta de la lengua, sin poder pronunciarla.

Fue entonces cuando dos hombres de aspecto rudo entraron en la habitación, decididos a llevarla a la fuerza. A pesar de sus intentos de resistirse, se vio obligada a ceder, aunque lo hizo con una dignidad a medias, como si quisiera demostrar que aún mantenía el control. Con un último esfuerzo por conservar su imagen, recogió su bolso, levantó la barbilla y salió con pasos firmes, consciente de que sus días de gloria ya habían quedado atrás.

Theo se quedó con la mirada perdida en aquella puerta que la había hecho desaparecer.

—¿Estás bien?

Theo asintió con la cabeza.

Ni cuando estuvieron con Mike, repasando papeles y los cargos que se amontonaban sobre su padre, River vio el menor atisbo de duda o emoción en su expresión, sin embargo, en aquel momento, Theo parecía desbordado, como si las fuerzas se hubieran evaporado y estuviera a punto de derrumbarse.

River se acercó a él para darle un abrazo. Lo cogió por los hombros y lo acercó a su cuerpo, rodeándolo, apretándolo con fuerza, olvidando sus propios miedos e inquietudes para dar cobijo a esa persona que tanto amaba. Theo rodeó su cintura y clavó su frente en el cuello, escondiéndose ahí, permitiéndose un segundo de vulnerabilidad.

—Gracias —le susurró.

River quiso decirle que para eso estaba ahí, que se mantendría fuerte cada vez que sus fuerzas flaquearan, y que quería que pudiera contar con él, así como él ya contaba con Theo. Pero las palabras no eran necesarias; ambos lo entendían sin necesidad de decirlo.

—Solo me queda una cosa por hacer y podremos marcharnos.

—Está bien —respondió y, aunque reticente, le soltó.

Theo sacó unos documentos que llevaba en una bandolera y se acercó a la mujer mayor que había observado toda la escena desde un rincón, entre la estupefacción, la alegría, el miedo y la tristeza. Era como si un batiburrillo de emociones se mezclara en ella.

—María —la llamó Theo, y la mujer levantó la cabeza para dirigir la atención a él.

—Señorito…

La pobre no sabía qué decir, tal vez era difícil, ¿cuál debía ser la palabra acertada para

aquella bizarra situación? ¿Felicitarlo por haber logrado lo que se proponía, o lamentar su pérdida, y el hecho de que, por su misma mano, acababa de quedarse solo en el mundo?

—Ven, tienes que firmar esto —dijo Theo, con un tono cariñoso que River no le había escuchado para dirigirse a nadie.

—Esto, ¿qué es?

River se acercó, empujado por la curiosidad.

—Son las escrituras de la casa —explicó Theo, dejando los documentos sobre la mesa—. Ahora es tuya.

La expresión de la anciana fue difícil de describir; sus ojos se abrieron tanto que River temió por si le estaba dando algún ataque. La mujer negó con la cabeza y no aceptó el bolígrafo que Theo sujetaba en su dirección.

—¡No!

—¿Por qué? Yo no la quiero —dijo Theo, como si fuera lo más normal—. No es ninguna trampa —añadió, con cierto tono de pesar en la voz.

—Yo no pensaba que… Jamás pensaría esto, es solo que… —La mujer se quedó pensativa un instante, y añadió—: No puedo pagarla.

Una carcajada abandonó los apretados labios de Theo, como si le causara alivio que aquella fuera la única pega.

—Claro que sí.

Un brillo muy especial llegó a sus ojos. River se quedó prendado de aquella mirada gris, tan sincera y bonita que, por un segundo, Theo le pareció un chico de su edad, dulce e inocente.

—El precio es una tarta.

—¿Tarta?

—De manzana —añadió Theo—. Bueno, una no, una cada año, por mi cumpleaños —sonrió —. Y tampoco puedes retirar las cosas de mi madre, quiero que se queden aquí…

—Nunca me atrevería a tirar las cosas de la señora.

La sonrisa de Theo volvió a iluminar su mirada, cogió de nuevo el bolígrafo y lo acercó a la mujer, que todavía dudaba.

—Por favor —suplicó el chico—. Quiero que la casa y todo lo de mi madre se quede en la familia. Tú has sido la única que se ha preocupado por mí todos estos años, quiero que tú la tengas.

Una profunda emoción embargó a River, que giró la cabeza para contener las lágrimas. María, sin embargo, dejó que las suyas fluyeran libremente. Deshecha en llanto, firmó en cada punto que Theo le indicaba.

—Este siempre será su hogar, señorito, cuando quiera, podrá volver.

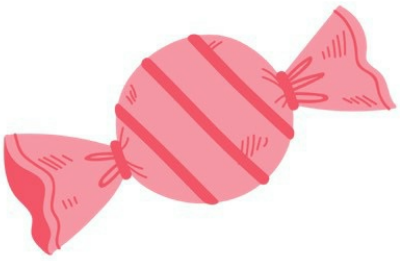
Theo asintió con la cabeza, aunque sus ojos decían que aquello jamás ocurriría.

Poco rato después, ambos chicos salieron de esa bonita mansión y tomaron el camino de regreso a lo que, para ellos, era su hogar.

—¿Vas a quererme ahora que soy pobre? —preguntó Theo, con curiosidad.

River no pudo evitar soltar una risotada.

—Voy a quererte siempre, aunque has perdido parte de tu encanto.



CAPÍTULO DIECINUEVE



THEO

Después de solucionar sus problemas personales, tocaba enfrentar lo académico. En las últimas semanas había gastado tanta energía que apenas le quedaba para nada más. Sin embargo, tirando de un hilo aquí y moviendo un par de cables allá, logró que no solo le aplazaran los exámenes, sino que prácticamente le dieran carta blanca para faltar a clases. Su expediente era impecable y conseguir el título ya era pura formalidad.

River, por su lado, estaba poniendo todo su empeño, repasando notas y apuntes para intentar aprobar.

Theo entró en la biblioteca del instituto Tomi, una sala que pocas veces había pisado durante aquellos años, y lo buscó con la mirada. Lo encontró sentado al fondo, con la frente apoyada en la palma de la mano, y toda esa maraña de pelo bicolor tapándole la cara. El sol se filtraba por la ventana que quedaba a su espalda, creando un halo dorado a su alrededor. Era tremendamente guapo. Theo se quedó embelesado mirándole y ni se molestó en esconder la estúpida sonrisa que ya se dibujaba en sus labios. Miró a su alrededor, a esas horas la biblioteca no estaba demasiado concurrida. Se acercó con sigilo, River se mantenía muy concentrado, con la mirada fija en los apuntes mientras hacía bailar entre los dedos un subrayador. Theo se quedó a poca distancia, el otro no había advertido su presencia; se dobló para quedar a su altura, justo para susurrarle en el oído…

—Estás muy guapo.

Tomado por la sorpresa, River se giró de golpe. Ambos quedaron con los rostros muy cerca. Theo no pudo resistir la tentación y recortó aquellos pocos centímetros para darle un rápido beso en los labios. River enrojeció y después, muy nervioso, miró a su alrededor.

—¿Estás loco?

—Sí, por ti.

—No bromees, ¿y si nos hubieran visto?

Theo se encogió de hombros, por no decirle de manera directa que le importaba una mierda. Que lo que pensara el mundo de ellos le daba igual y que, después de tantos años, poder aflojarse, aunque solo fuese un poco la máscara, le estaba viniendo de perlas a su estabilidad mental.

Pero también entendía la reticencia de River, así que se enderezó, dispuesto a apartarse, pero

el chico fue más rápido. Tiró de su mano y Theo se vio obligado a acuclillarse a su lado. Ambos se miraron de manera intensa.

—¿Vas a besarme? —preguntó Theo con curiosidad y un brillo travieso en los ojos.

—Pues... —dudó River—. Era mi intención, sí, pero me he quedado bloqueado —admitió con una sonrisa nerviosa.

Theo no pudo evitar soltar una carcajada divertida. River había hecho grandes progresos; desde aquel primer beso en el que terminó vomitando en el fregadero hasta ese momento, solo habían pasado un puñado de semanas. Verlo tan decidido, aunque inseguro, era algo que Theo encontraba entrañable y admirable.

—Anda, vámonos, tengo hambre.

—Siempre tienes —protestó River, recogiendo sus pertenencias—. No estudias nada, y aun así sacas las mejores notas de todo el instituto, ¿cómo lo haces?

—Soy inteligente.

—Y modesto.

—También.

¿Así sería el resto de su vida? Porque no se le ocurría una mejor manera de que su historia terminara. Tuvo una infancia relativamente feliz, una adolescencia de mierda que ahora se veía compensada por un presente magnífico y un futuro prometedor. ¿Y qué si ya no tenía las facilidades de una vida acomodada? El negocio de su padre ya no le pertenecía, ni tampoco la casa en la que creció. Lo único que Theo había conservado eran las acciones que le correspondían a su madre, junto con unos pocos recuerdos suyos, que guardaba a buen recaudo en un almacén. Con River, no necesitaba nada más. Se sentía sumergido en una especie de luna de miel.

Siguió caminando, disfrutando de aquella sensación, hasta que algo captó su interés.

—Espera, ¿a dónde vamos?

—A ver a Noé —soltó River, como si fuera lo más normal.

—¿Qué? ¡No! —exclamó.

—¿Te da miedo? —se burló el otro.

Menuda pregunta de mierda era esa, así que Theo respondió fulminándolo con la mirada. Fue a dar media vuelta, pero River lo detuvo de un seco tirón.

—No creo que quiera verme —dijo, con pesadumbre en la voz.

—Eso no lo sabes. Aunque has sido un verdadero gilipollas…

—Vaya, gracias.

River sonrió ante la interrupción.

—Pero… —añadió, y alargó la mano para unirla a la de Theo—. A tu manera te has preocupado por él, y creo que, en el fondo, Noé lo sabe. También que no querías que todo terminara de esta manera.

—El desconocimiento no exime de culpa.

—No seas tan duro contigo, Theo. Sé que quieres hacerlo. Noé te importa, te importa de verdad.

—A mí solo me importas tú.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que llevas el dinero siempre encima?

Theo llevó la mano al bolsillo interior. Era verdad, desde que Noé se presentó en el instituto para lanzarle a la cara —de manera literal— el dinero, dejando claro que a él no se le compraba, lo llevaba encima. Quizá porque esperaba tener la oportunidad de devolvérselo. Theo gruñó con

enfado, ¿desde cuándo era tan observador? Bueno, tal vez desde el principio. Si no hubiera sido por esa facilidad que tenía de ver detrás su careta, quizá no habría salido tras él aquella primera noche, en el bar.

—Está bien. Vamos. Pero, pase lo que pase, no intervengas.

River asintió.

Si Noé quería golpearlo de nuevo, estaba en todo su derecho.

No se había acercado nunca a esa zona del barrio, no por miedo a Hinkon, más por algo parecido al respeto. Era su territorio, y ya le había quedado claro lo duro que peleaban por mantenerlo a salvo. Las motivaciones de ellos siempre fueron mucho más admirables que las suyas y él se había aprovechado de la situación.

El taller de Jax hacía esquina con una de las calles principales. La persiana metálica estaba bajada, si no fuera porque conocía la ubicación, nada hacía pensar que ahí había un taller, de hecho, ni que hubiera un negocio en marcha. Se acercó para golpear con el pie y llamar la atención de la persona que estaba en el interior.

—¡Por detrás! —gritó Noé desde dentro.

Theo se llevó las manos a la cabeza.

—Será idiota —se quejó.

Cuando entraron, Theo no pudo evitar fijarse en la suciedad del ambiente con una mezcla de asco y curiosidad. Era un sitio pequeño y antihigiénico, apestaba a grasa de motor y gasolina. Mirara donde mirase, no había ningún lugar en aquel antro que no estuviera manchado.

Y ahí estaba Noé; en medio de toda esa mugre, pero deslumbrando con su propia luz.

Aunque parecía abatido, y sin fuerzas para pelear, le pidió que se largara con cierto toque de confrontación en la voz. Theo sonrió, no estaba tan machacado como aparentaba, aquello era bueno, así que decidió ignorar la orden y, en vez de eso, se paseó entre las motocicletas hasta detenerse junto a la de Jax.

—Ni se te ocurra tocarla —gruñó el chico, poniéndose alerta.

Theo levantó las manos, realmente no tenía intención de tocar nada. Le parecía curioso que las motocicletas de Noé y Jax fueran idénticas; quizá lo eligiera a posta o tal vez fuera casualidad. Sabía cuánto valor tenían y lo mucho que significaban, por eso, la venta de una de ellas había sido un golpe bajo.

—Por favor —la voz de Noé sonaba cargada de cansancio, llevó la mano al puente de la nariz y lo pinzó—. Vete, no tengo ganas de continuar con esta farsa.

Theo suspiró, realmente quería ser amigo de Noé, pero sabía que había causado mucho daño.

—No es una farsa, de verdad te considero un amigo.

La palabra «arrepentimiento» no describía lo que sentía. No, no se arrepentía, y tal vez eso lo hacía una mala persona, pero sí le dolía cómo había terminado todo.

—Yo no quería que pasara todo esto.

—¿¡Y qué pretendías!? —le gritó Noé.

Aunque le resultaba difícil de explicar, su intención nunca fue hacer daño a nadie, excepto a su padre, por supuesto. ¿Qué pretendía? Desde luego no que Jax terminara detenido, ni que Milo resultara herido de gravedad.

Tampoco era justo que Noé hubiera tenido que vender la moto, así que estaba dispuesto a devolverle el dinero, pero cuando lo sacó para dejarlo sobre la mesa, de pronto temió por su vida. El fuego en los azules ojos del chico se intensificó, pretendía abrasarlo.

—No lo hago para humillarte, yo… —balbuceó, pero sus palabras quedaron interrumpidas

por un empujón que casi lo derribó.

La rabia de Noé era más que evidente. Theo lanzó una fugaz mirada a River, rezando de manera interna para que fuera capaz de mantenerse al margen, tal como le había pedido.

—Vete a la mierda —dijo Noé, masticando cada palabra.

Solo quería devolverle lo que era suyo, nada más. Y aunque sabía que el dinero no compraría su perdón, en el fondo realmente lo deseaba. Sin embargo, su interlocutor no parecía para nada dispuesto a darle tregua. No era orgullo lo que rezumaba Noé, o no tal y como él lo entendía. Era algo más puro, más innato. Era el valor que ponía Noé en cada acto, dejando claro al mundo que él era capaz de hacerlo todo, aunque las apuestas jugaran en su contra.

A pesar de la complicada situación, Theo no pudo dejar de maravillarse por ello.

—No quiero quedar debiéndote nada —dijo Noé, con rotundidad.

Claro que no. No era una deuda, jamás lo sería, porque Theo se llevaba de su encuentro con Noé mucho más de lo que este podría imaginar. Había aprendido mucho de él, valoraba profundamente su amistad, admiraba su luz y deseaba contagiarse de ella. Además, tenía otros planes a los que no pensaba renunciar. Su mente siempre jugaba pensando en cuál sería el siguiente movimiento, anticipándose para ser rápido en contraatacar.

—Y no lo haces —dijo Theo, dirigiéndose a la salida—. Tómatelo como un adelanto de tu sueldo.

Noé rio con amargura.

—¿Por qué iba yo a trabajar para ti?

—Porque, cuando monte mi propio imperio, necesitaré a alguien de plena confianza que sepa de números.

No sería fácil, de hecho, entendía que le resultaría extremadamente difícil, pero algún día lograría hacerse con el poder, y lo haría de manera limpia, por sus propios medios y sin valerse de la mierda de nadie, y cuando eso ocurriera, quería a Noé con él. Porque en ese poco tiempo ya sabía lo que valía y porque tanta luz conseguía aplacar un poco su oscuridad.

Mientras salía, Theo pensó en lo extremadamente complicado que era redimirse, pero sabía que tenía que intentarlo.

RIVER

Como le había prometido, no intervino, ni cuando Noé lo empujó hasta casi derribarlo. Se contuvo y le costó. Porque su impulso era saltar encima de cualquiera que se atreviera a ponerle las manos encima. Theo lo buscó con la intención de convertirlo en un perro de guardia y el muy cabrón lo había conseguido. Obediente y leal, se mantuvo al margen hasta que salieron del taller de Jax.

—¡River!

La voz de Noé llamándolo le sorprendió. Se giró, no muy convencido, y vio las mismas dudas reflejadas en la azul y transparente mirada de Noé. Theo, a su lado, lo observó de soslayo antes de dejarse caer contra uno de los muros grafiteados del callejón, como si fuera a esperar allí. River decidió recortar la distancia que lo separaba de Noé, sintiendo la tensión en el aire entre los tres.

—¿Cómo es? Estar encerrado…

«Ah, conque eso era», pensó River, intentando esbozar una sonrisa sin éxito. ¿Cómo había

sido estar en la cárcel? Fue un choque de emociones intensas; por un lado, el miedo y la soledad, que convirtieron sus días en una tortura, y, por otro, el orgullo y la felicidad de haber enfrentado —y machacado— a sus demonios. Siempre pensó que golpear a su padrastro, el hombre que lo había torturado durante tantos años, sería el final de su trauma. Pero no fue así; en realidad, no fue el final de nada, sino un capítulo más. Para cerrar verdaderamente esa historia, necesitaba a Theo. River lo miró de reojo, sintiendo que tal vez, con él, podría encontrar la paz que tanto buscaba.

—¿Tan malo es? —se preocupó Noé, ante su silencio.

—No —respondió, para no agobiarlo; parecía que en cualquier momento se fuera a romper —. Bueno, sí, un poco. Es… duro y solitario.

—Entiendo…

—Y muy extraño. Porque la percepción del tiempo toma un ritmo diferente, mientras tú estás detenido en ese instante, el mundo sigue girando. Y cuando sales todo ha cambiado y no eres del todo consciente, pero has perdido ese tiempo y no tienes cómo recuperarlo.

—Suena aterrador.

—Jax no parece un tipo que se vaya a dejar intimidar por eso.

Noé le dedicó una gran sonrisa, quizá agradecido por no haberle mentido o endulzado la verdad. Aunque lo pensaba de verdad, Jax no tendría aquel problema. Su paso por la cárcel sería efímero. Mike aseguró que no había pruebas ni nada que lo relacionara con el cargamento de drogas; los cargos serían menores. El abogado era el mayor interesado en que el tema de las sustancias ilegales no trascendiera. En unas pocas semanas Jax saldría bajo fianza a la espera de un juicio por disturbios, poco más.

Cuando se despidió de Noé para regresar junto a Theo, pudo ver en su cara que la curiosidad lo mataba por dentro, se moría ganas de saber de qué habían hablado, pero era tan orgulloso que no lo preguntaría. De hecho, sacó un paquete de palitos de chocolate y empezó a mordisquearlos como si fuese un ratón, para mantener la boca ocupada.

Justo cuando doblaban la esquina, con el sol impactando de manera directa sobre sus ojos, en un impulso River le tomó de la mano y tiró de él para que se detuviera.

—¿Crees que somos almas gemelas?

—¿Almas… gemelas? —repitió Theo, confuso—. Ni siquiera sé si tengo alma.

—Menuda gilipollez, ¿cómo no vas a tenerla? —soltó River.

Theo mostró su enfado, con esa expresión tan infantil que ponía a veces, enfurruñado como si le acabara de quitar un caramelo.

—La pregunta sí era estúpida —se cabreó el chico—. ¿A qué viene esto?

—No lo sé. Solo pensaba en qué probabilidades había de que nos encontráramos.

—¿Quieres que las calcule?

River soltó una carcajada, lo veía capaz de hacerlo, sobre todo sabiendo que Theo siempre quería tener la última palabra. Extendió la mano y colocó un mechón del rubio cabello detrás de su oreja. A pesar de enseñarle al mundo su peor cara, Theo era para River belleza pura, tanto por dentro como por fuera. Acercó sus labios a su frente y lo besó con ternura.

Si miraba atrás, aquel día, en el bar, sentía que algo más grande lo había empujado a seguirlo. Tal vez sí era el hilo rojo del destino lo que unía sus almas, quizá nunca estuvo completamente roto. O tal vez, dos hilos rotos y deshilachados podían encontrarse y unirse para formar uno solo.

—¿Y esta muestra de cariño tan espontánea? —se burló el rubio.

—No lo sé, me apetecía.

Theo sonrió con calidez, buscó su mano y tiró de él hacia un lugar un poco más apartado y ahí, entre las sombras de un callejón, lo besó.

—¿Quieres que sigamos con esto en el apartamento? —propuso el chico, con una mirada juguetona.

River notó que ya no le preguntaba cómo se sentía cada vez que lo besaba. Que dejara de preocuparse por sus reacciones significaba que sus miedos eran cada vez menos evidentes. Estaba enfrentando sus traumas y, poco a poco, los superaba. Aunque jamás olvidaría lo vivido, sabía que seguiría adelante, todo gracias a Theo.

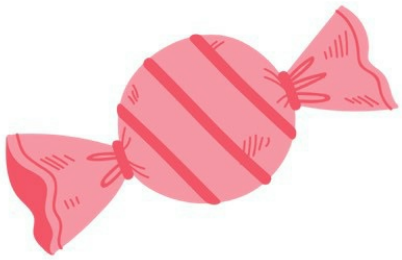
—¿Y bien? —preguntó impaciente, con cierto toque de zalamería, enterrando el rostro en su cuello y besando justo debajo de la línea de la mandíbula—. ¿Qué piensas, lo intentamos?

—Yo no intento, yo consigo —respondió River.

Con un ágil movimiento, River dio la vuelta a la situación, arrinconando a Theo contra la pared mientras se apretaba contra su cuerpo, que no tardó en reaccionar y, para su sorpresa, no era el único.

—Vaya, vaya, vaya… Parece que esto se anima… —bromeó Theo, haciendo referencia a la incipiente erección de River.

—¿Sabes?, dicen que solo hace falta siete segundos para saber si algo te gusta o no. Me gustas. Me gustas todo tú, con cada uno de tus defectos y cada una de tus heridas. Me gustas muchísimo; lo supe la primera vez que te vi, y me sobró tiempo.



CAPÍTULO VEINTE



THEO

—Taz me ha comentado que esta noche hay fiesta en el Templo, para celebrar que Jax ha salido y a Milo le han dado el alta.

Theo levantó la cabeza en dirección a la voz. River acababa de salir del baño, envuelto en una toalla y con el pelo chorreando.

—Ahá… ¿Y? —respondió, y volvió a concentrarse en lo que hacía.

—No sé, pensaba que a lo mejor querías ir.

—¿A buscar pelea? Qué infantil eres —acusó.

—¡Serás gilipollas! —soltó River, y acompañó esa exclamación de un puntapié.

Theo dejó que le pegara una vez, la siguiente fue más rápido y lo agarró de la pierna, haciéndole perder el equilibrio con un tirón. River cayó de manera pesada sobre el colchón.

—¡Mío! —exclamó, saltándole encima.

—Tuyo, siempre —corroboró River, alargó las manos y tiró de él para abrazarlo.

El ambiente todavía olía a la noche anterior.

Theo se estremeció solo de pensar en unas horas atrás, en lo lejos que habían llegado. Aún les faltaba para vivir la experiencia completa, pero estar juntos, besarse y hasta magrearse un poco ya era un gran paso.

Para Theo aquello suponía un cambio enorme. Si comparaba lo que estaba viviendo con River a lo que había experimentado con anterioridad, no había color.

Durante años vivió el sexo de manera desenfrenada, solo para hacerse daño y perder el control. Desvirtuó de tal modo el acto que, en aquel momento, era como descubrir cada pequeña experiencia por primera vez. Se sorprendía del sinfín de emociones escondidas tras una caricia, un beso, una mirada o una palabra susurrada al oído. Era maravilloso.

Estar enamorado era la sensación más fantástica del mundo.

—Vas a coger frío. —Enredó los dedos entre los mechones de cabello húmedos—. ¿Quieres que te lo seque?

—Quiero que me beses.

Theo descendió la cabeza para que sus bocas se unieran. Los besos de River habían pasado de ser tímidos y cortos a intensos y apasionados. Subían cada peldaño con tranquilidad, sin prisa por llegar al final.

Pero, aunque su mente pidiera calma, su cuerpo reaccionaba al roce de sus lenguas y al enredo de sus cuerpos.

—Me estoy poniendo duro —anunció aunque no hiciera falta, pues la expresión de River le decía que ya lo había notado—. Lo siento. —Se disculpó y se dejó caer de lado, para no apretarse contra él e incomodarle—. Si me das diez minutos, yo mismo puedo…

Inició un intento de escapar al baño, pero River lo frenó y de un fuerte tirón regresó de nuevo al colchón, con estruendosa caída incorporada.

—¿Qué haces?

—Quiero verte —pidió River, avergonzado aunque decidido.

Theo se atragantó con su propia saliva. Abrió desmesuradamente los ojos y carraspeó con nerviosismo.

—Quieres que… Yo… —Señaló su entrepierna—. Delante de… ¡La hostia! Eres un auténtico pervertido —lo acusó.

Theo esperó un reproche por parte del otro, que soltara que se trataba de una broma o hasta que se molestara por el comentario, en cambio, se encontró con unos ojos que parecían suplicarle.

—¿No quieres? —preguntó River, con un fino hilo de voz.

Entendía que el sexo era un gran tabú para él y estaba dispuesto a acompañarlo de manera paciente, al ritmo que le marcara.

—Claro que quiero. —Alargó la mano y tomó la de River—. Pero con una condición: quiero verte desnudo.

Aquello era surrealista, alcanzando cotas inimaginables.

Ambos se quitaron la ropa y se sentaron en la cama. River tenía un cuerpo precioso, fuerte, y bien proporcionado. A pesar de las marcas de los cortes, su piel era fina, y aunque era invierno se mantenía un poco bronceada. Theo no pudo evitar darle un buen repaso de arriba abajo, deleitándose en tanta perfección, sintiendo como cierta zona de su cuerpo reaccionaba todavía más. Por su parte, River mantuvo la mirada baja, con la atención fija en alguna de las arrugas de las sábanas. No se atrevió a mirarlo y quizá luchaba de manera interna para olvidar el detalle de que estaba desnudo.

—Si quieres, paramos —dijo Theo, preocupado.

—No.

River se obligó a alzar la cabeza, y sus ojos, negros como la brea, se clavaron en los suyos; destilaban determinación.

—Ah, mierda, esto es una locura —dijo, sintiendo ya mucho calor.

Theo llevó la mano al centro de su placer, agarrándola con fuerza, y sin apartar la mirada de aquellos ojos hambrientos empezó a masturbarse. Podía ver las reacciones de River, cómo pronto el miedo y el asco se mezclarían en su torrente sanguíneo, sus terrores eran tantos, que le eran imposibles de disimular aunque lo intentara.

—No dejes de mirarme —pidió Theo, y el otro asintió.

Saber que lo estaba observando logró encenderlo de un modo inimaginable. Pronto traspasó los pudores, si es que le quedaban; su mano se movía con velocidad y su voz comenzó a entrecortarse, gimiendo de placer.

Extendió la mano libre para tomar la del otro. El tacto de su piel irradiaba un calor reconfortante, que se reflejaba en las mejillas sonrojadas de ambos, dándoles un aire de tímida ternura.

Poco a poco, la atención de River fue descendiendo. Al principio estaba centrado en su rostro, pero, al final, dejó la mirada clavada en lo que estaba haciendo. Theo, por su parte, no podía apartar los ojos de River, observando cada una de sus expresiones y apreciando el valor que requería dar un paso como aquel. También se fijó, algo apesadumbrado, en que a pesar de que estaba animado, su polla solo se había incorporado a media asta. Verdaderamente las reacciones fisiológicas de su cuerpo estaban lejos de ser las habituales de un chico de dieciocho años. Totalmente condicionadas por la tortura que había vivido.

Podía detenerse, tal vez fuera lo mejor, pero de hacerlo quizá River no volvería a reunir el valor de dar un paso tan grande.

—Voy a correrme… —jadeó, con voz encendida, advirtiéndole—. Ahhhh… River… —murmuró, apretando con más fuerza su mano.

Theo cerró los ojos y se abandonó al placer, hasta sentir un chorro pringoso y caliente embadurnando sus muslos.

Cuando sus párpados se separaron, se encontró con una expresión tan tierna que su corazón se derritió. Theo tuvo ganas de saltar sobre River para besarlo. Sin embargo, él parecía más centrado en las consecuencias de lo ocurrido.

—Has manchado la sábana —se quejó, con la mirada clavada en el líquido blanquecino.

Theo soltó una carcajada, no sabía si reír o llorar por que aquel fuera su primer comentario después de lo que acababan de hacer. Soltó la mano que todavía sujetaba y la alargó para acariciar suavemente su mejilla, tratando de llamar su atención, y transmitirle todo su apoyo y comprensión. Sentía una fuerte conexión con él y quería poder mostrarle calma y tranquilidad.

—Joder… —exclamó, feliz, y se dejó caer hacia atrás, todavía sumido en la bruma del placer, con el orgasmo palpitando bajo su piel—. Esto es, de lejos, lo más extrañamente excitante que he hecho nunca.

—Lo dudo —replicó River sin mirarlo.

La sonrisa en el rostro de Theo se congeló; de nuevo subía al cielo y lo dejaban caer al suelo. Aunque enseguida se repuso. Soltó una risotada cargada de falsedad y se levantó, intentando limpiar con la mano la mancha de la sábana.

—Lo mejor será que vaya a darme una ducha —balbuceó, escapando.

—Perdona —reaccionó River, saltó de la cama y lo siguió—. Theo, yo… no quería decir que…

—Eh, está bien. No pasa nada.

Sin duda, la desnudez era algo que River no podía soportar. Theo lo intuyó, así que, de un tirón, lo cubrió con una colcha que sin saber cómo había terminado en el suelo. Luego se dirigió al baño y, justo antes de cerrar la puerta, se giró para mirarlo.

—La diferencia de experiencias entre tú y yo es abismal —le dijo—. No estoy orgulloso, pero tampoco pediré perdón por ello.

—No tienes que hacerlo —se apresuró a decir River; parecía agobiado—. Solo… es que siento que quiero alcanzarte y nunca voy a poder.

¿Quién querría seguir sus pasos en ese aspecto? Si pudiera retroceder en el tiempo...

—Es que no tienes que hacerlo —repuso Theo. Chasqueó la lengua y desanduvo la distancia para abrazarlo.

—Nunca voy a poder cumplir tus expectativas —rezongó River, con voz apretada.

—¿De qué expectativas hablas? —Theo lo apartó para que pudieran mirarse—. No seas idiota. ¿Vas a quererme para el resto de tu vida? —preguntó, clavando en él su gris mirada. River

asintió—. Ya me estás dando muchísimo más de lo que nadie nunca me ha dado. El sexo es importante, pero no lo es todo, me ha costado pillarlo, pero por fin lo entiendo. Así que no te agobies, ¿vale?

River asintió, tiró de él y se besaron.

RIVER

Un comentario ruin y mezquino, pero no pudo evitarlo. Cuando pensaba en todo lo que Theo había vivido… Y con cuántos tíos lo había vivido… Ellos eran como dos caras de la misma moneda. El sexo tenía implicaciones diferentes para ambos. Mientras que para él había supuesto la sumisión y el horror, para Theo fue su liberación. Si algo compartían era que para ambos, durante mucho tiempo, el sexo solo significó dolor.

Y de pronto, tomaba una nueva dimensión; un mundo nuevo donde lo físico y lo emocional se juntaban y para ellos aquel estadio era nuevo, y muy difícil de transitar.

Sus experiencias de vida eran tan distintas que encontrar un punto medio resultaba complicado, especialmente cuando su cuerpo no respondía como él deseaba. Se agobiaba pensando que no podía darle a Theo nada de valor, sintiéndose como un tarro vacío: bonito por fuera, pero sin nada en su interior.

River se puso ropa rápidamente. Se acercó a la ventana para abrir una rendija y disipar el olor. Después se acercó a la cama y tiró las sábanas sucias en un rincón, para llevarlas a la lavandería más tarde. Se sentó en la orilla del colchón, observando la mesa donde Theo había dejado abierto el periódico, con varios apartamentos marcados para visitar.

Estaba empeñado en mudarse y, ya que lo hacían, quería buscar un lugar donde empezar de nuevo, los dos, sin que nadie los conociera.

Estaban comenzando un proyecto de vida en común, y aunque ambos llevaban un pesado lastre a sus espaldas, tenían muchas ganas de intentarlo. Si algo habían demostrado era lo resilientes que eran, y los cojones que le echaban a la vida.

—¿Quieres que salgamos a cenar? —propuso Theo desde la puerta del baño.

—Somos pobres, ¿recuerdas?

—Mierda —lamentó Theo mientras se lanzaba en el colchón con todo el pelo mojado—. ¿Voy a tener que aprender a cocinar?

River recordó los desastres que ocasionaba Theo cada vez que intentaba hacer algo; un terror le recorrió el espinazo y su piel se humedeció en sudor. Alzó las manos haciendo aspavientos para que se lo quitara de la cabeza.

—¡No! No, no… Déjalo, yo cocinaré.

—Entonces —preguntó Theo, que se incorporó hasta quedar sentado—. ¿Limpio? ¿Hago la compra? ¿Las chapuzas?

Una imagen fugaz acudió a su mente: la única vez que Theo había cogido la fregona, cada vez que mandaba a Theo a por algo y regresaba cargado de chucherías… Cuando Theo… ¡No, ni pensarlo!

—¿Sabes?, mejor yo me encargo de las cosas de la casa.

Theo no pareció del todo conforme con aquella resolución.

—¿Y qué hago yo?

Era muy buena pregunta. De puertas para fuera, Theo era un tipo decidido, capaz, autoritario

y con ese punto despiadado que lograba que todos hincaran la rodilla a su paso. Se hacía valer y respetar. Sin embargo, de puertas para dentro, Theo era un completo inútil. El rubio debió de intuir la respuesta en sus ojos, pues de pronto su amable expresión se volvió de pícaro escoria.

—Ah, ya veo… Lo mío va a ser solo follar, ¿no? Bueno, creo que daré la talla.

Que pudiera bromear de aquel modo era algo que admiraba. River soltó una carcajada que acompañó con un manotazo en su nuca.

—Eres gilipollas.

—Lo soy —le confirmó.

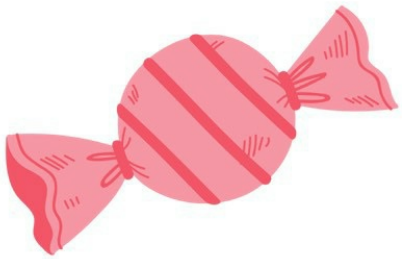
River se tumbó sobre el colchón, y Theo lo hizo justo a su lado.

—Nos irá bien —sentenció con convicción.

—No tengo ninguna duda —afirmó Theo, buscando su mano para estrecharla.

Con la mirada perdida en la mancha del techo y una sensación de esperanza que no había sentido en mucho tiempo, River supo que lo harían realidad; Porque, a pesar de todo lo que habían vivido, estaban listos para construir un futuro juntos, lleno de promesas y nuevas oportunidades.

Solo necesitaba tiempo, y sabía que Theo no tendría problema en esperar.



EPÍLOGO UNO



Cinco años después

THEO

Estampó su rúbrica en el último documento y levantó la mirada hacia su intermediario. Sonrió. Lo había logrado, ¡joder! Acababa de hacerlo. Cuando la puerta del despacho se cerró, Theo ya no contuvo más su alegría y soltó un alarido que dejó escapar todos los miedos acumulados a lo largo de las últimas semanas.

—¡Lo he hecho, joder! ¡Lo he conseguido!

—Lo has logrado —corroboró River, a su lado, que tampoco podía contener más la expresión de felicidad.

Ambos se miraron un segundo antes de buscarse desesperadamente para besarse.

No había sido nada fácil, en algunos puntos del camino pensó en rendirse, pero siempre hubo algo que lo empujó y le instó a seguir adelante y no era otro que el hombre que tenía al lado. Theo dejó caer la cabeza contra su hombro, buscando los mimos cariñosos que tanto le hacían falta.

Después de lo de su padre, el negocio no tardó en venirse abajo. Mike era muy bueno como abogado, pero como empresario dejaba mucho que desear. Además, no eran pocos los enemigos que se había creado en el camino. Eso, sumado a su afición a frecuentar camas que todavía no tenían la edad, terminó por hundirlo en la miseria.

Theo decidió entonces tomar el testigo y seguir en aquella carrera de fondo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó River, y lo empujó al sofá donde ambos se sentaron.

—Cansado, eufórico, feliz… y…

—Con una sensación de triunfo que te cagas —terminó el otro por él.

Una sonrisa de lo más canalla se dibujó en su cara.

No lo podía evitar, la modestia era una cualidad que le era esquiva desde pequeño, no la quería ni necesitaba.

—Soy cojonudo —confirmó, elevando una ceja—. ¿Qué piensas ahora de tu novio? Nos voy a hacer ricos.

—Sabes que no estoy contigo por el dinero, sino por tu grandísima… personalidad.

Theo soltó una carcajada a la que River se unió.

—¿Tienes claro qué viene ahora? —quiso saber el chico.

A River le gustaba conocer cada uno de los pasos, de hecho, si había llegado tan lejos era gracias a él. Lo enclavaba a la tierra cuando le hacía falta y lo empujaba para saltar más alto en el momento necesario. Se anticipaba a sus movimientos y necesidades, y juntos habían logrado ser un tándem letal.

—Tengo su dirección —murmuró Theo, y de nuevo se recostó contra el pecho de River—. Hace unos días le pedí a Taz que lo buscara.

—Ese tío encuentra de todo, una pena que se haya decantado por la policía.

Theo soltó una risotada.

—Es verdad, una gran pérdida.

—Entonces, ¿vas a ir?

—He pedido un taxi, debe de estar a punto de llegar.

Les costaba la vida misma separarse, desde que el destino los había juntado, no habían pasado ni un solo día el uno lejos del otro, era como una necesidad. Para algunos podía parecer enfermizo, para ellos, era lo más normal.

El ambiente universitario era muy diferente a lo que recordaba. Su paso por una de aquellas instituciones fue efímero y poco fructífero, rozando la estupidez. Theo releyó el mensaje de Taz y localizó el apartamento. Se sentó en uno de los bancos y ya solo era cuestión de esperar.

Era pleno verano, el calor apretaba y el sudor resbalaba por su blanca piel. Theo llevó las manos al cabello para apartarlo de la nuca, se sentía sofocado. Al cabo de media hora pensó en batirse en retirada, no aguantaba más, y justo en el momento de levantarse con intención de irse, apareció.

Lo reconoció al instante. Tal vez fue por el día soleado y el cielo azul desprovisto de nubes, pero, al encontrarse, de nuevo lo vio brillar. La misma luz que recordaba.

Theo se acercó un par de pasos, esperando la reacción de Noé, seguramente un «qué haces aquí» o tal vez se envalentonaba con un «qué cojones quieres de mí». Estaba preparado, y tenía respuestas pensadas para cada una de sus posibles acusaciones.

—Sí que has tardado —soltó Noé, acariciándose el pelo.

Vale, Theo tenía respuestas para todo, salvo para eso. No pudo evitar que una risotada nerviosa se escapara de su garganta.

—He tardado un poco más de lo esperado —reconoció, todavía con la sonrisa en la cara—. Pero ya estoy aquí. Te dije que cuando creara mi imperio vendría a buscarte.

—¿Lo has conseguido? —preguntó, aunque por el tono, más parecía una afirmación.

—¿Lo dudabas?

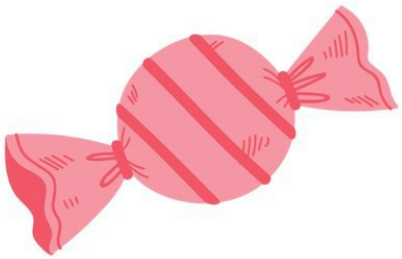
—Ni por un solo momento —respondió Noé.

Theo no pudo evitar el gesto de orgullosa satisfacción.

—Está bien, Noé —dijo, dando un paso en su dirección—. ¿Estás preparado para hacer historia?

Para su sorpresa, Noé fue el encargado de recortar la distancia que les quedaba, alargó la mano y la sostuvo en el aire un instante, hasta que él la encajó.

—Por supuesto. Hagamos historia.



EPÍLOGO DOS



5 años después

TAZ

Las pruebas para sargento eran más duras de lo que pensaba. O tal vez era porque nunca había sido demasiado bueno estudiando. A decir verdad, el paso por el instituto estuvo marcado por perseguir sueños imposibles, peleas y malas notas. Solo logró salir de ahí con un título bajo el brazo porque su padre se encargó de ello. Bendito dinero.

Taz pasó la mano por el cabello y lo echó para atrás, cansado y acalorado.

Necesitaba un respiro y un compañero le había hablado de aquella aplicación. Al principio era reacio, pero después pensó que por qué no. Intentaba buscar motivos para no hacerlo y, al no dar con ninguno, lo intentó.

Cogió la cerveza que acababa de pedir y se dirigió a la zona de terraza del local, con vistas al mar. Encendió un cigarrillo y después dio un largo trago que le refrescó la garganta. Taz miró el reloj, había llegado pronto; se quedó con la atención fija en el humo que se alzaba desde el cenicero y cómo se disipaba poco a poco, desapareciendo, sin dejar rastro, salvo un ligero olor que, al final, también terminó por evaporarse.

Como Theo.

Desapareció tras graduarse y ya nadie más supo de él. Hasta que un tiempo después lo localizó. Podía encontrar cualquier cosa, eso no quitaba que, al hacerlo, no tuviera que lidiar con una realidad que no era la que se esperaba.

Después del colapso de la empresa de su padre y la relación con el tráfico de drogas, incluso la detención de uno de los chavales de la pandilla del barrio de Hinkon… Si se paraba a pensarlo, sabía que todo estaba relacionado con él; y no fue que no lo viera, sino que siempre se negó a aceptar la verdad.

—Taz, ¿verdad? Lo siento, ¿llevas mucho esperándome?

Taz levantó la vista para encontrarse con una mirada del tono de una tarde de tormenta, enmarcada bajo unas cejas finas y claras, tan rubias como el cabello que se desprendía en cascada hasta alcanzar los hombros. Se levantó de un bote para apartar la silla a su lado.

—No te preocupes, yo también acabo de llegar. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, está bien. Un té con hielo.

Asintió solícito y regresó al interior del local. Sacó el móvil y repasó los mensajes que había intercambiado con la chica; era mejor de lo que imaginaba. Una sonrisa estúpida ascendió a su cara. Pagó la consumición para volver a la terraza.

Había tenido algunas relaciones anteriores en la universidad, nada serio, cosas muy casuales sin mucha espontaneidad y menos magia. Ya se había resignado hasta que el perfil de Lisa apareció, como por arte de magia.

—No te voy a mentir —comentó ella con una tímida sonrisa, escondiendo su rostro un instante tras el vaso—. Esto de las *apps* para ligar no ha sido cosa mía; mi hermana me ha obligado.

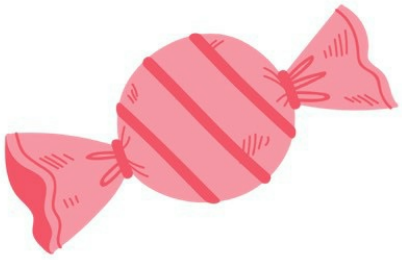
—Oh, ya veo. Bueno, yo tampoco es que las use con frecuencia —respondió Taz, sincero.

—Estoy intentando superar a alguien —confesó Lisa con una ligera tristeza en su mirada.

Taz perdió momentáneamente la suya en el azul del mar. Alargó la mano y recuperó el cigarrillo, prácticamente consumido.

—Si te digo la verdad, estoy igual.

Soltó un suspiro y aplastó la colilla en el cenicero. Quizá, después de tanto tiempo, había llegado el momento de olvidar y seguir adelante.



AGRADECIMIENTOS

¡Hola de nuevo!

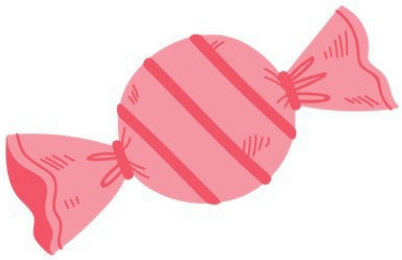
O por primera vez, dependiendo de cómo hayas leído esta historia.

Desde el principio me hacía mucha ilusión escribir algo que pudiera leerse en cualquier orden, o alternando entre un libro y otro. Ha sido un reto, no lo voy a negar, pero espero haberlo logrado y que, independientemente del orden en que hayas leído las novelas, te hayan encantado.

Estos agradecimientos son para mi familia: mi marido y mi hijo, que aguantan mis cabreos, mis inseguridades, mis desvelos y, en el caso de esta novela, mis berrinches y lágrimas. Porque sí, esta historia me ha llevado al límite, hasta el punto de ponerme a llorar como una cría. Gracias, gracias, gracias… por todo, por cada día que, aunque no sea perfecto, siempre encontramos la manera de solucionarlo juntos.

Y de nuevo, gracias a ti, por elegir este libro entre el océano de novedades que aparece cada semana. Espero que mis chicos hayan conseguido ganarse un huequito en tu corazón.

¡Espero verte en los siguientes libros!



ACERCA DE LA AUTORA

Si quieres saber más sobre mis publicaciones puedes encontrarme en Instagram como @Roser_Ochoa.



OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Autoconclusivas:
Al tercer día
Sangre fría
La maldición del cisne

Bilogías:
(Im)posible
(In)posible 2

Mi chica de algún día (Omegaverse #1)
Aquello que nos prometimos (Omegaverse #2)

Trilogía:
Palomitas en el instituto
Palomitas en la universidad
Palomitas en el trabajo

Serie:
Juegos salvajes

NOTAS

CAPÍTULO SEIS

1 Personaje no jugable. En los videojuegos, los extra que no tienen ni frase.